EL HUMANO

EL HUMANO



José Alejandro Sáez Franco

El inicio

Anduve por las calles de vuelta al insalubre nido de ruindad que era mi hogar. Las calles irradiaban soledad mientras los primeros rayos de sol combatían las aciagas sombras nocturnas. La luz coronaba con un halo dorado las azoteas de los edificios más altos de la ciudad. Mis pies avanzaban entre los baldosines quebrados de las aceras, los escaparates empapelados y los árboles secos de los parterres. Nunca hubiera imaginado que la ciudad pudiera estar tan solitaria y vacía. ¿Dónde estaban los repartidores y sus motos de mierda que me jodían las mañanas? ¿Dónde las infernales persianas de los cafés? ¿Dónde el griterío de los lechones pubescentes en las terrazas? ¿Dónde los camiones de la basura y las ruedas de las mochilas de los niños?

Un gato negro cruzó la calle y subió de un brinco a un contenedor. Me observó con recelo; me temía. O me desafiaba. Se lamió las garras y saltó al interior del contenedor de basura. Esperé que no fuera un augurio.

Me había despertado hacía pocos minutos bajo las luces cebreadas de un banco del parque. Me encontraba mal: la boca seca, la cabeza dolorida y la sensación de repetir una y otra vez

el mismo día. Mi ropa estaba asquerosa, llena de barro y de hojas secas; pero lo más llamativo eran unas pantuflas azules sobre mis zapatillas. Incliné la cabeza a un lado y pude ver un hospital cercano. «¿Qué cojones…?» Me deshice de las pantuflas y caminé con premura por las calles solitarias de la ciudad.

Un delicioso aroma a pan me asaltó al llegar a mi calle. Emanaba de una panadería donde solía comprar con Florinda cuando mi vida era otra. La propietaria era una mujer desagradable y malcarada, pero hacía un pan para cagarse. Tenía una dependienta, frágil como una rosa seca y de faz cetrina, que siempre me miraba suplicante, como si su jefa la hubiese secuestrado y esclavizado. A veces dudaba seriamente de si podría levantar una barra de pan con sus raquíticos brazos. Me gustaba imaginar su vida. Me gustaba imaginar que debía de ser tan mediocre y desgraciada como la mía.

Me la imaginaba viviendo en una casucha del centro de la ciudad, donde las antiguas y esplendorosas construcciones —ahora estructuras cochambrosas— habían convertido el corazón de la urbe en una escombrera repleta de grafitis, litronas y orines donde los abandonados alquilaban o invadían los cascajos que podían permitirse. Quizá viviera en un piso, uno de esos de protección oficial del año de la castaña. Un segundo sin ascensor con más de sesenta años de pegotes y remiendos. La cocina de azulejos marrones con las juntas supurando grasa de pollo frito. Seguro que cada mañana resoplaba frente al espejo después de desayunar una pieza de fruta medio pasada. Se cepillaba los dientes y escuchaba a su marido roncar en el dormitorio con un pie fuera del edredón y olor a pedo saturando el aire de la habitación. Resoplaba enferma de rutina y desesperación. ¿O era yo el que lo hacía? Me gustaba imaginar la vida de la gente, que fuera tan mala como la mía. Desde luego que sí.

Ninguna de las dos estaba en el mostrador. Remetí los faldones del polo azul que vestía en el pantalón y me alisé el jersey recomponiendo mi figura. Tosí cauto para ver si alguien se alertaba de mi presencia. Volví a hacerlo. Nada. Nada se movía y nada se escuchaba, ni tan siquiera los monstruosos pasos de la propietaria.

—¡Hola! —saludé a modo de reclamo.

Adelanté la cabeza y postré mi cuerpo sobre el mostrador para mejorar el ángulo de visión a través de la puerta que comunicaba con el horno. Nada.

—¡Aquí dejo el dinero!

Palpé un par de barras, frías como muertos. Todas estaban igual; debían de estar vendiendo el pan del día anterior. «¡Que te follen!», pensé. Cogí las cuatro monedas sueltas que había dejado en la vitrina —mi único recurso económico en ese momento— y me fugué con la barra bajo el brazo. Las farolas parpadearon y se apagaron al salir a la calle.

Ascendí la calle que conducía a mi casa con la vejiga clamando.

«Curioso logro de la humanidad», observaba de camino. Las baldosas repletas de chicles endurecidos, las papeleras chorreando líquidos infectos y pestilentes, cáscaras de naranja junto a los contenedores; huevos y peladuras de patata, mezclado todo con viejos televisores y mesitas de contrachapado reventadas por la humedad. El progreso. Decidí contribuir. Oriné entre los contenedores de mi calle. El líquido, espumoso, formó un torrente dorado y pastoso sobre las juntas de las losas. Avanzaba y se dividía en distintas corrientes que fluían por entre las estrías del suelo. No es que yo fuera un ciudadano modélico, ni mucho menos; pero mientas vaciaba la vejiga fui recopilando nuevas imágenes: mierdas de perro por doquier, meados en las patas de los bancos y en las fachadas de las tiendas; en los bolar-

dos, en las papeleras, en los semáforos y los pies de las señales. En todos lados. Una más no se iba a notar.

Reí nasal, como ríen los enterados. Como hacen quienes creen que ellos pueden captar la ironía de una situación que nadie más es capaz de percibir. Me imaginé a una pandilla de imbéciles navegando en una zódiac rumbo a un petrolero. Una gotita más de contaminación sobre la contaminación. Polución sobre basura sobre contaminación sobre mierda.

Junto a los contenedores, pintados sobre el asfalto, habían delimitado unos aparcamientos para minusválidos y otros para motocicletas. La grasa de los motores había colonizado gran parte del espacio. El asfalto agrietado cubría una capa de cemento. Sobre ella, losas y baldosas. Sobre ellas, fluidos y mobiliario urbano: señales, postes de electricidad, carteles publicitarios, marquesinas… Odas a las mierdas que se nos habían ocurrido para atestar las calles de impedimentos. Y, por encima de ellos, los colosos de hormigón y acero, nuestros adorados tótems protectores y guardianes; moles que se elevaban hasta donde la vista alcanzaba para mayor gloria de la humanidad. Todo cubriendo la tierra y lo que antes fue un mundo vivo que la humanidad había aplastado desvergonzadamente con muerte inanimada. Ni aunque meara plutonio podía contaminar más ese asqueroso lugar.

Llegué a casa. Era una antigua vivienda de pescadores con una fachada color salmón y una puerta de rejas que daba paso a una austera entrada con una puerta de madera a medio carcomer. Palpé los bolsillos. No encontré la llave. «Maldita sea. Gilipollas de mierda. Otra vez». En los bolsillos no había más que pelusas, un lápiz y calderilla. Ni móvil ni llaves ni cartera. «Me cago en Dios». Le propiné una patada a la puerta, culpándola de entorpecer mi descanso y agrandar mi estulticia.

Crucé la calle y llamé a un portero cercano. A todos los timbres. Varias voces respondieron. «Soy yo», les dije, pero

nadie picó el anzuelo. Tras un rato, una joven entró al portal y se dirigió al ascensor. Caminaba acelerada y mirando a todos lados como si la persiguieran las sombras malignas de los difuntos. Deduje que mi esperpéntica presencia no ayudaba a tranquilizarla. Aproveché para colocar un cartón en la puerta e impedir que se cerrara. Cuando la joven desapareció en el ascensor, bajé al sótano y me senté entre dos coches para comerme la barra de pan. Estaba famélico. No era mi primera vez. Ya había pasado más días y noches de esa forma. Por desgracia, soy un inútil descerebrado. La resaca empezaba a controlarme. Me hacía falta una copita, unos sorbos para entrar en calor. Un cigarro matutino que arrancara la capa de alquitrán de la noche anterior. Las luces fluorescentes se encendieron y me apretujé bajo un coche. Un hombre, al que ya le debían colgar los huevos hasta las rodillas, se subió en un flamante todoterreno, encendió las luces del coche y me vio bajo el vehículo en que me había ocultado. Abrió los ojos como platos y bajó del auto con gran disposición. Se colocó una mascarilla de tela con la imagen de la bandera patria; tanto asco debía de darle.

—¡Ahora mismo, te digo! —vociferó.

Salí avergonzado, con media barra en la mano y la otra media en la boca. Había tenido tiempos mejores.

—Estoy hasta los huevos de la gentuza como tú. A vuestro puto país tenían que mandaros. Podridos. Vosotros estáis causando todo esto. —Se cubrió la boca con la articulación del codo. No recordaba cuándo me había duchado por última vez. Puede que desprendiera cierta fetidez, pero el gesto me pareció sobreactuado, excesivo incluso para un viejo tradicionalista como aquel, un salvador de patrias firmemente anclado en los valores gallardos y masculinos de la *gente de bien*.

«Soy de este puto país», pensé, al tiempo que el iracundo anciano pulsaba el llavero que abría la puerta del garaje y me indicaba la salida agarrándome *amorosamente* por el cuello del

polo y empujándome con violencia. Me dieron ganas de revolverme y machacarle la cabeza contra una columna, pero empezaba a encontrarme mal; me sentía aturdido y torpe.

Caminé un rato por las calles. Parecía haber llegado el arrebatamiento y que hubiéramos quedado en la Tierra solo aquellas almas impías y sacrílegas que dotamos de fundamento moral a los timoratos y los gazmoños.

Pues me iluminaron. Los pálidos y rollizos ángeles de Dios en la Tierra me iluminaron. Una iglesia. Allí podría descansar un rato. En las tapias peladas contiguas al templo se descolgaban olvidadas las viejas propagandas caciquiles. Se desplegaba allí toda la fauna humana, en el peor de los sentidos. La progresía aventurada y bienhechora, olvidadizos en la abundancia cuando aprendieron a amar los estratos superiores. Recurriendo a los orígenes humildes de sus ancestros, cuando convenía justificar el apoltronamiento en la opulencia, como si haber nacido de campesino le dotara de una superioridad moral que se perdió en el doloroso sudor de la trilla, hacía ya más de sesenta años; y sus acciones rastreras hace dos minutos apenas. Los retrógrados, destronados inquisidores, demócratas absolutistas que reviven en sus cabezas los miserables tiempos de obediencia, rogando por el retorno de aquellos regímenes en que las sabandijas como yo cavaban e inclinaban sus piojosas cabezas con respetuoso pavor ante ellos. Adorando a los nuevos dioses, democracia y libertad. Putas de las cloacas. Desvirtuado todo por los nuevos sacerdocios, los protegidos que se escudan y justifican en las leyes arcaicas, la palabra y la *verdad*. Las reglas intocables. Vomitivo.

Entré en la iglesia tambaleante por el imponente pórtico y me cobijé en uno de los bancos más retirados. Todo a mi alrededor me santificaba. A mi espalda, el coro donde debían resonar las voces angelicales y las gargantas venenosas, algunas templadas de vino y rencor, se elevaba dos o tres plantas sobre

el suelo de la nave. Allí podría pasar todo el día. Me encaminé hacia la puerta del campanario, que era por donde se accedía. Estaba atrancada.

A los laterales de la nave principal se abrían galerías de santos y santas. Vírgenes y cristos. Allí estaban los inmaculados Ana y Joaquín, que, tocándose los brazos en una fornicación inédita, concibieron a la santísima María, inmaculada ella también. Contemplaban atontados la ausencia de plegarias y oraciones vaporosas. Una vez había tocado una virgen. Siempre me había preguntado si debajo de la mantilla habría un cuerpo duro de escayola o madera, con sus pechos, su abdomen, sus caderas y sus curvas. Quizá hasta con la vulva que hubiera tallado un pícaro imaginero. Recuerdo haberme reído hasta no poder más. Bajo las ropas solo había hierros; una especie de andamiaje que sostenía la cabeza y los brazos. ¡Qué decepción! ¡Menuda decepción! Adorando a un andamio.

Frente a mí se alzaba el altar con su sagrario de oro y el púlpito de mármol con adornos neogóticos. Un cuadro presidía el templo: una virgen miraba en trance hacia unas nubes repletas de querubines y aquello que no llegamos a entender. Me recordó a esas ancianas de mirada apopléjica que han volcado todos sus sufrimientos —y algunas maldades también— en la rendición de cuentas y la oración repetida. Encontré un viejo pañuelo en el bolsillo de atrás de mis pantalones. Si hubiera tenido una cerilla, en ese momento lo hubiera prendido. Imité la cara de sufrimiento de uno de los cristos y lo reté:

—¿Qué milagro obrarías ahora?

No hubiera sido para tanto, el trapo podría haberse apagado sin más. Me hubiera gustado ver arder la iglesia hasta los cimientos. Los cuadros ardiendo… Y las figuras… cómo arderían. Como en el mismísimo infierno. Me conformé con eso. Vomité entre los bancos.

Soy hiriente, lo sé, porque estoy herido.

—¡Oiga! —gritó un sacristán que apareció desde la sacristía (cómo no).

Me tambaleé hacia la calle. Fuera, la luz aumentó y, después, se fue desvaneciendo. Pasaron las horas. No sé cómo ni dónde.

La noche se me vino encima. Comenzó a llover.

Continúa

Caminaba desconsolado, como el Diablo, por las calles inundadas. La lluvia caía sin compasión sobre los vagabundos que se hacinaban en los callejones, peleando por cobijarse en los contenedores de basura, las cornisas mínimas y los cartones deshechos. Era descorazonador ver cómo la humanidad iba abandonando a sus congéneres cuando se convertían en una carga. Una constante inquebrantable en la condición humana: la compasión solo a veces, si te van a inmortalizar junto a ella. Hacía frío. Los callejones, llenos de gruñidos y toses, de personajes de aspecto enfermo y cadavérico, parpadeaban con las luces de los carteles de los bares y las intermitencias de los semáforos. «Maldita suerte la mía, joder. Puto mundo de mierda. Me tratas como a un desecho». Aquí están los vertederos de las clases de arriba, los residuos que la sociedad desecha. Mientras, se preocupa de si el filtro de la fotografía del café y el cruasán es demasiado vívido o carece de vigor. Mientras se desviven por las tribus indígenas, la dieta paleolítica, la limpieza de los chakras, las vacas del mundo y el trigo sarraceno. Intento alejarme, pero la vida me empuja.

A media tarde, cuando el sol comenzó a apagarse en la ciudad, me acerqué hasta la sede del Ministerio de Hacienda, servicio capital en el que yo trabajaba. Allí trabajaba también un viejo, Alonso. Era el trabajador más antiguo del ministerio, y sus quehaceres estaban relacionados con el mantenimiento y salubridad del edificio. Nunca se quejaba. Pocas veces decía algo. Era un tipo extraordinario. Cada día llegaba vestido de manera impecable, con un traje antiguo, algo ancho para la moda de la época. Entraba en un cuartucho que tenía en el sótano y salía travestido de operador, con un mono azul y una gorra a juego. No parecía la misma persona. Me lo imaginaba haciendo maquetas de barcos en una botella de cristal o arreglando radios antiguas, algo que conllevara el control de la monotonía en el tiempo para convertirlo en provecho, satisfacción y calma. Se tomaría una cerveza y observaría cómo el sol se desplaza lento si lo miras desde un jardín o el porche delantero de tu casa. Así debía de ser Alonso en la intimidad.

Esperaba que se compadeciera de mí, que su inmenso corazón y su inabarcable comprensión me echara una mano dejándome dormir en el cuartucho del sótano una vez más. Hacía un mes aproximadamente había perdido, en otra ocasión, las llaves de casa. Sin saber dónde ir, se me ocurrió pasar por el trabajo. Le supliqué a Alonso que me dejase pasar la noche en el cuarto de mantenimiento. Le dije: «Haré menos ruido que un ratón. Menos que una de esas cucarachas de la octava planta». Era una pequeña broma que teníamos entre los de mantenimiento y los de reparto y conserjería en referencia a las actitudes isópteras que florecían en la octava planta. Algunas veces, en el descanso para comer, me bajaba al sótano. Alonso capitaneaba a dos mozuelos que se dedicaban a cambiar regletas quemadas por los calefactores y filtros del aire acondicionado. Yo desayunaba con ellos. Después del reparto de la correspondencia, con aire distraído y postura altiva, me pre-

guntaban: «¿Hay alguna carta para el departamento?». Yo les respondía: «No, pero me han dicho que hay cucarachas en la octava». Me refería, por supuesto, al delegado de Hacienda y a su cohorte, que habitaban la octava planta del edificio.

La primera vez que hice la broma hasta Alonso estalló en carcajadas. Me conmovió. Nunca lo había visto tan alegre.

El caso es que en aquella anterior ocasión, me acerqué por una estrecha bocacalle tras el edificio y toqué ocho veces la puerta de metal azulado, que hacía las veces de salida trasera y de mantenimiento. Tras explicarle que había perdido las llaves y no podía entrar a casa (y señalarle mis atuendos llenos de suciedad), su corazón se reblandeció y que me dejó dormir en el cuarto de mantenimiento.

—No dirás ni mu —me sentenció—. Si nos pillan, nos vamos a meter en un lío del copón.

Se lo juré.

Sobre las dos de la mañana me acerqué al baño del sótano. ¿Quién cojones iba a pensar que en el sótano había sensores de movimiento? Un guardia jurado entró con un revolver en la mano. Menudo cabronazo. Me pilló meando y no me dejó ni terminar. Me gritó que me tirara al suelo. Me manché los pantalones. Me retuvo con la rodilla sobre la espalda y me ató las manos con una brida. Me arrastró hasta la primera planta, donde los subnormales de seguridad tenían una habitación y un vestuario. Solían ser orangutanes descerebrados, flipados de las fuerzas de seguridad y el ejército. Agita banderas. Fascistas. Se desplazaban de una planta a otra por los ascensores, despatarrados y con los brazos cruzados, como los tipos duros de las películas de Hollywood. ¡Joder, qué retrasados! Los odiaba.

El que me había detenido, en concreto, era un gordo zampabollos que solía entrar en el edificio cabeceando y caminando con las piernas abiertas como si su micropolla no cupiera entre sus muslos elefantiásicos. Braceaba como John Wayne

y sonreía como un bobalicón, imaginándose —suponía yo— que sus dientes torcidos eran la viril sonrisa y sus ojos los ojos vivarachos del Duque. Me enfermaba.

Tenía que ser él. Se acercó y me olisqueó.

—Hemos estado de juerga, ¿eh? —me preguntó, arrastrando las palabras como si un cetáceo con la boca llena de cieno intentara aprender a hablar.

Le sonreí como respuesta.

—Hueles a alcohol. Y a meado. Vaya un mierda estás hecho.

—Por favor, no hables. Pareces un borbotón de lodo.

Miró a la cámara de seguridad situada en una esquina. No enfocaba hacia nosotros. Me pisó a conciencia con unas botas militares que soportaban los diez mil kilogramos de masa del mostrenco. Noté cómo, dentro de mis zapatillas, mis dedos se retorcían y montaban. Me hizo polvo. Lo soporté estoico, a mi parecer.

Salió de la habitación. Escuché una conversación en el exterior. Al abrir la puerta de nuevo, entreví a Alonso, cabizbajo. El delegado estaba hablando con él. ¿Habían hecho venir al delegado a esas horas porque yo dormía en su cuarto de materiales o le habían sacado del prostíbulo donde estuviera echando el rato?

El delegado entró en la habitación de seguridad. Se encendió un cigarro. No me ofreció.

—Tu padre y yo —dijo, exhalando el humo— éramos hermanos. Nos criamos en Tagartera, juntos en la miseria. ¿Sabes que hacíamos? Robábamos naranjas, las echábamos al río y las dejábamos engordar mientras absorbían el agua. Después las intentábamos vender a un tío que venía de no sé dónde cojones para hacer una mierda de zumo que sabía a purines.

Dio una calada y tiró la colilla al suelo. Encendió otro cigarro.

—Hueles a alcohol. Tu padre vino un día avergonzado a hablar conmigo. Estudiaste Bellas Artes, ¿es así?

Asentí con cierto bochorno, suponiendo que mi aportación a la sociedad le debía parecer insustancial.

—«No tiene talento», me dijo tu padre. «¿Puedes echarle una mano?» Le dije que te intentaría colocar en la delegación. En un puesto bajo, que no se notara demasiado el dedazo. Le dije que te cuidaría, que podrías ir ascendiendo. Quizá conserje o algo así. Trabajan poco y cobran bien. Pero tu comportamiento es deleznable. ¿Eres alcohólico?

—No... Es qué... —comencé.

—Yo creo que sí. Un borracho. No te culpo, yo también lo soy. Pero no lo aparento —dijo, enderezándose y exhibiendo su porte triunfador.

—Mi novia me ha dejado —me excusé.

Ladeó la cabeza y después asintió durante un rato mirando al suelo.

—¿Cómo no te va a dejar? ¿Tú te has visto? Eres un desastre. Me han dicho que a veces vienes medio borracho al trabajo. O colocado, yo qué sé.

Las lágrimas bordearon mis párpados. Maldito hijo de perra sarnosa. Me hizo sentir como un niño malcriado. Se quedó petrificado delante de mí, rodeado de una atmosfera de tabaco y con sus preciosos ojos azules clavados como una daga en mi vergüenza.

—Lo siento —balbuceé.

Expulsó el humo por la nariz. Apagó el cigarro en el suelo y encendió otro. Ni se dignó a ofrecerme uno.

—Está bien —dijo, cambiando a rostro amable—. Tienes una oportunidad. Es por tu padre. No quiero verte más. Si te cruzas conmigo en un pasillo, te metes a mear al váter. ¿Comprendes?

Asentí.

Se levantó de la silla y se esfumó por la puerta. Tras ella me esperaba la marsopa uniformada con una sonrisa complacida.

Me cogió por un brazo y me acompañó hasta la puerta de atrás, la abrió con una llave de seguridad y me invitó a atravesarla con un noble gesto, como si se dirigiera a un marqués.

—Seguro que encuentras dónde dormir. —Esputó—. Pero cuidado con lo maleantes.

Pronunció la palabra «maleantes» con una familiaridad aterradora. Se refería, claramente, a las patrullas de mongólicos neonazis, que eran sus amistades, familiares e incluso progenitores.

Atravesé la puerta y resoplé como una ballena. Debió de entender el símil, pues pateó la puerta por dentro mientras me adjetivaba como cabrón.

Afectado por esta historia, no es de extrañar que Alonso no me dejara entrar la segunda vez que pedí asilo. Se había jugado el puesto y casi lo había perdido por mi culpa. Abrió la puerta trasera y me miró con decepción. Iba ataviado con un traje aséptico de color blanco; debía estar limpiando con productos tóxicos para que por la mañana las cucarachas lo encontraran todo inmaculado. Sacó unas bolsas de basura, como justificación para su salida del edificio. Me hizo un pequeño gesto con el índice y me acerqué hasta el contenedor situado a espaldas de la pared de hormigón.

—Tienes que irte, Paerl.

—No tengo dónde ir. He perdido las llaves otra vez.

—No puedo ayudarte. —Abrió el traje aséptico, sacó la cartera y me metió unos cuantos billetes en el bolsillo del vaquero—. Búscate un hostal. Dúchate. Come algo. Lava la ropa, pareces salido de un vertedero. Sé digno, joder.

Se marchó decaído. Seguro que le había dolido más a él que a mí; una persona de su integridad, con una bondad tan inmensa como había conocido en él. No debía haberle sido fácil decirme aquello. Me ardieron las mejillas, pero no sentí ningún rencor. No sé por qué acepté el dinero. Lo saqué del bolsillo cuando

desapareció Alonso. ¿Por qué lo había aceptado? Me senté junto al contenedor, apoyado en la pared. Observé los billetes, dispuesto a tirarlos a la basura. Era el valor de mi indecencia. Soy un bellaco. Un inútil. ¡Joder, qué inútil! Tiré las chorreantes bolsas de basura que había dejado Alonso junto al contenedor. Pesaban como un muerto. Me quedé los billetes.

Bajo la etérea luz de las farolas me encaminé hacia casa. No podía entrar, lo sabía, pero ¿hacia dónde puede dirigirse uno, si no es hacia su hogar? Lo contrario es huir. No quería huir. Por un momento, un instante trascendental, el viejo Alonso me había inspirado. Un fogonazo, digno de la creación de un universo, había calentado mi ánimo y le había dado la energía para doblegar la curva de mi decadencia. Todo el mundo tenía razón; todos menos yo. Nunca he entendido el sentido de nada. No creo que nada tenga un sentido ni un propósito. Como monos, hacemos cosas, nos dejamos llevar por nuestra propia biología y disfrazamos con convenciones, normas y leyes todo lo que somos. Y no somos más que una mierda cagada por un mono anterior a nosotros. Existimos. Claro que existimos. ¿Qué gilipollas llegó a cuestionarse la existencia? Debió de ser uno que no deambuló resacoso por las asquerosas calles de una ciudad sin destino. Que si existimos, ¡será gilipollas!

Llegué a la puerta de mi casa. Intenté forzarla y me derrotó. La escupí. Todo se había convertido en algo personal. «Está bien —dije para mí—, no me dejaré vencer». Dos manzanas al sur hay un antiguo palacete abandonado. Los yonquis, los camellos y los vagabundos le han reventado puertas y ventanas para convertirlo ocasionalmente en un cochambroso refugio de emergencia y en el punto de distribución de sus desgracias. Me acerqué y miré por huecos tuertos y mutilados. No parecía haber nadie. El descampado que lo rodeaba era un basurero infecto lleno de muebles destrozados y plásticos enredados en matorrales. Era el fiel reflejo del cadáver de una ciudad que se

pudre. En la parte posterior vi una ventana con reja. No tenía cristales. Al otro lado de la reja se veía una puerta cerrada y unos bidones metálicos. Olía a producto químico, combustible y a aceite de motor. También había por doquier cartones amontonados. La idea me horrorizaba, pero al menos tenía una puerta que haría de parapeto contra indignos y zombis de toda clase. Me colé por un pequeño hueco, un agujero ratonil. Ni una rata se atrevería a meter su cuerpo por allí, pero me adapté de manera lamarkiana y conseguí reptar a través, no sin ciertos sufrimientos. Acabé raspado y magullado por todas partes. El olor era fuerte y la habitación fría; aunque no corría aire y me sentía, en cierto modo, protegido. Junté dos bidones. No pesaban mucho. Tenían algunos restos de líquido dentro; se agitaban al arrastrarlos. Tenían cierres por presión. Logré abrir uno y el olor me abofeteó. ¿Qué coño sería eso? Decidí acostarme tras ellos y cubrirme con cajas y cartones para evitar el frío, pero, sobre todo, para no poder ser descubierto desde el exterior. Me aterraba la idea de compartir habitación. Pasado un rato, mi agitación seguía controlándome. Acerqué un bidón al hueco de la pared y eso me tranquilizó. Era casi imposible que un cuerpo humano cupiese por aquella madriguera diminuta, pero nunca se es demasiado prudente.

Creo que me dormí durante un rato. Pero el frío me despertó. Asomé con timidez mi hocico entre los bidones y me quedé petrificado. Al otro lado de la habitación, acurrucada contra una esquina, me observaba una sombra. No sé cuánto puede abrir un ser humano los ojos antes de que se le salgan de las orbitas. Yo estaba justo en el límite inferior. Me moví lentamente, y un cartón se deslizó desde mi espalda al suelo. La sombra no se inmutó, seguía vigilándome desde el otro lado del habitáculo. El terror guiaba mi cuerpo, lo atenazaba y le impedía cualquier reacción. ¿Qué podía hacer? Estaba la puerta, que estaba atrancada, y estaba el agujero de la pared. ¿Qué intenciones tendría

respecto a mí? Si era agresiva, ninguna de las evasivas resultaba viable; me atraparía antes de poder huir.

—Hola —balbucí con un hilacho de voz.

La sombra no se alteró.

Haciendo acopio de un valor prestado, me incorporé y avancé unos pasos. Ya no estaba en la pared. Revisé la habitación. Había sombras, las habituales. En el suelo resistía, amenazada por las pesadas negruras, la luz blanquecina que penetraba por la ventana invocada por las lámparas públicas del exterior. De cuando en cuando, el reflejo naranja de una sirena o el blanco y rojo de los faros de un vehículo acorralaba las sombras en las esquinas y, tras pasar, se expandían en una explosión tenebrosa.

Me acerqué a la pared donde había estado la sombra. La acaricié. Era húmeda y terrosa. Partículas de pintura y arena se desprendieron en migajas mohosas. Una risita. Con el rabillo del ojo percibí la sombra, erguida bidimensional tras de mí. Un relámpago recorrió mi espina dorsal y cayó sobre mis testículos. La garganta se cerró. La mente —qué curiosa ella— se trasladó a otro momento; se ausentó y dejó la responsabilidad al cuerpo, que es imbécil e irracional. (Sobre todo el mío).

Un estrepitoso ruido sonó a mi espalda. Un sonido seco y crujiente. Desde el techo, donde se podían apreciar desconchadas las costillas del palacete, nevaban fragmentos de pintura y estuco. Atenazado todo el cuerpo, permanecí junto a la esquina donde antes habitó la sombra, que ahora, en un acto de cobardía sin par, se había desvanecido. Tembló la pared hasta que la puerta, con el marco incluido, cayó levantando una nube de polvo que pronto fue niebla. Cuatro personas entraron desbocadas en la habitación, gruñendo y riendo. Su aspecto era amenazador. Vestían de cuero y harapos. Uno de ellos se coronaba con una cresta roja; y al resto, los cabellos les caían por la cara, pegados a la piel por la grasa y la humedad.

—¿Dónde estás, ratita? —preguntaba uno con la voz ida. Los dientes le negreaban. Pude notar su aliento a más de cuatro metros.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —reía otro con la mano en la barriga—. Está aquí. Es una rata gigante. ¡Una rata gigante!

Uno de ellos, rubiáceo y tísico, se acercó dando traspiés. Parecía haber consumido algún alucinógeno. Caminaba con el cuerpo inclinado hacia un costado, arrastrando los pies por el polvo y con dos dedos apoyados en los labios. Se enfrentó a mí. Se situó a apenas unos milímetros. Nuestras pollas se tocaban a través de los pantalones. Noté que me había orinado. ¡Joder, qué desastre!

Hundió la mano en uno de mis bolsillos delanteros y sacó una bolsita. La observó detenidamente y la puso frente a mis ojos. Al trasluz brillaba emitiendo pequeños destellos azulados.

—¿Esto qué es? —preguntó con una voz infernal.

Intenté observar la bolsita, pero estaba demasiado cerca de mis ojos.

—¿Esto es tuyo?

—Creo que no —respondí con timidez.

Se giró y la mostró lacónico a sus amigos. Sonrió y sonó como cuando una pala se hunde en la gravilla. Sus amigotes sonrieron como lobos (si los lobos sonrieran).

—Claro que no es tuyo —Noté un dolor punzante en el estómago y caí al suelo, doblado. Tuve algunas arcadas al tiempo que intentaba recuperar la respiración. Uno de los muchachos, el de la cresta roja, colocó la puerta en el quicio y arrastró un bidón, hasta bloquearla. Me dio tiempo a ver unos espeluznantes niños llenos de mocos que correteaban por un pasillo anexo entre risas y jaleos. Me esperé lo peor. Aunque los niños son los seres más viles que existen, la socialización nos hace no asociar el terror a los niños, y cuando sucede, entre risas acolchadas, es lo más terrible que existe—, ¡porque es mío! —gritó aquel salvaje descerebrado.

Me agarró del cabello y me hizo levantarme. Apenas podía respirar y mantenerme erguido al tiempo. Se alejó un par de pasos y me propinó un puñetazo en la mejilla. La consciencia se esfumó como lo había hecho antes la sombra. La muy cabrona. Casi era mejor así; no iba a querer recordar la paliza que me iban a propinar. La jauría se abalanzó sobre mí. Notaba los golpes. Dolían menos de lo que cabía esperar. El cuerpo se entumeció y se convirtió en una armadura orgánica colapsada. Todos los músculos se tensaron intentando resistir la tormenta de hostias que venía cayendo. Recobré la conciencia en el momento en que mi cabeza golpeó uno de los bidones que derramó aquel líquido con olor a combustible por toda la habitación.

—Maldito subnormal —berreó uno de los energúmenos, levantando el bidón.

Aproveché el momento para lanzarme al agujero de la pared y escurrirme por él. Alguien me asió por una pierna. Resoplando como un búfalo continúe arrastrándome y pataleando para huir de una muerte por disgregación celular. Logré deslizarme hasta el descampado. No sé ordenar los acontecimientos. Uno de los salvajes tironeaba desquiciado de los barrotes. Ladraba más que gritaba, con los ojos desorbitados, inyectados en sangre. Otro había quedado atrapado en el agujero por donde yo había escapado. Le asomaban la cabeza y los brazos. Intentaba escapar del agujero. Empujaba y retrocedía; estaba atascado. Los otros dos arrastraban el bidón que bloqueaba la puerta cuando una bola de fuego inundó la habitación. La ventana escupió una lengua de fuego que se convirtió al instante en una voluta negra de humo. Noté el calor en el cuerpo y, seguido, el olor a carne quemada. El de la ventana seguía agarrado a los barrotes; todo su cuerpo era una tea. Gritaba. Aullaba de dolor. El del agujero redobló sus esfuerzos. Miraba hacia la pared, como si pudiera ver a través de ella lo que sucedía en el interior. Debía de estar abrasándose las piernas y los cojones.

—¡Ayúdame, hijo de puta! ¡No dejes que me queme vivo como un perro! ¡Ayúdame!

Pero yo era un mero espectador, un ser omnisciente aunque impotente. Todo acontecía como en una maravillosa película en trescientos sesenta grados. Allá donde miraba, sucedía algo: un vagabundo había surgido de entre unos matorrales. Huía a la carrera con una levita ondulando tras de sí. Varios perros ladraban con el rabo entre las patas. Por una ventana de la segunda planta asomó una cabeza. Gritaba «socorro». Volvió a desaparecer. Un gato permanecía alerta sobre un naranjo seco de los antiguos jardines palaciegos. El hombre atascado en el agujero lloraba y moqueaba al tiempo que balbucía esperpentos. Pero nada más. Nadie caminaba por la calle. Nadie sacaba fotos desde los balcones cercanos. ¿Ningún ser humano quería presenciar un espectáculo tan grandioso como aquel?

Volví en mí. Sollozaba. El hombre del agujero ya solo se movía con sacudidas compulsivas. Recuperé la audición, que hasta ahora —ni me había dado cuenta— se había perdido en las frecuencias insoportables de la deflagración. Las llamas crepitan y hacen crujir las cosas. Los gritos se alargan y hacen que te estremezcas. Resulta conmovedor. Resulta espantoso.

Al fin se escuchó una sirena, y entre los edificios lejanos que daban la espalda a los terrenos del palacete abandonado, se filtraron los destellos naranjas de las luces de las ambulancias, provocando amaneceres efímeros. Alguien debía de haberlos avisado, a ellos y a la policía.

Corrí espantado por el descampado, primero, y por las calles desiertas, después. Los edificios, sucios y descuidados, se desplazaban a ambos lados con su inmovilidad en entredicho. Casas medio caídas, farolas destrozadas, señales pintarrajeadas, pasos de cebra borrados... Una y otra calle, todas iguales. El aliento me escaseaba, pero el miedo lo alentaba. Todos aquellos hijos de puta debían de haber muerto en el incendio; era

imposible que nadie escapara de aquel fuego purificador. La primera explosión debía de haberlos destrozado. Debía de haber aniquilado su sistema nervioso a unas temperaturas inimaginables, y después el fuego habría consumido sus cuerpos en pocos segundos.

Llegué a un bosquecillo. Era artificial. El mal gusto del diseñador se desparramaba por todos lados: pinos con sauces, con alcantarillas, con rosales, con papeleras, con farolas... Una amalgama de asno que alguien habría cobrado con dinero en lugar de azotes. Lo atravesé vigilando mi retaguardia. Nadie me seguía. Tropecé con un bordillo y caí de bruces sobre el áspero asfalto. La negrura se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Solo era quebrada por un pequeño edificio en forma de parroquia anglicana. Tenía un edificio principal con una puerta de cristal, una especie de torre y, anexa, lo que parecía una nave en forma de almacén. Desde luego, el mal gusto es como una plaga de langostas en un trigal egipcio.

Al fondo del inmenso aparcamiento relucía un edificio comercial. Reconocí el lugar. Era uno de los centros comerciales más grandes de la ciudad, otro templo del consumo este; y el edificio más cercano era un banco de alimentos de la parroquia de san Aquilino el Eremita. Lo sabía porque había trabajado de voluntario allí unas cuantas veces. Florinda se había empeñado en que debíamos devolver algo a la comunidad. La puta comunidad. Quería devolver algo de lo que la sociedad nos había robado. Quería devolver las privaciones a las que nos sometían. Era una paradoja irresoluble para mí, pero mi amor por ella me convencía de hacer cualquier cosa. Así que algunos sábados, hacía más o menos un año, habíamos estado acudiendo a ayudar al prójimo. Nosotros cargábamos las cajas, preparábamos y servíamos las comidas, limpiábamos el edificio, atendíamos a los necesitados; mientras orondos curas y beatos piadosos se vanagloriaban, repug-

nados de inmigrantes y pobres, de un acto tan cercano a Dios como lo estoy yo a la cordura.

Un Toyota *pick up* negro lucía impecable, aparcado junto a la puerta de entrada del edificio. En la entrada se podía leer una oración que refería la gloriosa labor que estaba llevando a cabo cada sábado la parroquia de san Aquilino el Eremita. Corrí camuflado en las sombras del bosquecillo, hasta ocultarme tras el coche. Eché un vistazo. Por la puerta de cristal se podía ver la recepción parroquial con una mesa y una pantalla que brillaba en tonos azulados. Durante unos instantes nada sucedió. Hasta que un brazo asomó por uno de los ángulos de la pantalla, cogió una bolsa de quicos y los acercó a la boca de una cabeza del tamaño de un globo aerostático que había amanecido tras la pantalla. Era uno de los curas que había conocido en mi época de voluntario. El tío reía a carcajadas; debía de estar viendo una película en la pantalla del ordenador. Engullía quicos. Pude ver que sobre la mesa se esparcían múltiples envoltorios de chocolatinas, latas de refrescos y varias cajas de comida china. Menudo gorrino.

Me acerqué con la confianza que confiere una lucha común y llamé a la puerta. En cuanto me vio le cambió el rostro. Se colocó una mascarilla azul y se enderezó sobre el sillón de oficina.

—¿Qué quiere? —preguntó, como si hubiera visto a Satanás salir por una tapa de alcantarilla y sacarse la polla insinuándosele.

Por un momento, aturdido en el reproche, me visualicé a mí mismo en el incendio del palacio. Sentí vergüenza, culpa y miedo. Aclaré las ideas con una sonrisa y me recompuse. Era imposible que el cura supiera nada del incendio; había sucedido hacía escasos minutos.

Me señalé la cara e hice un repaso con las manos sobre mis ropas destrozadas y ensangrentadas.

—Necesito ayuda, padre —le supliqué con mi mejor lamento—. Me han atacado.

—Váyase —gritó el porcino—. Márchese a casa. No puede estar en la calle a estas horas.

—Pero, padre… —insistí.

—¡Que se largue! —La papada le tembló gelatinosa—. No atendemos a nadie a esta hora.

Noté su *bondad* incluso a través del cristal. Se acercó a la puerta bamboleándose con el sebo cobrando vida, un lípido primordial a las puertas de la generación espontánea. Una esperanza chasqueó el pedernal *que prendería la grasa de mi corazón*. El cura cerró con brusquedad unas cortinas negras y me sumí en la oscuridad del *parking*. El vaho se condensaba en el cristal, desaparecía y aparecía mi rostro reflejado tenuemente sobre el cristal cubierto con los cortinajes.

Maldito cabrón. Al otro lado se escuchó cómo el volumen de la película se elevaba. Una señal inequívoca. No quería escuchar, y menos atender mis lamentos.

Miré al suelo, decepcionado, triunfante en la derrota. Me faltaba una zapatilla. Me sentí el ser más delicado del mundo. Oteé a mí alrededor. El centro comercial estaba cerrado. No había personas. No había coches. ¿Qué coño estaba pasando en esta puta ciudad?

Atravesé todo el *parking*. Me debió de llevar al menos veinte minutos. Llegué al centro comercial. Las luces de los cines estaban apagadas. Desde allí podía ver otros centros comerciales de muebles, juguetes o macrotiendas de ropa deportiva. Todo estaba oscuro e inanimado. Estaba hambriento. Me dolía todo el cuerpo. Jamás había hecho una cosa así, pero me acerqué a una papelera, esperanzado. A veces, los adolescentes, atiborrados de opulencia, tiraban la comida a medio comer. No les hacía falta; nunca habían tenido falta de nada. Vestían con sus ropas caras, toqueteaban sus móviles, se afanaban con sus peinados de gilipollas y todas las demás mierdas. Se comían media hamburguesa y tiraban la otra media mientras enfren-

te, a menos de un kilómetro, los pordioseros se peleaban por un caldo de pollo aguado y por los envases caducados que las grandes cadenas de alimentación intentaban esconder para que no se formaran corrillos de intocables en las cercanías de sus supermercados.

Y yo era ambas cosas, el adolescente y el pordiosero.

Busqué por las papeleras y no encontré nada. Nada. Estaban totalmente limpias. Encontré una caja de comida rápida tirada en el suelo junto a una columna del edificio. La abrí. Estaba vacía. Ni siquiera olía a colesterol. Debía de llevar tiempo allí. Había un periódico abandonado en un banco. *La pandemia se lleva ya a más de doscientos dos millones de personas en todo el mundo.* ¿Qué coño significaba esto?

Describía:

La OMS contabiliza ya más de doscientos dos millones de fallecidos debido al SARS-12 y a la COVID-19 y su variantes. Desde que surgió la segunda pandemia con el virus SARS-12, las muertes se han disparado. La pandemia sigue descontrolada. Las autoridades...

Recorrí cada uno de los edificios que se podían ver desde donde me encontraba. Las carreteras. Las calles lejanas. La ciudad, iluminada como el candil de Aqueronte: triste, sucia, pestilente, podrida, asustada, mermada, ausente, moribunda.

Ni un alma.

Una pandemia. «¿Una pandemia?». Recordé que me había despertado cerca de un hospital, con unas pantuflas azules sobre mis deportivas. Me pregunté si habría estado ingresado por la pandemia. No recordaba nada. Revisé mis brazos. No había señales de agujas ni de otros tratamientos. ¿Qué había estado haciendo últimamente?

Seguí leyendo el periódico. La situación parecía desesperada: el mundo avasallado por un microbio. Todas las páginas hablaban de la pandemia: la pandemia en Europa, la escasez de recursos, la pandemia en América, la crisis económica, confinamiento, la pandemia en Asia, vacunas. Escasez. Pobreza. Paro. Desigualdad. Avaricia… La humanidad.

Leí:

El Estado alarga el periodo de confinamiento indefinidamente. Tras los últimos acontecimientos y tumultos civiles, el Gobierno declara el estado de alarma y el confinamiento de la población indefinidamente. Solo se podrá salir a la calle para comprar lo esencial: comida y medicamentos. El Ejército tomará las calles con el estado de excepción a partir del lunes 21...

Según la fecha del periódico, llevaba meses sin conciencia de existir. Todo era inconcebible. La vorágine de sucesos en pocas horas. El desconcierto. El tiempo doblegado por la ignorancia. La pandemia. ¿Cómo había sucedido todo esto sin haberme yo enterado?

Una sirena me arrancó de mi abstracción. Parecía que era el único sonido al que se permitía viajar en la ciudad. Era una patrulla de la policía. Aparcaron junto al Toyota de la parroquia, al otro lado de la gigantesca plasta de asfalto. Los distinguí por las luces azules y rojas de sus chivatos. Llamaron a la puerta. Parecían hablar con el cura a través de los cristales.

Me cobijé tras un cartel de lencería donde una joven esquelética posaba en una postura antinatural, con el culo mirando al cielo y la cara aplastada contra la entrepierna de un marinero distraído, que había tenido la suerte de que le callera la muchacha en ropa interior sobre el paquete; descompuesta, pero muy seria. Vi a los polis vigilando en mi dirección. Aproveché el momento en que hablaban con el puerco del cura para

escabullirme. Corrí tras unas vallas publicitarias de marcas que prometían hacerte sentir bien si les comprabas alguna de sus mierdas obsolescentes y que separaban el *parking* de la zona peatonal de paso. Vi cómo el coche de la policía enfilaba en dirección al centro comercial. Gateé tras las pancartas y llegué hasta un pequeño establecimiento de madera y cristal apartado del centro. Parecía alguna clase de local de comida rápida. El coche cada vez estaba más cerca. Si me quedaba allí no tendría escapatoria, me verían a través de las cristaleras. Me arrastré por el zócalo de madera y me golpeé con una canalera. Joder, sí. Me abracé a ella como si fuera el último clavo antes del infierno y trepé por ella con todo: brazos, piernas, rodillas, codos. Me agarraba con lo que podía a cada resquicio de asidero.

Llegué al tejado un instante antes de que el coche patrulla apareciera junto al local. Me tumbé exhausto sobre el techo de gravilla grasiento. El vehículo dio dos o tres vueltas por la zona, iluminando los recovecos del local con un foco adosado a la puerta del coche patrulla. Con desesperante parsimonia se marchó.

«Maldito cura hijo de puta. Ojalá ardas en el infierno».

Germinaba en mi cerebro una planta. Una mala hierba cuyas raíces eran el incendio y las hojas la culpa. Seguro que la policía me buscaba para inculparme. Alguien debía haberme visto. Seguro que me habían identificado: un tísico, rubiáceo, lleno de mierda. Inconfundible.

La policía desapareció por la autovía; su parpadeo era inconfundible. Corrí otra vez de vuelta a la parroquia. Rodeé el edificio. Recordaba una peculiaridad. Los baños tenían ventanas móviles. Eran ventanas basculantes con cuatro cristales. Se accionaban por dentro con una palanquita para abrirlas o cerrarlas y ventilar los aromas de los meados y las mierdas de los ministros de Dios. Recuerdo un día, mientras meaba, que pensé lo fácil que sería robar aquí. Los cristales solo iban encajados en unas vías. Si sacabas los cristales de estas, podías entrar

sin más. Eso hice. Puse todo el cuidado del mundo. Trepé por la pared hasta la ventana y me colé en el edificio. Me sentí pletórico, como un francés asaltando un castillo inglés y violando a las damas de los caballeros que antes habían violado a las damas de otros caballeros. Anduve espectral hasta la puerta del baño. Lentamente, la abrí. Un corte de luz me cegó. Allí estaba el puerco, repantigado en el sillón de oficina con la calva asomando por encima del sillón. El cuerpo me temblaba. ¿Qué estaba haciendo? Yo no era así, pero ¿qué opciones me quedaban? No tenía casa ni a dónde ir. Estaba convencido de que la policía me buscaba; me buscaba e iba a culparme de haber quemado el palacio, de haber matado a aquellos repugnantes caballeros de la pestilencia. Seguro que habían muerto aquellos desgraciados que me habían apaleado. Se me aparecerían toda mi vida en sueños y pesadillas, pero no iba a pagar por la vida de aquellos miserables.

Abrí la puerta con sigilo y me acerqué por la espalda al cerdo. Justo detrás de él. Su cara miraba al techo. Dormía medio atragantado con su úvula gigante. Lo reconocí perfectamente. Los sábados correteaba como un lechón de caldero en caldero, dando sorbitos a la comida: ¡«Oh, delicioso! ¡Exquisito! ¡Digno de un marqués!». Y soltaba una risita mezquina y pueril. Corría ahora a los postres, metía su dedo morcillón en las natillas. ¡«Un manjar!». Su cuerpo se deformaba como un globo de agua. Aparecían pliegues donde debía haber huesos, que al siguiente paso eran bultos obscenos de grasa y formas grotescas. Menudo puerco. Mirándolo desde lo alto me dieron ganas de abrirle la cabeza a martillazos. Pero solo era una idea. Me hubiera gustado tener valor para eso. Verle los ojos desencajados y la cabeza amoratada por los golpes del hierro en su frente. La sangre brotando como un geiser hasta el techo.

Me llené de confianza. El cochino dormía profundamente. Me acerqué al almacén. Estaba repleto de comida envasada.

Fui hasta el fondo. Allí guardaban las herramientas. Medité coger un martillo. Me reía por dentro. Qué gusto me daría. Cogí unas bridas y una cuerda. Hice un nudo corredizo. Volví a la recepción. Allí seguía con la boca llena de panchitos y los dientes repletos de sarro. Le pasé la cuerda por el cuello con mucho cuidado. Resopló un poco por la nariz y siguió durmiendo. Durante un instante me aterroricé. «Si se despierta esta babosa ciclópea, ¿serás capaz de retenerlo?». Até la soga al pomo de la puerta del baño. Ahora pasé una brida por el brazo del sillón y le apresé la muñeca con ella. Estaba a mi merced. «San Martín llega para todos».

Me imaginé la vida del gorrino. Medio subnormal, gritando proclamas católicas en algún pueblucho de mierda donde las viejas, temerosas de su futuro cercano, cegaban sus ojos y sus mentes a las aberraciones del padre: pajeándose con sus fotos privadas, contactando con los niños de primera comunión en sesiones privadas, merendando viandas en la casa de las mujeres del pueblo que estaban dispuestas a creer en la *benevolencia* de los reptiles.

Me acerqué al llavero. Era un panel de madera clavado en la pared, donde colgaban todas las llaves del recinto con etiquetas numeradas. Estaban también las del Toyota negro que había aparcado fuera. El sebo se despertó al escuchar el tintineo de las llaves. Intentó levantarse. La soga se tensó y cayó de espaldas al suelo, junto con el sillón.

—¿Quién eres? Desgraciado, esta es la casa del Señor. ¿Cómo te atreves? ¡Tú!

—Tranquilo, no te voy a hacer daño. Solo necesito el coche y unas provisiones.

—No te atreverás. Arderás en el infierno.

—¡Joder! —exclamé indignado—, para vosotros todo arde en el infierno por cualquier motivo. ¡Estate quieto!

—Estás loco. Seguro que has enfermado. Dios hará que te pudras vivo.

Qué compasión desprendía, él y su deidad.

Le apresé el otro brazo con una brida y quedó encajado sobre el sillón, tumbado en el suelo. Sus piernecillas regordetas asomaban por debajo de una túnica, como gusanos cebados de cadáveres. Era un ser repugnante por fuera y por dentro. La cabeza se le había amoratado con la presión de la soga alrededor de su cuello lleno de papadas.

—Duérmete un rato. Enseguida me habré ido —le prometí, besándome los dedos. Sabía que estaba mal, pero la adrenalina me recorría el cuerpo como un trallazo de cocaína.

Abrí las puertas de cristal. Vigilé durante un momento. Nada. Nadie. Empecé a llenar la caja del coche con todas las provisiones que encontré: legumbres, latas, comida deshidratada, agua, algunos trastos, el dinero que encontré por los cajones, galletas, pasta... Todo lo que se me ocurrió.

Al verme cargar el coche, el puerco empezó a chillar como si hubiera visto una mesa tocinera. Volví corriendo a la recepción, alertado por el escándalo que estaba provocando. Era difícil que alguien pudiera escucharlo en este páramo asfaltado, pero ya había tenido muchas sorpresas por esa noche.

—¡Cállate, joder! —le grité.

Qué gritos daba. Qué agonía tan indecente para un porcino. Me acerqué. Gritaba más y más, cada vez acortando más los intervalos y subiendo la tonalidad a un agudo inaudible. Un perro aulló en la lejanía.

Lo descalcé, le quité un calcetín y se lo metí en la boca. Joder, estaba sudado y pringoso, lleno de pegotes. Debía de haber estado caminando sobre los restos de su propia merendola.

—¡Cállate, coño! —El asqueroso rebuznaba por la nariz. Era realmente repugnante.

—¡Te vas a ahogar, gilipollas!

El porcino se calmó un poco y se quedó resollando sobre el respaldo del sillón, con la túnica subida indecorosa sobre

su panza oronda y flácida, que se desparramaba a los lados de sus costillas.

—En cinco minutos me habré largado —le dije, para darle ánimos.

Me dolían todos los huesos del cuerpo por la paliza recibida. Me calcé sus botines, me venían más o menos bien, y a él no le iban a hacer falta de momento. Estaban calientes. Me dio un acceso de asco. Aunque eran mejor que nada. Me iba a marchar sin despedirme; no creía que la descortesía le importara demasiado al puerco, cuando una voz interrumpió mi decisión:

—¿Puede decir su palabra clave? ¿Me escucha? Tiene que decirnos su palabra clave.

Escuché esa voz enlatada saliendo de algún sitio cercano. Busqué espantado el lugar del que provenía. Debajo de la mesa, sobre una pequeña repisa atornillada a una cajonera, un pequeño aparato, parecido a una radio portátil, parpadeaba entre pilotos de varios colores e intentaba comunicarse. Miré enojado al porcino, que se debatía intentando liberarse de la mordaza. La escupió y gruñó con estridencia:

—¡San Judas Tadeo! ¡Va a matarme!

—¿Está usted en peligro? —preguntó la voz del aparato.

—¡Me va a matar! —gritó nuevamente el gorrino—. ¡Este pordiosero hijo de Satanás va a matarme!

Reaccioné. Me eché encima de él. Me sorprendió la cantidad de cuerpo que había bajo la casulla. Podía notar los cúmulos de grasa amontonados en pliegues y salientes. Le introduje el calcetín de nuevo en la boca. Pataleaba y cabeceaba, sujeto al sillón por las bridas y con la soga al cuello. Supuse que debía de ser algo parecido a sufrir un terremoto sobre un lecho de cieno.

—Enviamos una patrulla —anunció el aparato con la voz alarmada de una muchacha joven.

Corrí al vehículo. A lo lejos destellaban recurrentes otra vez las luces de un coche patrulla. «Mierda». Comprobé en la

salida si había cámaras. No pude ver ninguna. Quizá hubiera tenido suerte y el sistema de alarma solo fuera de comunicación con alguna empresa de seguridad. De todas formas, no iba a quedarme por allí para confirmarlo. Allí se quedó el cerdo tumbado sobre el sillón jadeando y amoratado. Alguien lo encontraría dentro de un rato. No creo que Dios abandonara a su suerte a un ser tan provechoso dada la *irreparable desdicha* de su perdida para la posteridad.

Encajé la primera marcha y pisé a fondo. El coche se encabritó y seguido se lanzó como un toro de rodeo hacia los objetos que había por delante. Logré esquivar parte del mobiliario urbano, pero un banco sufrió las consecuencias de mi inexperiencia al volante. «No pasa nada, algún cuñado o primo ganará el doble de lo que vale el banco por la mitad del trabajo que requiere instalarlo».

Las luces azules aparecieron en el *parking* desfasadas en su rotación, con la inaudita velocidad del vehículo policial. Aceleré cruzando unas zonas ajardinadas que separaban el aparcamiento de la vía de servicio. Al cruzarla, bolsas y latas comenzaron a brincar dentro del habitáculo del vehículo como en un sistema caótico.

El coche saltó por las jardineras. Los objetos me golpeaban y caían al suelo, después volvían a elevarse, golpeaban el techo y los comandos del coche y volvían a sedimentarse en las alfombrillas. Se habían accionado los limpiaparabrisas y los intermitentes, ¡qué locura! Alguna lata debía de haber golpeado las palancas de acción. En el cuadro de luces varios pilotos se encendieron. No tuve tiempo de comprobar qué significaban. Ahora se elevaba una ola de latas y bolsas, ahora veía la carretera. Algo me golpeó con violencia la cabeza. Sentí una punzada penetrante en la parte posterior del cráneo y noté la sangre, caliente y pastosa, deslizándose por el cuero cabelludo. No importaba, toda mi voluntad estaba puesta en la huida.

La policía no pudo atravesar por las jardineras con su turismo hipermusculado. Por el espejo retrovisor vi cómo retrocedían y buscaban alguna salida a la vía de servicio. Mientras tanto, yo me incorporé a la autovía y aceleré al máximo, hasta que el coche empezó a vibrar como la golilla de una soprano en *Popoli di Tessaglia*.

Cada bache convertía al vehículo en un aeroplano. Pero no estaba dispuesto a ser apresado. La policía apareció en la autovía, y en pocos segundos empezó a recortar la distancia. Era un vehículo superior en esas circunstancias; tendría que buscar yo unas condiciones más favorables al vehículo que conducía. Me mantuve unos minutos más en la autovía. Apenas había tráfico; debían de ser las tantas de la madrugada. El ritmo de mi corazón estaba al límite. Me gustaría poder contar que eso me excitaba o que ilícitamente me divertía, pero muy al contrario sentía una sensación de ahogo y de miedo. A esa velocidad no habría escapatoria. Un pequeño fallo —muy probable en mí— y analizarían mis restos en un microscopio. Bellas imágenes cruzaron por mi cabeza: Florinda caminando torpemente por el río. Sus nalgas se alternaban en movimientos que oscilaban en la línea de la cordura. Esa estrecha cintura se contorsionaba a un lado y otro mientras anadeaba cerca de la orilla, atestada de juncos. Había pasado días felices con ella, y ahora no estaba. Rumiaba en los estómagos cerebrales las ideas de abandono y pérdida que habían infectado el sistema. Cómo se llega a la decadencia es algo que uno siempre es incapaz de ver, y ni atisba a anticipar. En lo más profundo de un pozo lleno de fango están los ramos de lirios que nos esperan al final. Si crees que casi puedes alcanzarlos, estás muy equivocado; siempre puedes profundizar más en el fango. Siempre puede llegar a ser más hediondo. En la boca del pozo, la única luz que me alumbra es esa chica, la que apenas puede caminar por el lecho de río. Y nadie puede hacerlo con una gracia similar. Esa es mi salida, literal y figuradamente.

Desperté de mis ensoñaciones. Tomé la salida en dirección a la playa y en busca de Florinda. Supuse que por la playa no podrían seguirme. Entré en la arena con el microcosmos de latas, botes y plásticos orbitando erráticamente en torno a mí. Mis cálculos fueron absolutamente erróneos. Una carretera recorría paralela la costa hasta los acantilados del fondo.

Detuve el vehículo para pensar, a la orilla de la playa. Los policías se bajaron del coche; me observaban desde la distancia, en la carretera. Uno elevó los hombros, impaciente, y los brazos, haciéndome saber: «No tienes escapatoria. ¿Vamos a estar así toda la noche?». Yo le respondí en el mismo lenguaje: golpeé el volante. «Sé que estoy atrapado, pero no me rendiré tan fácilmente».

Uno de los policías entró en el vehículo policial, hablaba por la radio. Supuse que pedía refuerzos o daba parte de la situación. El otro, un bien plantado caballero con bigote y porte audaz, se encaminó hacia mi posición con un paso lento y pesado. Avancé lentamente por la playa hasta distanciarme un poco. El policía retrocedió hacia el coche patrulla. Me detuve. Anduvo entonces otra vez en mi dirección y repetí la operación. Esta vez sacó la pistola y me apuntó. Me imaginé la poca paciencia que debía de tener con sus hijos. Seguro que era de esos que utiliza la derecha para comer y la izquierda para dar capones. Aceleré, y pronto alcancé una distancia prudencial. Pero las balas corren más que los coches, y de cuatro estallidos, dos acabaron haciendo diana. Los impulsos nerviosos recorrían mi cuerpo dislocado.

La descoordinación se apoderó de mis miembros. Alcancé los acantilados, antes tan lejanos. Podía dar la vuelta e intentar llegar a la ciudad. Aturullado —no es fácil decidir qué hacer cuando escuchas una bala perforar el metal— encendí la radio en lugar de cambiar de marcha. Quedé indeciso, con la mano en alto sin saber qué quería hacer hasta que accioné el aire

acondicionado, justo en el momento en que recordé que quería cambiar de marcha. Eso hice. El coche patrulla me alcanzó por la carretera y se detuvo encima de un puente. Un puente. Un puente. ¿Qué hacía un puente allí? Sí, ¡joder que sí! Era un pequeño arrollo que desembocaba en la playa. Los policías se apostaron tras la baranda del puente. Tenían las pistolas desenfundadas pero se mostraban relajados; me creían atrapado. Busqué la tracción a las cuatro ruedas. La accioné. Avancé poco a poco; los policías se tensionaron. Vi un momento de indecisión; no sabían si subir al vehículo o acribillarme a balazos. Fue en ese justo momento. Aceleré a fondo y dos crestas de arena engalanaron la temeraria acción, esculpiendo arcos de arena que surgían de la tracción de las ruedas. Los maderos se posicionaron para el disparo en esa ridícula postura, con los brazos muy estirados y las piernas separadas y flexionadas. Vi dos fogonazos. Ninguno me alcanzó. Vi otros dos destellos. En algún lado alcanzaron el coche. No había marcha atrás. Encaré el ojo del puente a toda velocidad. Puse las largas y los policías quedaron desconcertados ante el brillo intenso de los faros, el instante preciso para que atravesara el puente por debajo, dejando un espejo y parte de la pintura del Toyota como rúbrica de mi fuga.

El arroyo era intransitable, pero el coche avanzaba con fiereza. Apenas me podía mantener pegado en el asiento. Me agarraba al volante con todas mis fuerzas, pero mis brazos apenas resistían el dolor de la vibración transmitida desde el catastrófico pedregal a la barra de dirección. Pese a todo, seguí avanzando y rezando por que no pinchara una rueda o reventara el motor. Tras un kilómetro aproximadamente, tomé un carril que me condujo a un campo de invernaderos. Las chabolas estaban hacinadas unas con otras, recubiertas de plásticos negros y rodeadas de fosos de basura y desperdicios. Me imaginé los grupos de inmigrantes apretujados en las construc-

ciones de madera, cartón y plástico combatiendo esta nueva peste, sin medios, sin recursos, abandonados. Se nos olvida siempre en la elevación y la adulación de la condición humana que en lo mejor que podemos ser se encierra, sin embargo, lo que realmente somos: lo peor que podemos llegar a ser.

No se veían luces ni se escuchaban ruidos. Era posible que ni siquiera quedara nadie allí. Era posible que en la vasta extensión del desierto que era aquella tierra, tanto si mirabas al árido interior como a la lámina azul de su mar, estuvieran sembradas las tierras y las aguas de sepulcros improvisados.

Me desvié por una carretera local y me ubiqué con un paisaje familiar; ya sabía cuál sería mi ruta de escape.

Si pensaban atraparme, lo llevaban claro.

La escapada

Atravesé el desierto por carreteras secundarias. Llegué a un cruce de cuatro caminos, donde un bar de mala muerte, con un neón con una provocativa *cowgirl*, reinaba sobre las penumbras del paisaje. Las luces interiores estaban apagadas. El neón destacaba sobre la noche como un advenimiento divino. Giré a la izquierda en dirección a la sierra azabache que se recortaba en el lejano horizonte; un gigante de granito parecía yacer de costado, anquilosado desde tiempos inmemoriales. Hacía ya algunos años había pasado por allí con un amigo de mi amada Florinda. Era retén, y se dedicaba a provocar incendios. Era una pequeña broma que solían gastar en el gremio. Una broma no tan broma. Nos hizo una ruta por la sierra. Ciertamente maravillosa, aunque agotadora.

Eran muchos kilómetros por un desastrado camino de tierra. En la espesura del bosque, ya perdido en los dominios del monte, una profunda cicatriz atravesaba en dirección norte la mole de piedra que se convertía en montaña. Sierra Azabache es la más densa y oscura de todo el país. La hendidura se adentraba en forma de sinuoso barranco durante muchos kiló-

metros. Algún gigantesco cataclismo hacía eones había partido la montaña. Algunos se atrevían a cruzarlo, pero el peligro era grande: pasos angostos, desprendimientos, riadas, pozos. Solo debía hacerse aquel camino con la gente más experimentada. Había épocas en las que era intransitable; las aguas de escorrentía podían arrastrarte como a una rama seca y destriparte en las afiladas paredes y salientes de la quebrada. Un camino recorría el barranco por arriba. Era espectacular y temible. El carril estaba habilitado a vehículos todoterreno y para conductores de nervios templados.

Tomé ese camino y, con las luces apagadas para que desde punto alguno no pudiera ser divisado, recorrí con lentitud el trayecto. Se descubría al final de la vía un extenso prado, antaño territorio de batalla entre pastores y lobos; hoy prostíbulo natural de senderistas y grupos de flipados que organizaban fiestas confundiendo la conexión con la naturaleza con un viaje con LSD y con dejar la minga colgando a la brisa mañanera. Con el Toyota no me costó recorrerlo; se comportaba de forma excelente en este terreno. Una pequeña vereda se internaba en el bosque al acabar los pastos. Era pequeña, pero sabía que el coche cabría, pues, en aquella pasada excursión, nuestro amigo el retén nos había conducido por ella para avanzar más rápidos hasta el lugar de nuestro destino. Ya había perdido de vista toda civilización. A lo lejos, una difuminada cúpula de luz se alzaba hacia las estrellas. A mí me parecía la luz de un mundo que ya había olvidado. Seguramente, las fuerzas de seguridad me estarían buscando por la ciudad; el coche era fácil de identificar. Era posible que alguien les hubiera indicado mi dirección de huida. Así que pensaba que también estarían ya iniciando la búsqueda en el desierto. Llevando un todoterreno, a alguno de los lumbreras ascendido por sus méritos apaleatorios se le habría ocurrido que una vía de escape posible era la sierra, así que ya había contemplado yo que la búsqueda

podía ser también en este terreno; pero Sierra Azabache es muy extensa, muy oscura y muy indómita. Tenía que idear un lugar donde ni las águilas anidaran.

Bajé un momento del vehículo y borré con unas ramas las huellas al inicio del sendero. Empezaba a chispear, así que no creí que pudieran seguirme por las marcas de las rodaduras. Pero toda precaución era poca, y no iba a desperdiciar tan inesperado ingenio.

Ascendí por el sendero. Los mochuelos y los autillos incendiaban sus ojos con el reflejo de los faros. Se quedaban pétreos hasta que el coche les encimaba. Entonces, avasallados por la mole metálica, alzaban el vuelo y escapaban en pinceladas grises. Creo que el sendero duró unos diez kilómetros, más o menos. Me había internado en la profundidad de la sierra, pero aún allí alcanzaban a llegar los senderistas y aventureros más audaces. En la cima de uno de los montes se extendía un páramo desolado por el viento, apenas cubierto con unas pocas briznas de hierba raquítica. En medio del páramo se distinguía una caseta. Era un refugio para los montañeros que se atrevían a cruzar los más de cuatrocientos kilómetros de sierra por el camino más duro: el Camino del Rey. Este camino era una senda que cruzaba Sierra Azabache por los picos más impresionantes. Era famosa por su dureza. Pero ese no era mi destino; mi destino se encontraba más allá del allá, mucho más allá de ese sendero para panolis con equipamientos de miles de pavos cosidos por párvulos taiwaneses. Continué con el vehículo y atravesé el páramo. Una portentosa montaña, el pico más alto y funesto de la sierra, se alzaba ante mí. El Pico Negro. Era un lugar tenebroso y terrorífico, digno de Drácula, o quizá del Yeti. Se perdía en medio de la cadena montañosa con un acceso infernal. Ascendía recortado contra el cielo, hiriéndolo en sus picos más elevados. Si alguien se perdía allí, volvía envuelto en paño.

Conecté la radio. El apocalipsis parecía haberse desatado en el mundo. Las noticias eran espeluznantes: millones de muertos, países enteros se desplazaban huyendo de la pandemia mientras otros países los rechazaban con los tanques bien alineados. Los países ricos proclamaban su bondad, reteniendo a los inmigrantes en las fronteras, hacinándolos en campos vallados donde esperaban fríos la deportación. Abandonaban a los mayores, solos como nunca nadie estuvo, en residencias y viviendas pestilentes por los cadáveres, pudriéndose en monumentos a la infamia. Ellos, que habían construido esta sociedad por el porvenir de sus hijos. Equivocados, sí, pero inocentes de la depredación que su especie llegaría a ambicionar. Ese era el trato que recibía la humanidad de la humanidad. Eso era lo que éramos: simples bestias con ínfulas de grandeza y piedad, carroñeros erguidos sobre dos patas, devastaciones.

En las emisoras locales no había cabida para mi hazaña. En ningún sitio radiaban mi heroica huida. Yo, una inutilidad epicúrea, había logrado realizar una gesta para el recuerdo, pero nadie la recordaría. Todo era pestilencia y enfermedad ahora. Era como si el pincel de el Bosco hubiera cobrado vida, dirigida por la mente depravada del genio. Los tertulianos así lo narraban: piras de montones de muertos quemados en descampados de la India, fosas comunes que se excavaban en las cercanías de los cementerios y donde arrojaban los cadáveres sin identificar por toda Europa, gente guerreando por cuscurros de pan y sacos de arroz agusanados en Sudamérica, imbéciles matándose a tiros por valores modelados desde mansiones inexpugnables en Estados Unidos, la muerte, capa sobre capa en África; partidos políticos aprovechando el caos para lanzar el anzuelo con lombrices envenenadas, banderas agitadas en proclamas bélicas y nacionalismos descerebrados, compañías haciendo valer la coyuntura para sacarse unos extras a sus ya inconmensurables cuentas corrientes… La historia va y viene, se recompone y

se presenta vestida de blanco aparentando ser nueva. Pero es la misma de siempre. Los desterrados, los abandonados, despreciados del mundo, morían sin una pizca de dignidad. Los asesinos lo harán después no habiéndola tenido nunca. Los tertulianos, que por suerte sabían de cualquier materia que se presentara a debate, ejercían de avanzadilla, de ariete sensible a los intereses de cada movimiento social interesado. Me pareció vomitivo. Lo más humano que había escuchado.

De tanto en tanto se adelantaban boletines informativos y los corresponsales contaban con frialdad y asepsia las desgracias que iban aconteciendo por todo el país. Dejé la radio de fondo. Recordé el lugar de ascenso inicial, un cortafuego. Con el coche en modo 4x4 inicié la subida suicida por el terreno yermo. Ascendí varios kilómetros. El coche parecía que se desbarataría en cualquier momento. Crujía y chirriaba. Empezaba a oler a quemado. Un hedor repugnante emanaba del motor y se filtraba hasta la cabina. Abrí las ventanas y me golpeó el gélido frío. «Un poco más», le alentaba yo. «Un poco más y habremos llegado», le decía como a un fiel jamelgo cuyos servicios han sido inestimables en el triunfo de la batalla. El vehículo siguió ascendiendo con un traqueteo tractoril. El barro comenzaba a formarse en el suelo y el coche iba perdiendo tracción. Un poco más arriba comenzó a patinar. Bajé y coloqué unas ramas de pino bajo las ruedas. Aceleré hundiendo el pedal hasta el fondo. El coche patinó hasta que las ramas se colaron bajo las ruedas. Entonces salió disparado, con una potencia incontrolable. Golpeé una rueda contra un gran pedrusco y el golpe se transmitió por todo el sistema de dirección hasta mis brazos. Solté el volante y el coche enloqueció. Tableteó sobre la superficie enlodada y se dirigió hacia la columnata de árboles que limitaba el cortafuego. Pasé como una centella entre dos grandes pinos. Nadie sabría explicar qué fuerzas físicas actuaron para no estamparme contra ellos. Agarré el volante con

toda la fuerza que mis doloridos brazos me permitieron. ¡Qué blandito era! Desde luego. Giré la dirección apretando el ano. El coche derrapó al lado contrario. Salvé otra columnata de pinos. Pisé el freno con ambos pies, pero ya no había leyes que rigieran el comportamiento del coche sobre los elementos, distorsionados por el agua. Golpeé lateralmente contra el tronco de un árbol y el coche comenzó a girar como una peonza. Estaba en medio de un pequeño claro en pendiente descendente. Algunas poderosas piedras asomaban amenazantes del suelo. El coche tomó velocidad en el descenso, colisionó contra las piedras y dio una vuelta de campana. Era consciente de un tiempo largo, como si cada evento durase un siglo. Todas las partes sueltas rodaron, colisionaron y rebotaron como átomos excitados en el inicio de los tiempos. Estábamos boca abajo, boca arriba, boca abajo. Finalmente, con un giro en precario equilibrio, volví a estar boca arriba. Noté derramarse el líquido vital. La sangre corría por mi sien. Me noté resacoso; una mala resaca provocada por decenas de golpes y bailes desquiciantes. Pero todo parecía estar en su sitio; agitados los órganos y los huesos, aunque colocados cada uno en su lugar. El frío entraba por los cristales rotos. Es un amigo terrible: se pega a ti y no hay quien lo eche.

Pasé la noche cobijado en el coche. Me tapé con las fundas de los sillones y con una lona que había en la caja del vehículo. Me comí una lata de atún que encontré en el suelo y todas las galletas que se habían desperdigado fuera de sus cajas. Me sentí apaleado, convaleciente. No tuve fuerzas para moverme. Había perdido algunas provisiones; algunos botes se habían roto y otros habían saltado por las ventanas o habían salido despedidos desde la caja posterior. Por la mañana me encargaría de intentar recoger todo lo esparcido. Quedaba un buen trecho para llegar a mi destino y ya no lo podría hacer con el coche; estaba inservible. Tampoco podía servirme mucho más; bas-

tante había hecho subiendo el cortafuego. Nunca pensé que lo pudiera lograr. Desde ahora, lo dejaría descansar en paz. Sería un túmulo. Lo veneraría todos los años en esta fecha como si fuera un héroe caído en una odisea justa.

Por la mañana metí en la lona todo lo que me podía ser valioso, principalmente comida y fundas de sillones. Rompí un par de ramas de pino y coloqué la lona encima. La até a la rama con los tensores del maletero. Allí coloqué las cosas valiosas y, en modo camilla, comencé mi ascenso hasta el lugar de destino, arrastrando tras de mí el bulto. Tardé todo el día. El suelo estaba resbaladizo y pesado, y yo, embebido en la magnificencia de la naturaleza, me distraía con las canciones aladas y los murmullos suaves de los árboles.

No conocía muy bien el camino, solo sabía que desde el cortafuego había que guiarse por un picacho gris que surgía de la montaña como la garra del mismísimo Satanás. Y esa fue la dirección que tomé. De vez en cuando subía algún montículo o a un pino para poder observar si mi rumbo había cambiado o seguía por el buen camino. Finalmente llegué a la base de la extraña formación rocosa. Entre ásperas rocas tuve que escalar varias paredes. Fue penoso mi ascenso. Jamás había escalado ni aunque fueran dos metros. El terreno era escarpado y de esta manera lo afrontaba; primero, ascendía yo con una cuerda hecha de tensores amarrada a la lona en forma de hatillo. Cuando ascendía la pared, tiraba de la cuerda y subía la lona. Así tuve que hacerlo con al menos cinco muros de granito de unos tres o cuatro metros. El escarpado terreno semejaba las escaleras de un titán.

Después de solventar este tramo, se extendía un pequeño claro de exuberante vegetación, cercado por abundantes pinares. Lo crucé al trote; la noche ya se me echaba encima y debía encontrar un refugio. Tras otros buenos tres o cuatro kilómetros, llegué al lugar donde habíamos estado con el amigo

de Florinda. Cuán penoso se me había hecho el camino, cuán gratificante a la par. Durante todo el día había olvidado los problemas. Persecuciones. Florinda. Trabajo. Todo se había evaporado hasta las nubes, pero de repente condensó y arreció de nuevo. Llovía a cantaros; problemas y recuerdos. Empecé a encontrarme mal. El dolor recorría mi cuerpo y los pensamientos malignos colmaban mi cerebro. Caí en la cuenta de que no tenía con qué encender una lumbre. Empecé a frotar dos palos, pero todo estaba húmedo. Me recosté entre la hendidura de una gigantesca piedra medio enterrada en el suelo. Me cubrí con todo lo que llevaba y allí me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasé durmiendo, ni cómo no he muerto todavía de frío. Me desperté congelado. Apenas podía moverme; no sentía las extremidades. El otoño suave es una mandíbula de lobo en la sierra. «Reconozco que soy un ser inútil; la vida no me ha preparado para nada más que ensoñaciones y colchones de pluma de oca. Se me da muy bien la abstracción, los aspectos subyacentes, la intensidad, ser incisivo, abordar con perspectiva…, sí, pero no puedo hacer fuego ni con un bidón de gasolina y un mechero. Debo llevar un día (acaso dos o tres, a lo máximo) en esta huida suicida. Suicida, sí. Soy un ser inútil y así lo dejo dicho en mi testamento. Me gustaría haber escuchado más a los viejos en el pueblo: Tagartera, mi terruño. Miro a mi alrededor y no veo más que peligro e inclemencias. Desamparo. Ignorancia. Indefensión. Pero aquí estoy. No me daré por vencido tan pronto. He huido de la destrucción humana, de la enfermedad y la muerte; de las fuerzas represoras. Espero que la montaña me acepte».

Me tumbé al sol matutino. Me embargó la ancestral energía primigenia que insufló vida a las cosas. Luego me sentí un poco más acogido. Casi una hora después había entrado en calor, me había revivido. Noté que me había crecido la barba. Cuando llegué estaba afeitado (más o menos); cuando desper-

té tenía la barba de dos o tres días. La cabeza estaba embotada, me palpitaba. No había comido desde hacía días —no sabría decir cuántos— ni bebido una gota de agua. Y, aun así, sentí nauseas. Me incorporé temblando, me acerqué al cobijo que ofrecía la piedra y devoré un bote de alubias, galletas y varios zumos. Con el cuerpo mínimamente repuesto, subí una pequeña ladera bordeada de rocas. Ese era el lugar que buscaba. En lo alto de la ladera, una pequeña cascada nutría una piscina natural de aguas puras. Allí nos había llevado el retén amigo de Florinda. Un lugar que apenas nadie conocía, rodeado de vegetación esplendida. Parecía el lugar que habitarían las hadas (si las hadas existieran y fueran sedentarias, cosa que ignoro). Allí habíamos pasado un par de días acampados hacía ya algunos años, con el retén intentando impresionar a Florinda con sus conocimientos de la montaña y las arriesgadas aventuras que era su cotidianidad. Y yo reventado de celos. Nos habíamos bañado en la poza y habíamos asado nubes por la noche. Todo muy idílico. Creo que el retén murió en un incendio, de lo cual me alegraba. A joderse. Ahora ese sitio secreto sería mi hogar y el mausoleo de su recuerdo. A joderse, he dicho.

El inicio de la aventura

Ya os he relatado todo aquello que he logrado recordar. Ahora voy a escribir un diario.

He visto pasar el sol desde el alba al ocaso en varias ocasiones. Creo que he enfermado de esa maldita enfermedad que lo ocupa todo ahora. He construido, en mis breves estados de consciencia, un murete a modo de cierre, entre las piedra en forma de «V» que ha sido mi refugio hasta ahora. Mi estado lisérgico y febril no me ha permitido demasiados progresos. He cubierto los huecos amontonando ramas de pino sobre ellos de cualquier modo. Más adelante seré más diligente, cuando recobre las fuerzas, y si sobrevivo a esta. Tengo miedo. Aquí nada impide que la muerte me alcance, salvo la distancia a todo. Quizá la muerte ni siquiera sepa dónde estoy. O no le apetezca venir hasta aquí. En los escasos despertares como, bebo y echo palos a la fogata para mantener el calor en mi madriguera. Ahora soy más un hurón que un ser humano. He conseguido encender fuego; parece fácil cuando se cuenta, pero… Recordé cómo un amigo prendió una fogata para encenderse un cigarrillo en medio de la nada. Eso es determinación. Había

rodeado un palo seco y recto con un cordón del zapato atado a un palo arqueado. Después, sobre una madera, había colocado un poco de yesca y había aplicado presión dando vueltas al palo, haciéndolo girar con el arco. No tenía nada que hacer, así que lo conseguí usando ramas secas, yesca y los billetes que me había dado Alonso. (¿Para qué me iban a valer aquí?). Me encantó quemar billetes. Fue una dulce venganza al valor más adorado por la sociedad. Sentí lo que algunos debieron sentir al quemar a una bruja en la hoguera o a un Cristo de madera durante las guerras fratricidas. En el futuro, me recordé, debía impedir que se apagara el fuego, por el bien de mis brazos y de mi paz interior; pues, nadie sabe hasta que se pone el estado de ansiedad que se adquiere cuando frotas y frotas y lo único que consigues es templar un poco la materia, hacer que la madera desprenda un leve e irritante calorcillo. Situé la hoguera en lo profundo de la formación natural rocosa en forma de «V» que había tapiado de manera parcial. Allí me refugié durante varios días, mientras me asaltaban sueños lúgubres y pensamientos funestos. Las pesadillas vivían plácidamente entre las paredes curvas de mi refugio. Las sombras que danzaban al son de las llamas me evocaban tormentos chinescos. El frío entraba por los huecos de entre las piedras. Ese sería mi próximo proyecto mientras las hojas estuvieran cayendo. Aún tendría tempo; después ya sería tarde.

Mi palacio

Hoy he despertado con cierta proyección de ánimo; parece que la vitalidad retorna a mi carne. Observo el cubil que será mi hogar. Una formación rocosa en forma de ángulo agudo con fachada de piedra curva. Debe de tener un metro de altura desde la base, en el suelo, hasta la parte más pronunciada de las rocas. Son sólidas y frías. Forman un área de unos tres metros cuadrados. En la parte más profunda hay una angostura, una especie de arista profunda que viene a salir por detrás de las rocas en dirección sur hasta el suelo, que se encuentra a la altura de las rocas en su pate más alta. La formación hace un salto de nivel. Al sur, el suelo cubre las rocas hasta su máxima altura. Al norte el nivel cae un metro.

He cubierto la parte abierta con ramas de pino. No sé si con esto puedo construir un techo para mi proyecto, pero creo que valdrán. He ido limpiando las ramas principales con los cantos de las piedras más afiladas y duras que he encontrado. Algunas se deshacían con cada golpe. No valen para mucho, pero no tengo otra opción en este momento. He pensado en utilizar partes del coche para hacerme un cuchillo. Quizá

alguna parte de la carrocería, pero ¿cómo puedo extraerlas de su propia estructura?

He conseguido reunir doce ramas del grosor de mi brazo. Deben medir dos metros de largo. Me valen. He cubierto la parte superior de las rocas abierta a la intemperie, formando una estructura de vigas paralelas. No tengo ni puta idea de construir nada, pero he apilado unas rocas en los extremos de las ramas que las han sujetado con firmeza. He intentado zarandear las ramas y han resistido. Me ha costado un mundo solo hacer esto. No es tan fácil encontrar piedras. Cuando caminas por el campo no ves más que putas piedras, tropiezas en ellas a cada paso; pero cuando necesitas una… joder. No sé muy bien cómo cubrir el tejado. Tengo una lona, la que el *pick up* llevaba en el cajón de carga. La he colocado sobre las ramas y le he esparcido arena por encima. La estructura resiste, incluso conmigo encima, aunque la lona se escurre por entre las vigas al recibir el peso de la arena, que se distribuye de manera desigual, acumulándose, claro, entre los huecos de las vigas. La he intentado fijar a los extremos con piedras, pero no aguanta.

He pensado que si en vez de hacer una estructura de vigas paralelas coloco otras ramas perpendiculares formando un entramado de cuadrícula, la lona tendrá una mayor superficie de apoyo y no se escurrirá. He buscado algunas ramas. Cuando me he venido a dar cuenta ya estaba anocheciendo. El frío estaba invadiendo mi cuerpo de nuevo. He preparado un fuego dentro del refugio a medio construir y ¡sorpresa!, la zona más al fondo, donde nace la arista que sale al otro lado de las rocas, puede que me valga como tiro de una pequeña chimenea. Estoy muy emocionado. Es posible que mi refugio, mi pequeño palacio de montaña, ¡tenga hasta una chimenea! Me ha animado mucho la idea. He abierto una lata de judías pintas y me las he zampado con una alegría inusitada. El organismo

efervescente de felicidad. Estoy aquí solo, en el quinto coño de una montaña y no necesito nada más.

Por la mañana he colocado las ramas nuevas. Las he atado con las cuerdas elásticas de la lona a las vigas originales. Se ha quedado una estructura cojonuda. Me he subido encima, e incluso he dado un par de saltos. ¡Resiste! Después he fijado la lona a la cuadricula de ramas y lo he asegurado todo colocando más piedras por todo el perímetro, para que sea una estructura sólida. ¡Y vaya si lo es! Me siento eufórico. Tiene un aspecto estupendo.

He llenado las fundas de tierra y las he esparcido por el tejado. He desperdigado musgo, y hojas también. Ha quedado perfecto. La continuidad entre el suelo del bosque y el tejado es absoluta. Imposible que nadie pueda descubrir mi pequeño habitáculo desde la parte sur, este u oeste. Desde la parte norte sí, pues se ve el interior de la cabaña como una cueva tapiada. He construido una puerta uniendo multitud de ramas deshojadas. La he camuflado con ramas verdes. He utilizado las latas y botes vacíos para bajar agua desde la pequeña cascada que no debe estar a más de cien metros monte arriba. He realizado una mezcla de barro, arena y ramitas secas. Lo vi hacer en el pueblo, en los corrales, cuando era niño. No sé si estoy utilizando las proporciones adecuadas de cada elemento, pero la mezcla no ha quedado mal; es manipulable. He disfrutado como un mocoso lanzando bolas de barro contra las paredes desnudas de piedra de mi palacio. Es cansino pero divertido. He tenido que ir decenas de veces a por agua, y me he dado cuenta de que la tierra próxima a la piscina natural es buenísima para este propósito. Quizá contenga mucha arcilla, lo que la hace especialmente útil. Escuché una vez que este tipo de cubrimiento es muy bueno para aislar del medio. En los próximos días lo iré comprobando. Quizá mi vida dependa de ello.

Se me ha echado encima el anochecer mientras terminaba de enlucir mi obra. Estoy rebosante de orgullo. Casi puedo notar cómo un arcoíris se irradia desde mi pecho y se pierde en el cielo llameante. Anuncia viento, una buena prueba para comprobar la funcionalidad de mi refugio. He pensado que lo camuflaré con ramas, zarzas o lo que vaya encontrando. También he pensado cómo hacer que la puerta no se pueda abrir desde fuera cuando yo esté dentro. Tendré que darle rigidez a la puerta y hacer unas argollas, dos a cada lado de la puerta. Después, dos buenas ramas se pasarán por las argollas y anclarán en las piedras de las paredes del refugio. Así, la puerta quedará atrancada por si algún día necesito refugiarme.

Tengo las manos hinchadas y me están saliendo callos. Si me viera mi padre... Si me viera el hijo de puta del delegado. Tengo hambre. He cocido una sopa de sobre en una lata de alubias vacía sobre la lumbre. Me ha sabido a néctar de dioses. Se me han acabado las galletas. Tengo que ir pensando en racionar la comida e intentar cazar algo. Soy un inútil total, lo sabéis. No sé casi nada de animales. Sí, distingo un tejón de un ciervo. Sé lo que es una ardilla, y las diferencio de las ratas o los conejos; hasta de una tortuga puedo distinguirla, por así decirlo; pero ¿cómo coño lograré cazar algo de eso?

Recuerdo haber visto cómo en algunos programas de televisión cazaban con lazos. Lo mismo me lo estoy inventando. Tendré que volver al coche en busca de material. Para todas las empresas que se me ocurren me hace falta cuerda o alambre, algo. Quizá logre atrapar algún bicho y pueda comer carne fresca si consigo preparar trampas o armas. No confió mucho en mí, pero ¿qué otra cosa puedo hacer, sino seguir adelante?

Diario del sol

Este diario. En estas líneas, como en *El último hombre,* dejaré testimonio de los días de felicidad y terror que auguro que me esperan en el futuro. Pero, no he dicho aún quién soy, ¿verdad? Soy Paerl. Así me llaman. No os he dicho qué soy. Ahora contaré algunas cosas. La relación con mi madre es nefasta, inexistente. No, peor que inexistente: es rencorosa. Si al menos no nos reconociéramos…, pero sí lo hacemos, nos reconocemos como enemigos. Somos como esas etnias que se exterminan unas a otras por un secarral meridional lleno de matojos quebradizos con la infamia enquistada como un cáncer terminal. Como el odio puro que se profesan las oponentes de una telenovela. Como los activistas de las redes con sus nefandos mensajes al atinado y al diferente. Al menos yo hacia ella.

Estudié Bellas Artes con el apoyo de mi padre. Soy un artista. En mi pueblo, un artista es un geta, un vividor, un aprovechado. Yo soy de la otra clase. Tengo un cierto talento para el dibujo y la pintura, es innegable para mí. ¿Pero saben para qué no tengo talento? Para nada más. Tengo las manos hinchadas, los dedos despellejados, las lumbares cantando *La*

traviata. Este momento, este sitio, es idílico; pero la vida es dura. No es tanto la armonía que predican los iluminados y los buenistas, sino áspera y rugosa.

Tengo alimentos, agua y he conseguido hacer fuego. Bravo por mí. Estoy fabricando lazos. Son unas trampas inhumanas —¿o debería decir «humanas»?— para cazar pequeños animales y alimañas. Lo siento por ellos. Ahora me siento tan cercano. Pero tengo que alimentarme, y ese es el ciclo de la vida: el pez grande se come al pequeño para que después el pequeño se coma al grande. Mis nulas habilidades como ser humano no me dejan otra opción que utilizar estas artimañas para poder cazar. Cuando estudias Bellas Artes y te mueves con resolución por la ciudad, contemporáneo, como individuo separado de la mole social que formamos la pestilente humanidad como una entidad única y diferenciada, piensas en la elevación que supone el desarrollar las artes. Es algo sublime. ¡Tan alejado de la mediocridad! Es tan noble el utilizar los pigmentos para representar una idea, un concepto incluso. Un momento de belleza inigualable que nadie más ha podido captar nunca. Henchido de un sentimiento de orgullo y superioridad caminas como si nunca nadie hubiera visto una prostituta encendiendo un cigarro bajo un semáforo. Cada callejón es una evocación de la suciedad, iluminada con un fino rayo de sol que dota de una belleza inconmensurable al mundo, contrastando la pestilencia de la basura y lo divino del rayo. Ya veis: cada persona distraída es una sustracción de la cotidianidad; cada calle transitada, una sublimación del ente corpóreo que es la ciudad; una metáfora ridículamente simple que extrapola un viejo naturismo antropomorfo a la masa inerte de la ciudad. La masa, el vulgo, una red abstracta de pensamientos y culturas. Todas esas cosas son cúmulos metamorfoseados, raíces argumentales y conceptos excepcionales de la altura del ser humano como creador. Aquí, en la montaña, cuando vas a cagar tienes que

saber elegir bien la piedra. Ese espacio que queda entre tus pies y el suelo cuando los aires de superioridad te elevan sobre el resto de la gente es la mierda que cago todos los días, alejado de mi refugio. Aquí nada de eso vale, aquí el catedrático de lenguas hebreas y el físico teórico son el tonto del pueblo. El artista, como mayor exponente de un ser infrahumano, vale mucho menos, mucho menos que nada; es incluso un estorbo.

Eso es lo que soy ahora. Quizá antes fuera otra cosa, pero la sociedad, mantenida en unos pilares finos como el cabello que anticipa la calvicie, se sostiene a duras penas en sustratos oleosos, en remilgos y en ideas banales y superfluas. El fin de todo esto fue que nunca conseguí triunfar en el arte. En una introspección rápida cree uno que es un incomprendido. Lo cierto es que no es tan difícil de entender. La Teoría de Cuerdas lo es, la incertidumbre lo es, la consciencia lo es; el arte, no. No es tu momento y tu lugar. Así, mi momento y mi lugar acabó siendo la delegación de Hacienda de la ciudad. Soy —más bien «era»— una especie de chico de los recados con un cierto talento para hacer rayas y curvas. Supongo que alguna vez en mi vida debo de haber pisado una hormiga. Mi escala de las cosas es diferente a la suya. Su insignificancia, en comparación a mi tamaño, la ha hecho pasar desapercibida y, en alguna ocasión, en el césped de la piscina, en la calle, en la misma cocina de mi casa, debo de haber pisado alguna. Y ni siquiera me di cuenta. Eso era yo en la delegación de *Putahacienda*. Si me hubiera pisado alguno de los gilipollas que trabajan allí, hubiera acabado en la esquina de un pasillo, encajado contra el zócalo; con mis fluidos ensuciando el blanco mármol y confundido con un saco de bolsas de papel de basura de los servicios. Solo hubiera sido una molestia para el limpiador, que habría tenido que secar todos esos efluvios. Con la peste que echan…

Todos los días hacía el mismo camino y todos los días escuchaba y veía las mismas cosas. Era tan opresivo que solo

odiando profundamente todo lo que hacía era capaz de sobrellevar esa carga. Florinda me había dejado. Creo que porque soy un inútil y un imbécil. (Ya lo iréis viendo). Aunque ella decía que tomaba demasiadas drogas, que se me iba la pinza, que era descuidado y egoísta. Lo ignoro. Y, además, no lo comparto.

Se fue. Un día se fue. No puedo decir que no estuviera sobre aviso, pero ¿quién se toma algo en serio hasta que no ha sucedido? Nadie. Supongo que si alguien lee esto algún día, estará completamente de acuerdo. Al irse Florinda yo comencé —atención a la expresión que viene— una espiral de destrucción. Sí, bebía demasiado. Sí, fumaba demasiado. Sí, tomaba mezcalina y cocaína. Sí, algunos barbitúricos. Pero era lo único que hacía soportable la existencia. Me podría haber suicidado, pero no valgo ni para eso. Me da demasiado miedo la muerte como para no aprovechar para inflarme a cerveza.

Así que se fue. Y yo me levantaba cada día con un lado de la cama helado. Comía lo primero que pillaba y me iba al trabajo. Todas las mañanas me cruzaba con una subnormal hablando por teléfono en manos libres. Siempre estaba enfadada con alguien. Todos los días hablaba con su mamá, empujando un carrito de bebé, comentando que la vecina le había tendido en su cuerda, que su prima se había marchado demasiado pronto del bautizo del niño, que la de la pescadería le había limpiado mal la lubina. Todo con una voz desabrida y una indignación indignante. Nimiedades insufribles. Insignificancias que me abrumaban y me hacían cambiar de humor.

Las mismas caras todos los días. Una mujer con la vista baja de un conejo debía ir pensando en si había apagado la luz del comedor y en que, si no lo había hecho, probablemente moriría su hija en un accidente de tráfico, todo por su culpa. Un chico que iba a trabajar a una copistería todos los días alzaba el mentón y saludaba. Siempre tenía cara de sueño, debía de haber estado haciéndose pajas hasta las tantas de la madrugada;

por eso olía un poco a pescado. Una tienda de bolsos abría las persianas con estruendo. El vendedor parecía un poco atosigado; atosigado por cuarenta años vendiendo bolsos y maletas a señoras más pesadas que una plomada. Un vendedor de lotería me preguntaba si quería un décimo del siete, o del dos, o del cuatro, que ese día iba a tocar. Todos tocaban. Y yo me miraba los pies intentando adquirir la invisibilidad. Trasponía tras cada coche o furgoneta de reparto; no quería ver lo mismo otra vez. Lo mismo otra vez. Lo mismo otra vez. Lo mismo otra puta vez. Me destruía. En el café de media mañana escuchaba cómo la madre de una criatura la ascendía al nivel de los dioses porque con cuatro años había hecho un puzle de piezas. La otra le respondía que su hijo, —casi a las puertas del monte Olimpo, suponía yo— estaba aprendiendo italiano, y que ya decía más de veinte palabras. Veinte palabras, con cinco años. Joder. Veinte palabras. ¡Joder! Cercano a estas eras modernas yo me hundía un poco más en el Hades. Volvía al trabajo y alguien me gritaba que subiera unas fotocopias a la planta tercera, y yo, con mi carrito silbante y de ruedas zopas, obedecía como un autómata. Soy el Gigante de Hierro. RoboCop. *Clin*, *clin*. Mis pisadas sonaban metálicas en los pasillos marmóreos. Un animatrónico. *Knoc*, *knoc*, sonaban mis nudillos sobre las puertas. Cómo no iba a querer abotargarme de cerveza después. Lo único cercano al entusiasmo provocado por el arte es la inconsciencia narcótica de las drogas.

Una mujer furibunda clamaba al borde del colapso porque Hacienda le reclamaba una declaración complementaria. Aclaraba que su hijo era arquitecto, que trabajaba en Alemania y que eso en Alemania no ocurría. Aclaraba también que su hija, que estudiaba Medicina, le había dicho que a ella no le parecía que tuviera que hacer la citada declaración complementaria. Y que estaba estudiando Medicina, repetía, que a saber qué habían estudiado todos lo que estábamos allí presentes. Por

mi parte, no le faltaba razón; como mucho, yo podía valer para dibujar una polla en la puerta del baño. Eso sí, una polla muy bien dibujada. Ah, era una mujer horrible. Una especie de tardígrado de descomunales dimensiones. Supongo que ya debe de haber muerto. La grasa y los berrinches no maridan demasiado bien. Quizá su hija la pudo salvar momentáneamente, ya que estudiaba Medicina. Quién lo sabe. Por mi parte, si está muerta, a pesar de que a veces me acuerdo y me río, está bien muerta.

Más tarde podía llegar el repartidor del tóner. Siempre se equivocaba de cartuchos, y yo tenía que subir a que el funcionario de turno o el cargo político de los cojones se cagaran en mis muertos, porque una vez más los tóneres habían llegado equivocados. Me iba al baño y me encendía un cigarro. Estaba totalmente prohibido, pero una de mis pocas gratificaciones era pensar que cuando entrara alguno de aquellos a los que resultaba invisible, al menos mi humo se le hiciera presencia irritante.

Después de siete horas, salía del trabajo. Y de nuevo me cruzaba con las mismas personas que volvían desde los comercios, las oficinas, lo colegios…, todos los sitios que hemos ido inventando en el trascurrir de estos dos insufribles millones de años en los que el género *Homo* lleva campando por la tierra. Me abría una cerveza y después otra. Después de unas cuantas necesitaba un chispazo, una bujía que me encendiera y combustionara hasta hacer cenizas la insustancialidad de mi vida, la intrascendencia de mi existir.

Y Florinda se marchó. No la culpo. Un poco sí, pero no debería.

Qué puedo decir. Todo esto se me antoja poco importante ahora. Ahora debo sobrevivir, y cada acción es vital. Así me siento.

Diario 2

Me estoy recuperando rápidamente. El aire frío de las montañas me está ayudando. He podido alimentarme con las latas y demás viandas que cogí (prestadas) de la parroquia y poco a poco he recobrado mi poca inusual fuerza. Nunca me he sentido mejor. Creo que he estado enfermo; desde luego sano no me sentía. He tenido fiebre y delirios. He sentido los miembros rígidos y nauseas a todas horas. Es posible que me contagiara en la ciudad del puto virus y haya pasado el periodo de enfermedad ahora. Pudo ser el cerdo del cura, no sé.

Cuando he sentido el suficiente ánimo, he iniciado una expedición por los alrededores, colocado trampas. Nunca cae nada y lo que ha caído no sé ni lo que es, una especie de mamífero grisáceo y dentudo. El sabor de su carne es horrible. Me lo tomo como un acto recíproco a mi barbarie. Le estoy muy agradecido por ser mi alimento. Me dieron ganas de llorar cuando lo devoré. Lo peor es que me está pasando también con los vegetales. Ahora me siento tan cercano a ellos que comerlos me supone un gran dolor. Pero lo tengo que hacer. Sé que soy

un flipado. Esta catarsis repentina ha cambiado el modo de mi carácter de una manera inexplicable.

He bajado de nuevo hasta el coche. Lo he vuelto a cubrir con ramas y tierra; apenas se adivina ya que bajo toda esa maleza pueda haber algo más que un simple montículo natural formado de rocas, arena y hojas. Me provoca cierta nostalgia verlo allí abajo, abandonado después de lo que hizo por mí. Le he extraído todo lo que he pensado que podía hacerme falta. He arrancado un montón de cables y gomas, la gomaespuma de los sillones, una pieza parecida a un cazo (no sabría ni acercarme a decir qué parte del coche es). Me he llevado la radio y la batería. Esta última pesa como un muerto, pero he logrado subir todo hasta el refugio con tenaz esfuerzo.

Todo esto ha sido porque en mi cabecita desestructurada se ha instalado la certeza de que he pasado la enfermedad (aparte de la necesidad de los materiales). El COVID o el SARS o lo que pollas sea eso que leí en el periódico. Me he llevado la batería y la radio para conectarlas e intentar saber en qué situación está el mundo. He logrado conectarla y sintonizar una cadena. Se escucha muy mal, pero algo he pillado. «La incidencia y la mortalidad se han elevado con nuevas cepas mutantes. Han surgido en varios países y se están extendiendo por el planeta como una plaga bíblica», había comentado un tertuliano. La cosa pintaba mal. La mortalidad estaba disparada, decían. La economía se derrumbaba y la forma más sencilla de reflotarla era la guerra, en opinión de algunos que parecían estar deseándola. No puedo decir que no me alegre: la humanidad lleva doscientos mil años jodiendo la marrana. ¿Qué virus exterminó al neandertal? ¿O al denisovano? ¿Y a los grandes mamíferos prehistóricos? Ya me puedo imaginar qué virus fue.

Lo lamento mucho por Florinda. ¿Qué habrá sido de ella? Debería haber ido en su busca. Ahora no puedo. Ahora no.

Diario 3

Hoy he ascendido a uno de los picos más altos de la montaña. Con alambres y cordones que encontré en el coche (bendito sea; que Dios lo tenga en su gloria de los coches) he estado fabricando más lazos para cazar. Son unos simples nudos correderos, pero me siento como si hubiera inventado las herramientas de sílex. Yo, el creador. Me golpeo el pecho y señalo mi obra.

Todavía me quedan bastantes provisiones y un caudal de agua infinita, pero tengo que empezar a proveer al hogar de otros alimentos de cara al invierno. Alguna vez veo a lo lejos ciervos. Los jabalíes se ven, se oyen y hasta se huelen. He descubierto varias camas con el suelo revuelto y los matorrales aplastados. Parecen bastante comodones estos gorrinos. Pero ni sueño con poder cazar uno; no sabría por dónde empezar. Así que me estoy centrando en los seres pequeños.

He descubierto en mis paseos matutinos que los animales suelen seguir sendas de forma asidua. Pasan una y otra vez por los mismos lugares, lo cual deja marcado un camino fácil de seguir. He colocado lazos en estas sendas para ver si algún

animal queda atrapado por la cabeza o las patas. Colgando de ramas de árboles o atado a las bases de los troncos he dispuesto más lazos. En el centro de los lazos del suelo he depositado unos cuantos frutos que he encontrado por el bosque. No sé si hay algún animal que se los coma, pero habrá que intentarlo. Me he alejado bastante del refugio. Alguna vez escuché decir que si cazas cerca de donde estás acampado, los animales se acaban alejando. Es vergonzosamente rudimentario, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer.

Sobre el mediodía llegué a la cima del pico. Lo he bautizado como «el pico de Satán», por la dureza del ascenso. Sus paredes son escarpadas y duras como escama de demonio. Apenas tiene árboles y acaba en una punta afilada que desafía a los elementos. Me he sentado y he estado un rato observando. El cielo me silba melodías de hace eones y los árboles me susurran modulando la canción. Las grajas sobre el cielo, como grumos en el humor vítreo del ojo, intentan alejar a una temible águila que debe rondar su espacio vital. Graznan y se lanzan sobre las alas del águila. Me ha sorprendido. Qué animales tan salvajes. Una estrategia digna de un enano francés. La pareja de grajas acompañan el vuelo de la rapaz y se lanzan sobre ella intentando desequilibrarla. Las poderosas garras del águila han intentado atrapar a los pájaros negros, pero, en esa distancia, he observado que son infinitamente más ágiles que el águila. Al final el águila ha desistido: ha tenido que abandonar la zona del Pico de Satán con las plumas algo alborotadas. Desconozco si se componen de orgullo.

Me ha parecido que soy un privilegiado. «Esos seres». Las grajas, el águila, los jabalíes o los ciervos, cualesquiera de ellos y otros, tan distintos y, sin embargo, hermanos en el tiempo ancestral. Me inunda un sentimiento de humildad y de comprensión. ¿Qué nos diferencia? La materia que nos da sustancia es la misma; las mismas cosas mezcladas de diferente manera.

Cambios mínimos que nos dotan de diversidad, que nos dotan de riqueza. Ella, el águila. Yo, el humano. Los otros, las grajas. Me deprime no poder compartirlo con mis hermanos del tiempo. Esta maldita cabeza humana. Proyectado en una inteligencia que se alza como un Everest junto a un montículo de la playa, nos dota de una consciencia diferente a todo. Y no puedo compartirlo, salvo con los árboles. Lo animales me rehúyen y no me comprenden. A lo mejor los árboles, más pacientes, dentro de cien años, cuando el sonido haya recorrido su cuerpo fibroso y hayan aprendido a escuchar mi voz, asentirán y sentirán empatía por mí. Me comprenderá alguien al fin.

Sobre estas colosales montañas uno se siente minúsculo. La única forma de medir la humildad es ante algo inmensamente más grande que tú. Su grandeza y complejidad me atenúan hasta la nimiedad. Solo aquí, sobre el pico de una montaña, debo ser el ser humano más extraordinario que haya existido. No el único. Uno de *ellos*. A lo largo de la existencia de la humanidad, desde los primeros antepasados, ¿cuántos hemos sido? Miles de millones. A cada cual más extraordinario y único. Desde el punto de vista del ser humano, claro está. ¿Desde qué otro punto de vista puedo verlo yo? Nuestra consciencia, el hecho de sabernos en cierto modo superiores al resto de seres que hemos conocido, ha dirigido nuestro pensamiento, encaminándolo hasta los dioses.

Infinitas casualidades se han producido para no contemplarnos como seres únicos. Como cualquier otro pero singulares al fin.

Desde aquel pequeño error de la nada en el Big Bang, la creación de las fuerzas y la materia. El enfriamiento del universo y la liberación de las partículas de luz. La congregación de polvo cosmológico ha alimentado a los pequeños retoños que son los planetas. Un gramo de hierro a la deriva. Una casualidad cósmica donde ciertas partículas se entrelazan y se

mezclan dando ánimo a lo inerte. Y después, miles de millones de pruebas de ramas evolutivas. Cambios climáticos. Selección natural y emparejamientos forzados. Espermatozoides a millones. Y después, yo. Cabalgando la montaña, entre un número ilegible de probabilidades, evoluciones y casualidades, yo me levanto del musgo de una piedra y me rasco el culo.

Un ser único e irrepetible. Con extrañas prominencias en la cara y sin un pelo en el cuero viejo que es mi piel. Sin armas ante mis depredadores y sumido en pensamientos farragosos. Me rasco el culo y oteo el horizonte. Dignifico la creación natural y denigro a la humanidad. El ser humano en su esplendor.

Diario 4

Tengo un grave problema. Aparte de mi inutilidad como ser vivo, como un humano disminuido no tengo herramientas para hacer nada. Hasta ahora he estado utilizando piedras, barro, ramas y troncos como un troglodita descerebrado. He empezado a recorrer la sierra en todas las direcciones que se alejan de la civilización. He encontrado lugares preciosos, llenos de vida esquiva e imponente. Hacia el norte se extiende el bosque sobre la montaña. He rodeado la falda de la montaña a través de la foresta, los riscos y los peligrosos cascajales y he llegado al otro lado de la montaña. Desde allí, en apariencia, el bosque se ensancha bajo la bruma silenciosa e intimidante. Pero, oh, celeste cielo, he encontrado tesoros incalculables para mi estado asceta inmoral.

He encontrado un valle húmedo como a media montaña. El valle se alarga y conecta con otras moles montañosas llenas de bosques de pinos. En algunas partes he encontrado pequeños bosquetes, y casi me he echado a llorar (otra vez). No sé mucho de naturaleza, pero gracias a mi padre y a mi pasado pueblerino sé identificar algunas especies. Desde luego sé lo

que es una encina, un roble o un alcornoque, eso creo. Y he encontrado alguno con sus bellotas colgando de las ramas o caídas en el suelo. He visto algunas ardillas correteando por entre las ramas, ágiles y gráciles. Saltan de un lugar a otro y se llevan las bellotas. También he identificado algunos algarrobos y castaños. He estado recogiendo sus frutos; sé que son muy calóricos y que me ayudarán a pasar el otoño y el invierno, espero. Quiero almacenar el máximo posible de frutos antes de que llegue el frío.

De momento ni un solo animal (excepto aquel bicho grisáceo de repugnante sabor) ha caído en las trampas de lazo que he ido colocando por muchos sitios. O mejor dicho —me corrijo—: han caído pero han logrado escapar. He visto los lazos movidos o cerrados, pero por algún motivo logran deshacerse de la trampa. Ayer me senté en un bosquete de encinas. Me agazapé entre los chaparros que bordeaban el bosque. Es bastante espeso para ser un encinar. Quiero observar, quiero aprender. El bosquete se sitúa en una especie de dehesa, al inicio de la misma. Después la dehesa se extiende a lo largo del lomo de un cerro plano. Está salpicado de encinas y matorrales. Algunas son retamas o albaidas; y otras, plantas que no sé identificar. He arrancado unas cuantas retamas, y bajo los chaparros me he cubierto con ellas. Extrañamente me han trasmitido un calor acogedor. He estado prácticamente todo el día allí sentado, y he visto varias cosas. He visto pasar un ciervo con su cría a lo lejos. Se ha detenido un instante y después ha echado a correr. La cría la ha acompañado. Son gráciles y poderosos. Este debe ser un paso para esa pareja.

Varias veces me ha parecido ver algo. Parecía un gato alargado. Creo que puede ser una gineta, pero no lo sé; solo era una mancha entre las líneas amarillas de la hierba seca. Un espectro.

Lo más interesante ha sido ver cómo unas ardillas subían y bajaban por una rama quebrada que reposaba sobre el suelo,

desde la cruz del tronco. Durante un buen rato subían y bajaban frenéticas, absortas en sus juegos y quehaceres. Me ha iluminado una idea. He pensado en poner varias trampas lazo en ramas, apoyadas sobre los troncos de los belloteros. He colocado ocho lazos en cada rama. Supongo que así puedo tener alguna oportunidad de cazar alguna ardilla.

Diario 5

La batería ya no funciona. Mierda. He recorrido todas las trampas. Mierda también. He visto que algún animal ha caído; pero algún otro: un zorro, un lince, qué sé yo. Se ha apoderado del botín. Alrededor de la trampa estaba lleno de pelos y de algunos rastros de sangre seca. Quizá he puesto demasiadas trampas; tardo demasiado en poder recorrerlas, me quita demasiado tiempo, y creo que solo le estoy haciendo el trabajo a los carroñeros y oportunistas.

He desmontado varias trampas. De vuelta, he encontrado una guarida de jabalí. Se ha desatado el terror. Había removido la tierra alrededor de unos pinos. Creo que buscan raíces e insectos. Es un paso angosto; parece que al cerdo le gusta la intimidad. Mide unos dos metros de ancho, y a los lados se elevan dos paredes de imponente piedra caliza. Dentro hay poca vegetación, creo que son aliagas o endrinos. Pinchan como el tridente de Satán. De vuelta, con un cargamento de frutos otoñales, después de revisar las trampas, he investigado el lugar. De un socavón ha aparecido el jabalí, canoso y grande. Al verme ha huido en dirección contraria. Joder, cómo corre.

El corazón se me ha puesto a mil y se me han caído la mitad de las provisiones. ¡Maldita sea! De repente se ha golpeado con el saliente de una roca. Durante unos segundos ha permanecido revolcándose en la maleza y gruñendo dolorido. Chillaba con la boca abierta y pataleando. Se ha incorporado; parecía aturdido y, repentinamente, ha cargado contra mí, chillando en tonos tan agudos que dolían por dentro. Maldito bicho. Me he agarrado a una rama que sobresalía de una grieta y he intentado trepar por la pared. Justo cuando venía a elevarme del suelo, el gorrino ha embestido contra mí. Me ha alcanzado en un gemelo. He resbalado y he caído de bruces sobre el suelo, con el aliento perdido. A donde quiera que mirara solo veía la pared gris ascendiendo al cielo, y una franja, como un río celeste que clareaba en lo alto. Qué miedo he pasado. Creo que nadie sabe lo que es el miedo hasta que un animal salvaje, cuyos instintos pueden más que toda la inteligencia acumulada de la humanidad, le ataca. Qué indefensión tan terrible. Qué sensación de impotencia. He braceado y pataleado con todas mis fuerzas, y he logrado incorporarme con la espalda cubierta contra la pared. El jabalí había desaparecido. Aun así, he subido como he podido a un pequeño saliente y he estado un rato vigilando el sonido. La vista no me advertía de nada y, finalmente, el oído tampoco. Creo que se ha ido lejos. Tengo una contusión muy fuerte en el gemelo de mi pierna derecha y una herida abierta justo en el centro de la contusión. Debe de habérmela hecho con los colmillos.

Me duele. ¡Maldito porcino! Se ha vengado de mí por no distinguir, en los envases cárnicos de plástico que devoraba sin miramientos en mi anterior vida, las partes descuartizadas de sus parientes domésticos. Yo qué sé. Desvarío. He conseguido llegar a duras penas hasta mi palacio. Lo habitual es que estos paseos por el bosque me resulten gratificantes. La sierra es como un museo de arte natural. Reconozco que los humanos

solo somos unos pintamonas pretenciosos en comparación, lo que hace la naturaleza es inigualable en su extrema sencillez. En mis paseos exploro nuevos caminos todos los días, y aprendo mucho. Veo madrigueras y las apunto mentalmente. Observo el suelo y los árboles, y estos me dan pistas de lo que ha podido suceder hace poco; son testigos del tiempo cercano. Reconozco los excrementos de los animales, ya sea como caga un zorro o un ciervo. Parece una tontería, pero, ya sé por dónde han estado. Esta vez ha sido un suplicio. Cada paso era un condenado latigazo. He acortado por una barranquera. Contiene un hilo de agua que nace un poco más arriba. Bajo los sauces y los álamos me he lavado la herida, he bebido un poco de agua y he descansado. Le he pedido prestado al suelo una rama que yacía sobre él. Me ha hecho un gran bien. Un día vendré y se la devolveré. Me ha ayudado a llegar a casa; el bosque me ayuda. No sé qué cuidados me puedo dar. He mantenido la herida limpia y la he cubierto con un trozo de tela, de los asientos del coche, que he cocido en una lata lavada. Espero que no se me infecte.

He abierto una lata de atún y la he acompañado de unas cuantas castañas asadas y espirales sabor espinaca. Son una delicia. De momento no me harto de comer castañas y bellotas, aunque estas últimas amarguean un poco, y a veces me han dado diarrea. Aún me queda mucha comida. Si la dosifico y raciono, creo que da para mucho mucho tiempo. Pero debo cazar algo ya por mí en un doble sentido: por mi salud y por mi moral. Mientras cenaba he estado pensando en el incidente. El jabalí parecía viejo. Una vez vi uno en una foto: un cazador había abatido a un viejo jabalí, su pelaje era casi blanco. Se había sacado una foto sentado sobre el animal, con la risa sádica de quien no caza, sino que mata. Lo contaba en un bar de Tagartera, mientras se pavoneaba con su traje de campaña impoluto como un espalda plateada en celo. Sí, debía

ser un animal viejo el que me ha atacado: quizá no veía bien, o estaba enfermo, y por eso ha arremetido contra mí. Sí, he sacado una conclusión clara. Debo fabricar amas. Debo poder defenderme. Incluso atacar si es necesario.

Diario 6

La pierna ha mejorado rápidamente, menos mal. Siento un gran alivio tanto en el dolor que me lacera como en el pesar en vistas a mi futuro. Apenas he dormido pensando en que puedo pudrirme sin la atención necesaria. Aquí, perdido del mundo, cuando más sano he estado en mi vida, más cercana estaba la corrupción del cuerpo.

En estos días apenas me he movido de mi refugio. Tengo la inmensa suerte de tener víveres, agua cercana y un buen motón de frutos que he ido recogiendo. Me he dedicado, mientras mi mente se regodeaba en el alejamiento de la pestilente vida social, en hacer una muleta y —atención— un hacha.

He recordado algunas imágenes que debí de haber visto en libros de texto, documentales o algo así. He partido una piedra para tener un filo, y con ella he cortado una buena rama. Ha sido un trabajo arduo, pues he estado dando golpes con la piedra sobre la rama hasta que se me ha ocurrido que podía percutir una piedra sobre la otra para que los golpes fueran más potentes. He estado más de media hora golpeando con la piedra sobre la rama. Cuando he caído en percutirlas, me

ha sobrevenido una gran vergüenza. He apartado el cansancio para avivar la rabia. Después, me ha asaltado el enojo. «¿Cómo no he caído antes?». Bastante que estoy sobreviviendo. Mi estupidez es épica, más épica que una quinta justa. Una vez que tenía la rama preparada, la única forma de encajar la cabeza ha sido perforando la madera. Le he hecho un buen agujero, y he utilizado ascuas para ello. Me he sentido muy orgulloso de haber discurrido una solución tan buena. He seleccionado una buena piedra y la he estado afilando sobre distintas superficies más o menos abrasivas. Me ha llevado todo el día, pero la he afilado bien. No va a cortar un pelo por la mitad, pero al probarla sobre el tronco de un pino, ha hecho un buen tajo. Ya estoy a salvo de los pinos y las encinas.

Entrada la noche he encajado la cabeza del hacha en el mango. No encajaba demasiado bien, así que la he reforzado con cuñas de madera por los lados y la he sujetado bien con las gomas que recubrían los cables del coche. Es una maravilla: poco manejable, penosa, mal equilibrada, estéticamente comprometida y rudimentaria como un sorbo de tuétano; pero maravillosa al fin y al cabo. Siento una satisfacción desbordante. Aunque es de noche y aún tengo la pierna convaleciente, he salido un momento fuera del refugio. He esgrimido el hacha haciendo giros y simulando golpes. Me he ruborizado al actuar de manera tan infantil, pero mi alegría es tan grande que no he podido contenerme.

He cenado abundante. Una sopa de sobre con fideos gordos calentada a las brasas en una lata reutilizada, un zumo de melocotón y unas cuantas castañas asadas. He puesto el hacha sobre el suelo y, a la luz intermitente de las llamas, alternado con las sombras, he contemplado el objeto creado por mí como lo haría un padre primerizo con su bebé recién alumbrado; quizá como lo haría un dios sobre su creación. He acariciado la superficie pulida de la cabeza y del mango. Después, me he

tumbado a pensar en los felices días que estoy pasando. A pesar de los pesares, de la herida de la pierna, de las penurias, de las caminatas y la nula caza mi mente se está desintoxicando. Toda la ponzoña de la sociedad humana está saliendo de mí poco a poco. Es un pus que supura y se seca al sol, desaparece y sano. He meditado sobre cómo nos envenenan con sus mensajes. Me ha recordado al libro *1984*. Recuerdo que en ese libro el protagonista se dedicaba a modificar textos pasados y recientes para cambiar el mensaje conforme a lo que el gran líder —el Partido— decía en cada momento. Lo que era una guerra con una nación hoy, mañana podía haber sido modificada; la guerra nunca había sido contra esa nación, sino contra otra diferente. Las personas asesinadas nunca había existido. Las borraban de cualquier documento. El pensamiento único, la mentira, el engaño, la violencia. Ese era el mundo en el que me parecía haber vivido. Recuerdo que a las personas que no estaban en el Partido las llamaban «los proles» o algo así. Esos somos todos aquellos que pertenecemos al vulgo, que no somos clero o nobleza o reyes. En todo esto andaba hundido mientras con un carbón decoraba las paredes de mi lujoso resort cuando he escuchado un ruido fuera.

Las casualidades son a veces apremiantes. Recién estrenada mi hacha ha resultado que ha venido a visitarme una fiera monstruosa. Fuera, en la noche silenciosa, por encima del crepitar de las llamas, he escuchado unas pisadas; un bufido, se me antoja. Me he quedado petrificado. He aprendido a diferenciar la pisada de un ratón de la de una ardilla. El sonido que producía lo que hubiera fuera era mucho más grande. He contenido la respiración y me he asomado por uno de los ventanucos. No he podido ver nada. La oscuridad se ha comido al mundo, y las sombras se esconden en las sombras más profundas. El monstruo ha estado olfateando alrededor de la puerta del refugio. La puerta está hecha de maderos y ramas. Si le da

por destrozarla, seré un cadáver compuesto de huesos relamidos. He apuntalado la puerta en silencio. De rebato, el animal la ha zarandeado. La puerta ha resistido el primer envite, y apenas ha sufrido daños, pero la fuerza del monstruo parece descomunal. Escucho su respiración y su enfado. Ha metido el hocico por uno de los ventanucos. Apenas le cabe la nariz; es gigantesco. Ha resoplado y ha llenado la estancia de un hedor a muerte como nunca había olido. Ni siquiera los animales putrefactos que me he encontrado por la montaña huelen así. Huele como si portara un cementerio en su boca. A huevos podridos. A heces. A cloaca.

Gruñe. Araña. Escarba. Me he aferrado a mi hacha. Si entra, intentaré asestarle un golpe mortal en la cabeza. Aunque me temo que nada pueda hacer mi prodigio de la tecnología frente a la evolución de una bestia como esa. Arremetía contra la puerta. Bufaba y hundía su inmensa nariz bajo los palos de la puerta. Desesperado, a toda prisa he fabricado un hacho con unas cuantas ramas secas, lo he encendido en la lumbre y se lo he hincado justo cuando metía la nariz, por debajo de la puerta. Ha salido huyendo. Me he asomado por el ventanuco y he visto que echaba un último vistazo cargado de rencor. Sus ojos han refulgido en rojo por un instante, se ha dado la vuelta y se ha marchado corriendo. Ahora ya tengo un enemigo. Un enemigo formidable. A mí me ha parecido que, como poco, tenía la altura de un pino. Me ha parecido que braceaba apartando los arboles a su paso, encorvado bajo su peso. Me ha parecido que en su avance, su cabeza asomaba por encima de las copas más altas. Y poco se me antoja.

Ahora sí me siento indefenso, desvalido ante una fuerza que el humano no comprende. ¿Qué era eso? ¿Un oso? ¿Un *Big Foot*? ¿El espíritu desbocado del bosque? ¿El azote del humano? ¿Un ente protector de lo natural? En este pequeño útero que me he construido, como una larva tierna y jugosa, fabricado de

una pasta blanda apta para otros menesteres que son ajenos a la rudeza de la naturaleza, la montaña me ha atormentado con un primer aviso. El espíritu natural ha sido invocado para que me convierta en naturaleza o muera. En cualquier caso, tomará lo suyo. Las fuerzas ingobernables que rigen en el bosque piden que me vuelva *él* o alimento. En cualquier caso, seré bosque. Seré bosque aceptando los rigores que me solicita, afilando mis instintos hasta ser digno. O seré bosque a través de los excrementos deglutidos de un ser superior a mí. El bosque no es tolerante con el humano; somos su enemigo natural. Debo demostrar que soy digno.

Diario 7

He podido bajar al coche una vez más. La pierna y mis miedos me lo han permitido. Se me ha ocurrido que puedo utilizar alguna pieza de acero para hacer un arma. He tenido que desenterrar el coche, deshacer el montículo de arena y hojas que lo ocultaba. Ahí sigue, un poco más ajado, sucio, oxidado y triste. He arrancado el tubo de escape. Ha sido agotador.

El miedo es ahora mi acompañante más fiel. En cada paseo, cada vez que salgo a buscar frutos, tengo que ir antes a cagar. Si voy a revisar las trampas, tengo que ir antes a cagar. Si tengo que cagar, tengo que ir antes a cagar. Vivir cagado es un tormento. La única parte positiva es que alimenta el coraje con proteínas de esfuerzo. Me he fabricado una pala con una corteza. Entierro los excrementos tan hondos como puedo. Me da miedo que la bestia vuelva guiada por el aroma de mis heces y me halle alejado de mi refugio. O que me pille cagando. En pleno acto. No temo salir corriendo con el culo lleno de mierda, lo que temo es que me mate allí mismo y me dé muerte de forma tan indigna. Observo cada árbol, cada agujero del terreno y

cada pared de la roca. ¿Por dónde podría huir? ¿A dónde podría trepar? ¿Cómo puedo huir de un mostrenco semejante?

La vuelta hasta el refugio ha sido extenuante. Noto cómo mi cuerpo se está tonificando, aunque padece de años acumulados de abusos y sedentarismo. Cuando voy a la cascada y me baño, puedo ver cómo mis músculos se marcan al moverme. Mis piernas están duras como robles. Aun así, cuando tú pasajero es el miedo, el cuerpo es esclavo del impedimento. He apretado el paso todo lo que he podido y, a mediodía, he llegado a casa. He elegido una sección del tubo de escape que es recta. He aplastado uno de los extremos golpeando miles de veces el tubo con una piedra grande con aristas. El ruido ha sido tremendo; no debe quedar un animal ni a cien kilómetros a la redonda. Si al menos vale para espantar a la bestia, habrá valido para algo.

Cuando ya no podía aplastarlo más, he comenzado a moverlo a un lado y otro. Al principio me he tenido que valer de un sistema sencillo: he colocado una piedra en forma de cuña debajo y apoyado el tubo en la arista. He fijado un extremo del tubo al suelo con una gran piedra que he movido haciéndola rodar. En el otro extremo he golpeado hasta que el tubo ha quedado doblado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Después, he repetido la operación al contrario. Tras varias repeticiones, la parte más estrecha se ha debilitado y he podido moverlo con mis manos hasta que el metal ha cedido y se ha partido. He tenido que repetir la misma operación con la otra parte de la sección del tubo.

Pronto me he ido a la cama; no podía soportar el dolor de brazos. Los notaba acalambrados y agarrotados. He colocado una gran piedra a la entrada del refugio que tapa casi toda la puerta por dentro. Si viene la bestia, al menos le impedirá entrar. O eso creo. Inocentemente, me temo.

Diario 8

Me he despertado alterado. Anoche debí de quedarme dormido sin darme ni cuenta. Me he golpeado la cabeza contra el techo del refugio al incorporarme desorientado.

Joder, no puedo mover la piedra que coloqué en la puerta. He empujado con las piernas, apoyando la espalda contra la pared de roca, y he conseguido desplazarla. Menuda mierda. Cada minúscula acción supone un esfuerzo ímprobo. He desayunado. Hoy me he dado un festín, lo necesitaba. Me he comido dos latas de carne. Al rato he recuperado las fuerzas y el bosque me ha reconfortado con su espíritu fragante.

He vuelto a mis labores armamentísticas. Ya tengo la sección del tubo cortada. Con paciencia (qué paciencia hay que tener) he vuelto a darle su forma redondeada a uno de los extremos. He enfundado un palo largo sobre el extremo abierto del tubo y después lo he ajustado a base de pedradas. Ahora tengo una lanza, demasiado rudimentaria; pero pienso dedicar todo el tiempo que haga falta a sacar punta al otro extremo.

Diario 9

¡Tengo una lanza funcional! ¡Y un hacha! Vuelvo a tener el ánimo alto. Hoy me he aventurado de nuevo en mi ronda de búsqueda de frutos y de revisión de las trampas. La pierna me responde estupendamente; solo una punzada residual aparece al forzar la marcha. El bienestar me insufla valor. Mi mente vuelve a regodearse entre los espartales y los retamales alejados de las labores insulsas e inútiles de los humanos, distanciado de sus zarzales mediáticos y sus erupciones purulentas; sus reyertas ideológicas y su destino azorado. Me sobrepongo a las ideas equívocas y a los conflictos sociales.

Cuando me invade esta vitalidad me siento alejado, casi en otra dimensión diferente de todas las aberraciones que el ser humano ha ido desarrollando con el tiempo. Ideas políticas traicioneras, posturas sociales falseadas, actos de bondad interesada. A veces creo que no pertenezco a esta especie. Hace unos cuantos miles de años, no tantos como cabría imaginar, aún había seis o siete especies de humanos. Ahora todos, excepto el *Homo sapiens*, han desaparecido. Dentro del bosque, caminando solo, con mis armas primitivas, me siento más como

otro humano que como un *sapiens*. Me encuentro más cómodo fuera de ellos. No encuentro el resquicio de hálito de inteligencia, el mecanismo, el engranaje que nos ha convertido en la devastación de este planeta. Cada árbol me saluda a su modo. Cada planta me acaricia; a veces furibunda de espinas, pero amigable al fin. El ser humano es una mentira constante. El ser humano se ha convertido en un embuste fraudulento. Mi proselitismo misantrópico se expande ilimitado. Este mundo antropocéntrico ya no tiene cabida. Y aquí, bajo las sombras frescas y las agradables irregularidades que conjuntan de forma impresionante todo, ni siquiera tiene el más mínimo sentido. Pisando las hierbas no soy más que otra cosa más, otro animal: el más torpe de todos, el más inadaptado.

—Ay —suspiro.

Todos aquellos personajes que fuman algarrobados, sosteniendo el espíritu rebelde de quien no se siente parte del mundo y las sociedades, aquí, más que en ningún otro sitio, estamos inadaptados.

—Aquí somos verdaderamente los inadaptados.

Diario 10

Joder, de verdad. La morada de la penuria es en realidad el palacio del marajá. No hay nada comparable a no necesitar cosa alguna más que los mínimos y miserables ajuares y manjares para el sustento. Hoy he encontrado un animal en una de mis trampas. No me da vergüenza decir que he llorado un poco (sí, lo sé); no tanto por la cantidad de nutrientes que va a aportarme, sino más bien por este nuevo e inesperado éxito.

Es un gato montés. Lo sé porque es igual que un gato, pero en el monte. De color grisáceo y rayado de negro. Me ha dado pena verlo, estrangulado y con el pelaje alborotado tras el forcejeo y la muerte. Pero así es la naturaleza; el gato come ratones y el humano come gatos. Y los gatos a humanos, a veces.

He vuelto a casa, lo he destripado y le he arrancado la piel. No ha sido fácil. Con una pequeña cuchilla, esquirla vástago de una piedra que perdió su rango, he estado un buen rato; tanto como para apreciar de forma notable el movimiento del sol entre las ramas clareadas, haciendo cortes y tirando de la piel hasta desollarlo por completo. He lavado el cuerpo con abundante agua. Sé que hay varias formas de conservar la carne.

Salarla no me vale. Ahumarla o secarla al sol sí que puedo hacerlo, pero he optado por la opción de la conservación de la energía. He transformado su energía en la mía. Ahora soy un poco gato. Lo he asado a la puerta de mi palacio y, como en una bacanal romana, lo he devorado sin pudor y con gran disfrute. Mi presa me ha sabido a ambrosía; más en el corazón que en el paladar, donde tenía un cierto regusto a pelo y campo. De cualquier manera, he lamido y relamido los huesos hasta dejarlos como una patena. Y he extraído el tuétano con un palo; dicen que es muy energético.

Ahora que soy un poco gato he observado con detenimiento un árbol. El reino de los pájaros. Y pensar que hace unos pocos millones de años estaría yo sentado en esa rama.

Tengo una suerte excelente, un humor excelente.

Lo maravilloso

Lo maravilloso aquí llega a ser incluso demasiado. Esta mañana me pareció ver un animalillo, un mamífero de mediano tamaño, pastando entre los árboles de un bosquete. Me agazapé tras un arbusto y preparé la lanza. El animal, distraído en el banquete, pacía con los cuartos traseros descuidados. Avanzó unos pasos y un árbol se interpuso entre él y yo. Con sigilo me he adelantado hasta esconderme detrás de un tronco seco. He levantado la lanza, he tensado los músculos y he fijado los sentidos en el punto concreto donde tengo que alcanzarle para darle muerte. El impulso nervioso se ha transmitido y mi brazo ha salido disparado hacia adelante, pero a mitad de camino se ha detenido, aún con la lanza en la mano, interrumpido por un extraño estímulo visual. El tronco seco tras el que me cobijaba me miraba con dos tremendos ojos amarillos. No podía creerlo: el árbol parpadeaba. He forzado a la vista a centrarse en la realidad, tan esquiva últimamente. He palpado la corteza seca del árbol y sus rugosidades hasta llegar a la punta del tronco, donde me ha resultado suave y mullida. El árbol ha parpadeado de nuevo

y ha abierto una pequeña boca que ha lanzado contra uno de mis dedos.

Del susto me he caído de culo. Me he excitado. «¿Puede que un desecho como yo haya realizado el descubrimiento más alucinante de la historia?». He permanecido medio incorporado sobre la hierba, pasmado, perplejo, intentando encajar aquel rostro en la existencia cotidiana, porque, por un momento, me he trasladado a los mundos de fantasía donde las rocas cobran vida, los animales parlamentan y los árboles, liberados de sus raíces, se mueven ocultos entre la foresta, repartiendo sabiduría a los guerreros del bosque. Me he resistido a creerlo. Me he levantado y he acercado mi rostro incrédulo a los ojos del árbol. Joder, lo maravilloso es demasiado, sí. Era una especie de búho, mimetizado absolutamente con el árbol muerto, asemejando con tal fidelidad sus colores y formas que hasta parecían una única cosa. Mofándose de los sentidos, observándome hacer el ridículo ha desplegado las alas y se ha convertido en un tótem. Ha aleteado y se ha marchado dejando solo la materia muerta. El mamífero también había desaparecido, pero no me ha importado. Me siento pleno, como si hubiera presenciado algo sublime que me alimenta en sí mismo, algo que me hace diferente y mejor que los demás.

Diario 11

Esta noche han caído los primeros copos del invierno. Supongo que debe ser invierno; he perdido la cuenta de los días. Junto a la lumbre, al abrigo de las espirales displicentes del pensamiento, he meditado sobre la existencia y su sentido. Los pequeños ángeles fractales de hielo me han empujado a ello con sus evocadoras formas y su danzar turbulento. A veces me abruma la belleza de todo esto y me invade el pesimismo o la melancolía. Pensamientos liosos pero profundos, que me hacen cuestionarme todo lo que siento o puedo ver. Sé que no hay un sentido ni un propósito. Lo sé desde adentro. Lo sé para mí. No sé si es así para los demás. ¿Existe Dios? No creo. Pero ¿por qué no habría de existir si existo yo? He mirado al cielo. Las nubes se han disipado y las estrellas brillaban plácidas y quietas pastando del profundo azul. ¿Quién reina sobre ellas? ¿Acaso estoy viendo solo apariencias desde mi caverna y soy dirigido por otros seres superiores? ¿Me observan o soy como una cochinilla bajo una piedra para ellos?

Ni siquiera tengo un plano material. He tenido mucha suerte, demasiada. Pasé la enfermedad recluido en mi refugio.

Ya casi he olvidado las enfermedades. Por eso no se acuerdan de mí. He estado pensado: «¿Cómo es posible que esté sobreviviendo a todas estas calamidades? ¿Es posible que solo sea una proyección de mí mismo, que esté situado en el plano de los espectros y que ronde por aquí sin materia? ¿Es posible que este sea mi cielo o, mejor aún, mi infierno? ¿No sería posible que hubiera muerto en el accidente de coche o durante el padecimiento de la enfermedad? ¿Cómo ha sanado tan rápidamente la pierna?».

Creo que estoy muerto. Puedo sentir todo lo que me rodea. Puedo notar el sabor y el olor de las cosas, pero no puedo comprobar si estoy vivo o no. ¿Qué diferencia a los vivos de los muertos? Desde luego, hasta donde yo sé, por lo que han contado los mesías leprosos, eruditos crédulos e iluminados del ministerio no es la conciencia o el pensamiento; sería más bien la materia o el plano espacial. El tiempo, quizá. Me toco y noto la solidez de la materia estructurada. En el otro lado, donde acampan las almas, ¿se es etéreo? Puede que no. Puede que mi cuerpo yazca putrefacto en alguna colina de estas montañas maravillosas. Puede que ya forme parte de la materia del bosque, que me haya unido al ciclo de la eternidad.

La enfermedad pandémica se ha reído con desprecio. En un número infinito, esos «seres sin ser» han ganado la batalla a la egolatría humana. *Una soga y una tumba cavada a medianoche dispondrán de ellos para siempre.* ¿Quién soy yo para desafiar a la muerte? He estado perdido en las calles de la ciudad, alcoholizado. He recibido palizas y desprecios de todos. He escapado de la realidad virtual donde habitan los humanos para enfrentarme con el coloso natural, dios de todos, creador y exterminador. ¿Quién soy yo para superar todas estas pruebas? No puedo desafiar a la muerte, ahora me doy cuenta. Me palpo el pecho y noto el corazón bombeando, como notan los brazos amputados aquellos que los perdieron. Como notan el

picor y el escozor de un sarpullido en la pierna cercenada los veteranos que se revuelcan entre sus vómitos en los callejones más infectos de la ciudad. Como el dolor fantasma, yo siento el élan vital fantasma.

Echo en falta a Florinda. A mi padre también. A Alonso, mi compañero. Creo que son las tres únicas personas que me han dado apoyo en la vida. ¿Cuándo podré volver a verlos? Jamás. Es una posibilidad. ¿He creado yo todo esto? Me estoy volviendo loco.

He subido al pico más alto que he encontrado en las cercanías. Las dudas me están consumiendo. Me he asomado al abismo. El viento asciende por la pared con furia. Está gritando y reclama un sacrificio. Si me tiro, quizá el viento me sostenga con su bufido. O mejor, es posible que no tenga cuerpo y que me mantenga ingrávido. A lo mejor puedo volar. ¿Por qué no habría de volar si estoy muerto? ¿Por qué no podría volar si quiero hacerlo? Si pataleo, nado como una rana. A lo mejor puedo desplazarme por el aire. Si respiro hondo, me elevaré; y si suelto el aire, descenderé hasta que toque la tierra. Sería maravilloso. El viento silba y me revuelve el pelo. He sacado la cabeza fuera del precipicio. En parte, ya estoy volando.

Me he sentado un momento y me he descalzado. «Si lo hago —escribo en este mismo momento en el cuaderno—, tengo que hacerlo ya». No quiero traicionar la esencia misma del ímpetu. Si estoy vivo, moriré; y si estoy muerto, seguiré estándolo. He dibujado a Florinda en un margen. No recordaba que fuera tan buen dibujante. Imaginaos qué carga dramática tendría si en realidad lo que estoy haciendo es suicidándome cuando le entreguen estas notas y lo último que hubiera hecho fuese dibujarla. ¿Quién podría negar un amor así? En mi entierro lloraría como Magdalena. En realidad lo escribo porque no me veo capaz.

A la mierda, voy a saltar. Que os jodan.

Diario 12

Joder, no he saltado. Decepcionante. No he podido tirarme. Ha sido culpa del cuaderno. Lo dejé sobre las rocas, y el viento lo arrancó incompasivo. Al verlo caer me asomé al precipicio, y apunto estuve de caer. Joder, cómo me agarré a las rocas. El cuaderno caía agitado por el aire. Sus páginas pasaban alborotadas de un lado a otro. Me pareció estar viendo mi vida dispersada como las cenizas de un muerto. Tuve una sensación de estrangulamiento en los cojones y me tumbé de espaldas sobre las rocas, a punto de sufrir un ataque de nervios.

Me sentí vaciado y, sobre todo, angustiado, cuando me asaltó el pensamiento de haber perdido toda mi obra, todas mis reflexiones y progresos.

Así que tuve que rodear todo el pico para bajar. Pasé gran parte de la tarde buscándolo. Como podéis ver, lo encontré, inmaculado. Ahora me decanto por pensar que estoy vivo. No sé, tengo dudas. Quizá no. Vuelvo a casa.

Historia nevando

Hace un frío del demonio. El demonio se hubiera cagado en un sitio como este; es un tarugo, un flojeras. El aire se ha parado; el *tiempo* se ha parado. En la noche negra, un copo de nieve ha caído balanceándose, suave hasta depositarse sobre la hoja de una luzula. Allí ha permanecido, blanco, brillante. He elevado la vista al cielo, y las estrellas parecían precipitarse sobre el mundo. Millones de pequeñas motas refulgentes, deslizándose en mortal silencio sobre mí. Sobre todo lo que me rodea. Sobre los pinos, los enebros y las aliagas. Fijándose a las superficies y absorbiendo la oscuridad. El cielo se colapsaba sobre mí. Las estrellas, antes sujetas con finas cuerdas a los confines del universo, caen. Danzan en un tumulto caótico y arrebatador.

No he podido contener las lágrimas. Últimamente lloro mucho, conmovido con la grandeza mayestática de las cosas del mundo. Menudo moñas estoy hecho. Nadie hubiera podido contenerse. Con nieve sobre las pestañas, sobre la cara, sobre las palmas de las manos, tomando el calor de mi cuerpo, forzando a mi organismo a producir más y más. Me estremezco y recupero la cordura. Por unos breves instantes, la arrobada

belleza de la naturaleza me hechiza. Ha lanzado su encantamiento y casi me cuesta la vida. Con el cuerpo entumecido me he cobijado en mi pequeño túmulo palaciego. Me he tumbado con los pies cercanos al hogar y he posado la cabeza sobre la almohada de espuma que he fabricado con el relleno del asiento del coche y una de las fundas. He acercado la cabeza a la puerta entreabierta y, desde allí, he contemplado el indescriptible y devastador espectáculo de la nieve en soledad hasta que su hechizo me ha adormecido.

Diario 13

Todo esto no puede ser casual, esta inmunidad al dolor y al hambre. No recuerdo haber pasado necesidad ni por un instante. Ante mí se despliegan espectáculos indescriptibles para un zoquete como yo. No llego a creer del todo esta entelequia natural. Los árboles se alzan majestuosos. La nieve se ha depositado con un manto blanco virginal. Esta catarsis trascendental que me aleja de la propia humanidad. Todo, desde la salida del sol hasta la parsimoniosa caída de una hoja, es extasiante. Si me pincho, siento dolor, pero puede ser un dolor proyectado, planificado en mi subconsciente o en las profundidades oníricas. No, no creo que todo esto pueda estar sucediendo a la vez. Hasta cuando me siento mal me siento bien.

Sigo cavilando. Me ronda una y otra vez por la cabeza que debo estar en el cielo, esperando a Florinda. ¿Cómo puede saber uno que está muerto? Si todo continúa inalterable, igual que siempre ha sido, ¿cómo saberlo? ¿Acaso no he estado viviendo en el infierno durante toda mi vida? Cómo no pensar que quizá nunca he llegado a vivir. O tal vez haga tiempo que no lo recuerdo. Hasta donde llega mi memoria, que está inun-

dada de lagunas viscosas, siempre he sido, en cierto modo, desdichado. Solamente Florinda me ofreció una balsa en medio del naufragio.

Esos han sido mis únicos años felices. El arte no me consuela. El amor se me ha escapado. La vida me ha maltratado como lo hace quien te promete vino y rosas pero acaba dando resacas y espinas. El infierno ya lo he vivido en el presente desplazado; alcoholizado, lo reconozco. Siempre he sido débil, como el retallín expuesto al ganado. Y ¿es culpa mía? ¿No estaba ya en el infierno? Qué menos que dejarse llevar. Por Dios, claro que me dejé llevar, porque en el infierno no puedes ganar. Me pregunto cuál es el motivo por el que he cambiado de estrato. ¿Qué hago arriba cuando siempre estuve abajo? ¿Me habré ganado las alas?

Puede que esté delirando; desde luego yo me tomaría por loco, pero mi identidad se aleja; es otra. Mi ánimo, antes pusilánime, es ahora vital. Sin embargo, no comprendo el cambio. Es más elevado y menos perjudicial. Todo se tambalea. Parezco una ilusión proyectada. Soy un yo superior al que, como en las pesadillas, la catástrofe acecha pero no alcanza. Vivo. Muerto. Las dos cosas a la vez o ni siquiera soportando la existencia. Mis pensamientos se plasman en este cuaderno. Las ideas se esparcen en nebulosas espaciales dispersas y superfluas, inconexas. No encuentro un motivo para estar viviendo. Quizá mi tiempo ya ha pasado y soy un residuo recordado. Qué idea tan bella: un recuerdo que se desvanece. Mi cuerpo parece estar; mi mente está en el ahora que yo conozco. Puede que esté hablando desde el pasado, en el límite de la extinción, a las puertas del cambio de paradigma. El acto mismo de garabatear estas palabras me parece una proyección hacia el futuro y una huida de mi estado elemental actual. Esta necesidad imperante de conservación la asocio al último esfuerzo de permanencia. Mi identidad pasada. Yo me disuelvo. Me siento lejano y frío, como si no fuera yo. Emboscado en la totalidad, creo que,

ahora muerto, pertenezco al régimen orgánico que se mueve con el aire y la lluvia. Me mezclo con la materia inorgánica que me rodea en millones de millones de partículas. He realizado el tránsito a lo inerte. Es doloroso. El dolor, como siempre, penetra con su cuchilla mellada en el oasis de felicidad que había construido. La destrucción de uno mismo es peor que la muerte. ¿Por qué me atormenta?

Diario 14

He releído las palabras que escribí hace dos días. Aquí, refugiado en la matriz de piedra, no hago más que alimentar el fuego con las pocas provisiones combustibles que me quedan. Es desesperante volver a este tormento. Este enrevesado galimatías donde lo que queda de mí se ahoga. Ni siquiera yo entiendo lo que quiero decir, pero ya sé cómo resolverlo. La única cosa que sé en este mismo momento es que la carne es corruptible. Voy a cortarme un dedo.

Antes tengo que hacer una cosa: necesito hacer acopio de leña y de comida. He encontrado una ardilla estrangulada; es poca caza, pero es algo. Aún me quedan provisiones. He fabricado un pequeño porche medio soterrado y cochambroso. He almacenado ahí la leña para que se conserve más seca y he ocupado las horas en distintas empresas para alejarme de los aciagos pensamientos que me asolan. He cubierto con un sombrerete de piedras planas la salida de humo para que no entre nieve ni lluvia. También he construido un molino. Quizá sea un poco pretencioso llamarlo «molino»: he hincado una rama limpia junto al sombrerete de la chimenea, he perforado

la parte superior y he tallado una pieza que hace de eje. La he dejado gruesa al final para que no se salga. He atado dos ramas finas de pino en forma de aspa y las he fijado en el eje con cables del coche que abandoné. He dejado un penacho de acículas en la punta de las ramas para que el viento mueva las aspas y dé ánimo con su gracioso girar. Pero, sobre todo, deshaga la columna de humo. Toda precaución es poca. Por si acaso.

Voy a cortarme el dedo meñique del pie. Así sabré la verdad. Si estoy vivo, el dedo se pudrirá y yo recuperaré la vida para poder vivirla.

Llevo toda la mañana moqueando. Los nervios me consumen. Las lágrimas brotan solas y ya he vomitado dos veces. He meditado comerme el vómito para no desaprovechar esa comida. No he podido. He construido el templo de sacrificio. Así lo llamo, me ha parecido gracioso y adecuado. Al terminar, me ha invadido la hilaridad hasta que la tos me ha cortado la risa.

Ahora lo describo. El templo está formado por una piedra plana y lisa. Es la mesa de sacrificio, donde apoyo el dedo meñique. Una pequeña lumbre, cuya función es purificar el espíritu. Un tótem que he dibujado con carbón sobre una lasca. Me ha parecido apropiado que el acto lo presida algún amuleto. Es como una especie de dios azteca que me mira ojiplático, y achaparrado. Su presencia es poderosa en cuanto a que es un dios. Inventado y algo ridículo, como todos. Aunque a este se le ve muy atento y expectante. Parece tener una gran disposición al acto del sacrificio. Tiene el pito erecto y doce testículos. Le faltan tres dientes. Es muy adorable. Me he inventado una canción también:

Jai yo allallay,
ja yo allallay,
iou iou oy oh.

Así lo repito, como un mantra indígena. He bailado un rato, dando saltos alrededor de la lumbre. Creo que estoy a un tris de la locura, pero es relajante; y desde luego, convierte esté día en una festividad, con su liturgia y todo.

Llevo con el pie enterrado en nieve una media hora, supongo. Me he pinchado con un palo y tengo cierta sensibilidad, pero temo que si permanezco así más tiempo acabaré perdiendo todo el pie por congelación. Voy a hacerlo.

Diario 15

Si estoy muerto, menuda comedia. Llevo toda la noche, el día y otra noche más sin pegar ni ojo. El dolor es muy fuerte; a ratos, desesperante. Parece como que me han hincado una caña astillada en el pie y por el canuto hayan vertido hierro fundido y una poción dolorosa. He decidido narrar mi *heroicidad* para distraerme. También lo he acompañado de una ilustración que conmemora el día del dedo. En la ilustración, el dedo, con rostro beatífico, es ascendido al paraíso por rayos luminosos divinos.

Hace dos días me corté el dedo. Fue a mediodía. Puse el dedo meñique del pie izquierdo sobre el altar de sacrificio y retiré el resto de dedos engurruñidos para no cometer un genocidio dactilar. Coloqué el filo de mi hacha sobre el dedo y agarré firme el mango con la mano siniestra. Cogí con la diestra una buena piedra y la alcé por encima de la cabeza. Debía ser un buen golpe, certero y definitivo. Creí que tendría más agallas, pero estuve así desde que mi sombra apuntaba al oeste hasta que desapareció bajo mi cuerpo. El brazo se me durmió. Comenzó con un tembleque agónico y una flojera

general. Tuve que desistir, temiendo que sería incapaz de acertar el golpe. Hiperventilaba. Sudaba. No debía de hacer más de un grado. El frío estaba infectando mi cuerpo.

Grité de coraje, de frustración, de rabia. Gritaba. Gritaba más fuerte. Mucho más fuerte. Los pájaros alzaron el vuelo de entre las ramas y escaparon a la locura que estaba invadiendo todo a mi alrededor con ondas demenciales que se enredaban en los arboles como telas de arañas pringosas y mortales. Las babas y los mocos colgaban, como hilos de virgen, desde mi nariz y mi boca hasta tocar el suelo.

Cogí un palo y lo mordí hasta notar sabor a sangre en la boca. Estaba húmedo y sabía a moho. Grité, porque soy un cobarde. No valgo ni una mierda. De entre todas las cosas que hay, yo soy la que menos valía tiene. En todo el universo, la partícula más insignificante y más irrelevante que haya existido.

Golpeé. El dedo rodó a trompicones por la piedra hasta caer a la nieve. Al principio no salió nada de sangre, pero, de pronto, la piedra se tiñó de un vivo rojo que escurrió hasta la nieve. Qué espanto. Ese color carmesí contaminando el blanco impoluto es perturbador. El golpe no dolía nada, supongo que hasta un dedo puede entrar en estado de *shock*. Recogí el meñique y el tótem y me refugié al calor del hogar. El dolor vino inmisericorde después. Me cautericé la herida con unas ascuas, como había visto en películas. Fue una idea horrible. No lo hagáis jamás. Ahora preferiría estar muerto que padecer este dolor. Lo más hilarante es que el dedo amputado no ha sufrido modificación alguna: sigue tan rechoncho y rosáceo como siempre. Supongo que el frío lo está conservando. O debo estar muerto. Una de dos.

Lo he colocado cerca de la lumbre, junto al tótem, para que su alma ascienda a los cielos (o donde cojones vayan las almas en esta nueva religión). A ver si esta incertidumbre gatuna cuántica —vivo y muerto a la vez— se resuelve lo antes posible.

Diario 16

Me he quedado dormido. He despertado, y era de noche. No sé si es la misma noche o ha pasado algún día de por medio hasta dar con la siguiente noche.

El dedo sigue igual. Joder, el dedo de Fátima de los cojones.

Diario 17

Me he acordado de una anécdota mientras comía. Deben de ser las diez o las once de la mañana. He comido ardilla con patatas cocidas de bote. Cada vez quedan menos provisiones. No sé si seré capaz de proyectar nuevas ilusiones alimentarias o tendré que ir a conseguirlas; depende del dedo y de su estado cuántico. Entre tanto, reviso mi cuaderno. Es muy entretenido, como una mala novela de aventuras en la que el protagonista se llamaría Jeremiah Coltrane, Clatus o Eustaquio Carvajal. Me he acordado de la anécdota al leer las últimas parrafadas de mi cuaderno.

He recordado una situación que viví en Tagartera un verano de hace años. En los pueblos hay gente muy basta. En el mío son muy muy bastos. Pero pocas veces he visto gente más sagaz. Durante el verano solían volver emigrantes de las peores épocas. Algunos han prosperado mucho; otros, algo; y los más, poco o nada. Allí estaba uno de los que había prosperado. Era profesor, si mal no recuerdo. Un hombre simpático y bromista, pero con un gran defecto: el complejo de superioridad propio de los retornados. Llevaba largo rato riéndose de un pobre

diablo bajo el palio de la amistad que debió unirles en alguna época pretérita. El pobre diablo era un carnero algo atontado (pero de una nobleza, gracia y aguante sin parangón), al que el profesor consideraba el tonto del pueblo. El paisano había estado soportando sin rezonga los zaheridos del erudito. La guasa, por soberbia y cansina, ya molestaba a toda la terraza cuando intervino otro parroquiano, una mula torda pero justa:

—Maestro —le dijo al profesor, que en el dialecto del pueblo venía a significar «listillo».

—Dígame. Pero soy profesor —puntualizó, a la defensiva.

—¿Sabe qué es *usté* aquí?

—¿El Pedro de la Bernarda? —dijo el profesor sonriente, con disposición para el aprendizaje popular.

—Aquí es *usté* el tonto del pueblo, así que... hasta aquí —aseguró, golpeando con la punta del bastón un adoquín.

No hizo falta más lecciones para que *su Ilustrísima* comprendiera que no en todos sitios tiene el mismo valor saber quién es Garcilaso de la Vega.

Me ha hecho gracia, porque aquí soy el tonto del pueblo.

Diario 18

Deben de haber pasado dos o tres días. Los he pasado casi todos durmiendo. Aunque he aprovechado para esbozar unas cuantas *obras de arte*. He intentado dibujar sobre una piedra plana un paisaje que contraste con la nieve, un espíritu primaveral. Ha aparecido algo así como el *Cíclope de Redon*, algo que más vale no mirar demasiado si no quiere uno volverse loco. Puede que el subconsciente se haya liberado. Puede que sea yo la ninfa Galatea sobre un lecho perturbador. A veces parece que la torsión de la mente no se viene a la realidad, se resiste y se enquista encapsulada en las profundidades callosas. La realidad entonces parece que la hubiera pintado Beksinski. Joder, me da miedo nada más pensarlo. Menudo tarado.

He dibujado unas pinturas rupestres en el palacio para abstraerme de los pensamientos negativos. El parpadeo de las llamas las dota de vida, las mueve por las paredes. El titileo que producen las flamas y las sombras que ocupan su ritmo sincopado simula el movimiento como en un diorama. Las hace pastar o correr por la pradera. Me he acojonado y he tenido que emborronarlas.

El dolor del pie se está disipando. Antes era como el martilleo de un herrero. y ahora es más como la mordedura de una hiena. Pero mejora.

Aún me quedan provisiones, pero empiezan a escasear seriamente. El frío fuera es glacial, así que estoy comiendo de los abastos sustraídos y de los frutos que he ido recolectando. Por suerte, soy un agonías, y tengo algarrobas, nueces, castañas y bellotas para un buen rato. Las hago asadas, y están muy buenas. Cuando me canso, hago sopa, puré o abro alguna de las latas que me quedan. He dado un par de paseos para recoger agua y revisar algunas trampas. En las trampas no ha caído nada. Pero he pensado en un plan ridículo para intentar cazar. Las situaciones desesperadas requieren medidas subnormales.

Diario 19

Empiezo a poder caminar con mayor facilidad. He improvisado una muleta con mi lanza de tubo de escape y madera. La que encontré junto al riachuelo. Estaba medio podrida.

No hay día que me pregunte cómo coño un ser tan anormal como yo está sobreviviendo. Ni un simple palo sé elegir sin comprometer mi integridad y mi vida. Me he atrevido a retomar las expediciones. He dado un gran rodeo, aprovechando para revisar las trampas, hasta llegar al estrecho pasadizo de roca donde tuve el encontronazo con el jabalí hace ya... No sabría decir. En una de las trampas había caído un animalillo. Parecía una rata, pero de un tamaño mayor. Supongo que era algún tipo de roedor. Bueno, estoy más o menos seguro. Mi ignorancia no tiene límites, así que he tenido que ir poniéndole nombres a los animales o plantas que veo y no reconozco. Por ejemplo, hay un pájaro negro con el pico rojo y largo. Es de tamaño medio, de poco menos de un palmo. Lo he llamado «el pájaro Bakunin». No sé, los colores me han recordado. Está también el búho cabreado, de color tierra con motas negruzcas. Tiene orejas, y es una ave inmensa. La he visto un par de

veces. «Rayo Ceniza». Creo que es un águila, de color grisáceo por la parte de abajo. O «el búho carapán», que creo que es una lechuza. A esta especie de rata la he llamado «la rata dientes de sable»; tiene dos incisivos que dan pavor.

He llegado con todo el sigilo que he podido hasta la cima de la quebrada del jabalí. He estado todo el día amontonando piedras del siguiente modo: he colocado las piedras de mayor tamaño y más lisas en la parte inferior y bajo las piedras he insertado la punta de un palo de buen grosor que he dejado preparado para hacer palanca. En total hacen un conjunto de siete plataformas con palanca. Sobre las piedras he dispuesto las rocas más grandes que he podido mover. La pierna se me ha resentido un poco por el esfuerzo. He sudado como un hebreo en el Egipto antiguo. Gracias al cielo he traído suficiente agua. Tiene este manantial del que me he apoderado algo curativo, algo sanador que estimula, da alegría, proporciona bienestar. Debe de ser —me imagino yo en mis alucinaciones— los sedimentos y nutrientes arrancados del mismísimo vientre de nuestra madre natural. Joder, menudo flipado soy.

Cuando he visto al sol declinar, he vuelto a casa. Las alternancias del día y la noche no dan tregua en invierno (ni en ninguna otra época, ya lo sé; pretendía parecer poético). Allí me esperaba un agradable calorcillo que las piedras y las paredes han ido almacenando tomándolo prestado de la lumbre, que me ha devuelto el ánimo. He cenado y he entretejido una manta de ramas de un tamaño aproximado al de mi cuerpo. Son ramas finas entrelazadas entre sí. He elegido ramas de pino, pues conservan la frondosidad aun en invierno.

El dedo amputado se está amoratando y creo que se ha encogido un poco, pues la uña parece tener una mayor longitud. Es un buen síntoma. Debe de ser que estoy recobrando la vida.

Diario 20

Me he despertado de buen humor. ¡Viva! El dedo se está poniendo negro. Eso significa, para mi dicha personal, que se está pudriendo. Luego estoy vivo o cercano a la vida. Le he dado un besazo al tótem que custodia el dedo con su pito erecto y he desayunado copiosamente. He comido con fruición; unas castañas y una lata de calamares a la americana. Me suelen dar ardores, pero en esta mañana pletórica le pueden dar por culo a la moderación. Después, muy probablemente me arrepentiré. Pero la vida es bella.

El dolor del pie está remitiendo, para mi sorpresa. Una vez más estoy sorteando la muerte que podría haberme causado una infección o la gangrena. He probado a caminar. Aunque sigue doliendo, me muevo con mayor destreza gracias también a mi muleta de serie limitada. El aire límpido de la montaña me ha reanimado. ¿Es curativo también? Sí, cojones. ¿A ver si resulta que todo es curativo aquí? No, en serio, el aire penetra como un agente invasor en el cuerpo; te fuerza a respirarlo, frío y seco, pero cuando te has acostumbrado, con la piel enrojecida por su temperatura, te renueva, como si se llevara la parte

insalubre y enfermada del espíritu, dando aliento al impulso vital que nos hace ser vida. Me sugestiona para vivir.

El paisaje es increíble; nadie podría imaginar algo así. Alrededor de mi refugio, la nieve está pisoteada y sucia, pero todo lo que se extiende desde esta parcela en radios infinitos hasta donde la vista alcanza es un manto impoluto que recubre el suelo, los árboles, los matorrales. De vez en cuando se desprende la nieve de las ramas de los árboles y caen con un brillo y viveza que apabullan. A veces, en mis paseos veo las huellas de animalillos. No sé dónde coño se meten. ¿Se puede vivir debajo de la nieve? Supongo que viven en madrigueras, claro, debajo de la tierra, donde debe hacer una temperatura habitable. He seguido algunas y me han llevado, efectivamente, a madrigueras. He visto que algunas tienen varias entradas. Qué avispados, estos bichos. Se me ha ocurrido una idea para poder cazarlos. Si tapo con fuego todas las salidas excepto una, al animal no le quedará más remedio que escapar del humo y el fuego por ella. Y allí estaré yo esperando para hacerme un bocadillo —figuradamente— de alimaña.

Pero hoy no es ese día. Hoy es el día de ir a lo grande.

Diario 21

Hoy he ascendido de nuevo hasta la quebrada del jabalí. Me he apostado en el lugar donde había colocado una línea de piedras con palancas. He subido bien abrigado, pues aunque hacía buen día, el viento venía helado e iba a pasar, me temía, un buen rato allí arriba. Me he abrigado con todo lo que tenía, he subido cubierto con las fundas de los sillones del vehículo y con un gorro que he hecho con las pieles de los animales que he cazado. Las que he podido conservar, que son dos; las otras dos, se han podrido. He depositado unas cuantas ramas de pino en el suelo, la gomaespuma de uno de los sillones del coche encima de las ramas y allí me he tumbado cubriéndome con la manta de ramas de pino que he entretejido. He llevado algunas provisiones enlatadas, pero no me he atrevido a abrirlas; temo que si el jabalí ronda por allí, las huela y huya. He pasado todo el día allí tumbado, con la cabeza asomando meramente por el precipicio, pero el cerdo no ha aparecido. Sobre el atardecer he desistido. Mi plan ha fracasado.

Diario 22

Estoy un poco desanimado porque mi plan de ayer se fue al garete. Hasta ahora he tenido la impresión que hasta en las malas han venido buenas. Quizá me he acostumbrado al éxito fácil. Anoche utilicé el tiempo, que aquí es más largo (porque el bosque lo contempla con otras medidas), en entretejer otra manta de ramas de pino. Es posible que mi olor sea ostensible al olfato del gorrino. puede que sea repugnante para el animal. Desde luego, y a pesar de la costumbre que voy adquiriendo, sus camas, los lugares donde retozan, me siguen oliendo mal.

Si bien es cierto que ese peculiar olor porcino, como a mierda, se está empezando a convertir en un aroma delicioso para mi cerebro. Es oler una de esas tierras retozadas y segregar babas a litros. Así que he estado rondando algunos pinos, les he hecho un pequeño corte con el hacha y he recogido su sabia. He recogido también agujas de pino, las he mezclado con barro y me he impregnado todo el cuerpo y la ropa con el potingue. He prescindido de la espuma de los sillones por si ese olor en particular, por artificial, le resulta alarmante al animal. He desayunado bastante. No pienso llevar comida, pues creo que el olor es demasiado reconocible. Vuelvo a la quebrada.

Diario 23

Estas líneas las escribo emocionado después de mi turbadora experiencia. Esta mañana he subido a la quebrada y he vuelto a apostarme al borde del cortado. He estado toda la mañana vigilando, tumbado en mi manta de camuflaje, con los brazos bajo el pecho y la lanza bien agarrada. Un par de veces he estado a punto de darme por vencido; me dolían las costillas de estar boca abajo y los brazos se me entumecían a cada poco, pero sobre todo, me ha afectado el frío. Notaba las piernas ausentes. Me daba miedo moverme; no sé si los jabalíes tienen buen oído o no. Este, desde luego, parecía más viejo que el diluvio. «A lo mejor está como una tapia», he pensado con cierto optimismo.

Sobre mediodía, por fortuna, el sol ha apretado, y las ramas que me tapaban han atrapado la energía que tan desprendidamente nos regala el astro. Durante un rato he disfrutado del calor que irrumpía en mí como el abrazo más tierno. Cómo he disfrutado de ese momento. Me he sentido querido por la fuerzas. Me he visto desde el cielo, como un pequeño ser, indefenso, débil y perdido. Alrededor mío, en mi proyección celeste, el viento soplaba muy fuerte; pero allí en la Tierra, todo era tran-

quilidad. He seguido ascendiendo y elevándome en las capas de la atmósfera. Ya podía ver con claridad el arco terrestre, que se convertía en una esfera azul y preciosa, y allí abajo, yo continuaba protegido por el calor del sol, tan a gusto que no podía evitar sonreír. Qué imaginación tan fértil la del ser humano.

He seguido alejándome de la Tierra, he pasado rozando la luna y en un momento he cruzado junto a Venus y Mercurio, junto al sol y, sin darme cuenta, a poco he estado de colisionar con Plutón en su órbita alejada. He pasado como una partícula atemporal por galaxias lejanas de colores y brillos incognoscibles, y me he detenido en el espacio profundo. Aquí habitan las cosas que no entendemos. Las materias y energías que también nos dotan de vida a pesar de ser indiferentes a nuestra comprensión. Desde allí todavía podía verme como algo ínfimo e intrascendente, tumbado sobre la cima de la quebrada y no siendo nada en particular. Qué cosa tan extraña es perder la percepción de uno mismo. Qué poca importancia tiene nada desde esta distancia y esta magnitud.

Con el tiempo ralentizado, las partículas de luz han pasado junto a mí a cámara lenta. En la negrura del espacio vacío veo cómo se acercan lo fotones con un brillo dorado que tiende al blanco. He interpuesto un dedo en la trayectoria de uno de los fotones. Ha entrado por la yema del dedo, este se ha iluminado con un rojo vivo y una aureola dorada. Hasta que el fotón ha salido por la uña. Ha sido conmovedor. El resto de fotones me han atravesado en una lluvia de diminutos meteoros llenos de sosiego. He permanecido un largo rato enterrado en la placidez cosmológica, hasta que una estrella ha estallado a lo lejos en tonos azulados.

Me he despertado con mi propio ronquido.

—Maldita sea —he susurrado. Me había quedado dormido. No podía moverme. Tenía todo el cuerpo entumecido. Los brazos dormidos bajo el pecho y las piernas congeladas bajo la cruel soberanía del invierno.

He escuchado otro ronquido. «¿Estoy despierto o qué coño pasa?», me he preguntado. «¡Estoy despierto! Ese ronquido no es mío». He observado impaciente intentando encontrar al animal entre los matorrales del fondo. Las sombras y claros me confundían y no lograba enfocar la imagen. He mirado a un punto fijo, como alguien me enseñó alguna vez. Al moverse, el animal se ha hecho visible. Me he levantado como una marioneta enloquecida. Las piernas no me respondían y los brazos se apretaban contra mis costados, víctimas del dolor del adormecimiento. He intentado levantar las palancas que había situado bajo las piedras en forma de lápidas, pero mis manos han sido incapaces de agarrar los palos. Desesperado, he empezado a empujar las piedras grandes con los pies. Apunto he estado de caer yo también por el precipicio. He conseguido despeñar cuatro o cinco. En la caída, las piedras han ido arrastrando otras hasta producir una pequeña avalancha. Con espíritu reforzado he comenzado a agarrar las palancas con las axilas y, empujando con todo el cuerpo, he provocado una segunda avalancha. Abajo, el gorrino chillaba. Dios Santo, cómo chillaba. Era descorazonador. Mis extremidades han ido recobrando la fuerza. Aun así, aturdidas por el hormigueo, pero me han permitido acercarme al borde y asomarme bien sujeto a las rocas. Abajo, la polvareda ocultaba toda la escena, pero escuchaba al jabalí resoplar. Poco a poco el polvo se ha disipado y asentado, y he visto al animal medio enterrado bajo las piedras. Aún estaba vivo y forcejeaba inútilmente por escapar de la avalancha que lo sepultaba.

—¡Mierda! —he gritado.

He echado a correr torpemente camino de la entrada de la quebrada. La herida del dedo amputado ha empezado a dolerme y he intuido que debía de sangrar, pues, dentro de los botines, notaba la suela resbaladiza. Me he acercado con prudencia a la entrada de la grieta. He apartado unas matas con

la lanza y he visto al fondo al jabalí agonizando. He corrido hacia él. Tenía los ojos desencajados y llenos de lágrimas. Me ha producido un dolor insoportable. Debía de ser muy viejo, pero se aferra a la vida de manera encomiable. Su pelaje era casi blanco, ahora manchado de polvo y sangre.

—Lo siento mucho, colega —le he susurrado.

Resoplaba y ha intentado moverse, pero ya no podía hacer nada. Le he lanceado por un costado. Todo ha sido demasiado horrible: la lanza apenas tiene filo y ha costado hincarla. El animal chillaba y se revolvía. He usado toda la compasión y piedad de la que soy capaz. No he podido soportarlo. He estado llorando un buen rato junto al animal cuando ha muerto. Me dolía el pecho. De rodillas, con la cabeza apoyada en la suya, le he estado pidiendo perdón hasta que el sol ha abandonado la estrecha franja que se abre en lo alto de la quebrada. Agotado de llanto, he apartado las piedras que cubrían al animal.

Pesaba mucho. He tenido que arrastrarlo hasta salir de la angostura y después, a ratos, lo arrastraba o lo empujaba por las pendientes para que rodara cuesta abajo. Ha sido trágico, pero el animal me ayudará a sobrevivir lo que queda de invierno, que no debe de ser mucho.

He llegado a casa bien entrada la noche, aterrado por si el olor o el rastro que hemos ido dejando era seguido por animales feroces. He creado un círculo de fuego alrededor de mi palacio por si alguna de las bestias salvajes que rondan por la sierra tiene el empeño de rondarme. Fuera lo he destripado. Me ha costado toda la noche desollarlo y cortarlo en partes. Las he colgado para que pierdan la sangre.

No tengo ni puta idea, pero creo que es lo que hay que hacer. He estado vigilando durante toda la madrugada. Toda la mañana. Ninguna bestia, por feroz que sea, va a arrebatarme a mi presa. Aún me duele lo que he tenido que hacer, pero por dentro me recorre una electricidad especial, un burbujeo

entusiasta. Lo más difícil ha sido ir cortando en tiras toda la carne. Mis herramientas paleolíticas son ridículas; el filo enseguida se mella y desgasta, y tengo que estar sacando nuevas esquirlas y lascas que corten mejor. Llevo muchas horas sin dormir, pero he estado ya poniendo la carne al humo para que se conserve. También he cocinado unos grandes trozos de carne que he devorado al borde del éxtasis. Estaban buenísimos. He dormido un rato fuera del refugio, con la panza llena y satisfecho de mi labor.

Estoy pendiente y vigilante. En cuanto escucho un ruido, aunque sea un puñado de nieve cayendo desde una rama de pino o una paloma aleteando, me pongo en guardia. Estoy dispuesto a morir por defender esta carne. A ratos me vuelvo paranoico. Me imagino cómo me acechan los lobos, o un puma, o aquel mostrenco que vino a derribar mi casa y que me pareció que despuntaba, en toda su envergadura, por encima de las copas de los pinos. ¿Qué podría hacer contra ellos?

«Los mataré. Los mataré a todos si se atreven a acercarse a mi comida».

—¡Hijos de puta! —he gritado para que me oigan—. ¡Os mataré a todos!

Pero nada ha venido a incordiarme. He seguido toda la noche cortando carne y poniéndola al humo.

Se me ha ido pasando la punzada por la profunda emoción.

Empiezo a notar la satisfacción de sobrevivir. El dedo me duele, pero me siento pletórico.

Escribo estas líneas emocionado. ¿Cómo iba a estar?

Diario 24

Hace unos días que no escribo. He pasado el tiempo embalsamado en la holgazanería, la opulencia y la abstracción. Abandonado a la molicie. Tengo mucha carne; todos los días me como un buen trozo y lo acompaño de los pocos víveres enlatados o frutos de otoño que me van quedando. Me quedan castañas y avellanas, pero mi despensa empieza a parecer de postguerra. Mataría a quien fuera por un gramo de sal o de azúcar. Destruiría una ciudad entera por una taza de café.

He fabricado una nevera en una pequeña cueva cercana. No me da tiempo a ahumar tanta cantidad de carne, así que se me ha ocurrido congelarla. He limpiado un poco la caverna y la he llenado de nieve limpia. Se entra por un estrecho pasadizo que llega a una gruta más grande, de unos dos metros de alto por uno de ancho en forma de triángulo. Lo más difícil ha sido meter toda la nieve y la carne allí, acarreándola sobre las fundas de los asientos del coche. Dentro se está fresquito; con la nieve hace un frío que pela. Espero que la carne se conserve. He cerrado la puerta con un pedrusco y la he sellado con barro

para que las alimañas no se coman mis reservas. Y que yo sepa, no hay mocas en las grutas.

Iré todos los días a vigilarlo.

Diario 25

Los elementos me han declarado la guerra. Hoy ha empezado a diluviar.

Poco antes, desde el refugio, con la puerta abierta, podía ver cómo la nieve, aunque se había endurecido con el paso de los días, se estaba derritiendo y dejando paso de nuevo a las plantas y la tierra.

El cielo se ha cubierto a media mañana, como si estuviera esperando que las puertas del infierno se abrieran en cualquier momento. Por la noche no se veía nada ni se oía nada. Todo el bosque parece estar a la expectativa. Ya habían pasado unas horas de la puesta de sol cuando ha comenzado el aguacero. Jamás he visto una cosa parecida. El agua cae de tal modo que he creído que podría nadar en la lluvia antes de que tocara el suelo. Me ha parecido muy poético este pensamiento: yo ingrávido, flotando en la mínima superficie acuosa que precipita. También es aterrador. Los árboles se han encorvado abandonando su habitual altivez. La fuerza con la que cae el agua es tremenda. Ahora comprendo aquella frase de que lo blando puede con lo duro. He visto estupefacto cómo un par de árboles

caían con estrepito silencioso, acolchado el ruido en la furia de la lluvia, como un anciano que ha perdido las fuerzas y cae irremediablemente lánguido, apurando sus últimas energías. La tierra se ha reblandecido y se han ido inclinando, sacando sus raíces como si quisieran huir de ese paraje infernal, hasta que han quedado tumbados de costado. Uno de ellos se ha deslizado colina abajo, arrastrado por la tierra convertida en lodo.

Observando a lo lejos, las montañas y cerros se han convertido en un mar embravecido. Sus cimas y laderas parecen el oleaje agitado de un océano iracundo. Las gotas salpican sobre las hojas y la hierba. Forman una bruma densa. Todo se ve gris y negro. He empezado a tener goteras en el refugio. Tengo miedo. No sé si podrá resistir esta furibunda tormenta. El viento agita el agua y la mueve en cortinas de tonos opacos que dibujan remolinos en el aire.

A veces llueve de lado y otras veces las gotas de agua caen como piedras. Alrededor de las piedras donde construí mi refugio han brotado sendos riachuelos, que han convertido mi mansión en un castillo con foso. Mi molino ha volado. No me he dado cuenta de cuándo, y por la chimenea se empieza filtrar el agua. He sacado las ascuas de la lumbre y las he ido metiendo en latas con ceniza, para que su viveza resista un poco más de tiempo.

Se avecinan canutas.

El cielo se ilumina con el candor de los rayos. Les acompañan después —muy poco después— los tambores atronadores del cielo. Los truenos anuncian el Apocalipsis; no puede ser otra cosa. Los tambores del Juicio Final han empezado a sonar sin descanso.

He salido un momento para ver el estado del tejado de mi refugio. Se ha combado un poco y han desaparecido algunas ramas que camuflaban su ubicación, pero de momento parece que aguanta. He escarbado una salida de agua dentro del

refugio, un desagüe en forma de acequia. Por ella corre el agua que se está filtrando hasta la puerta, y fuera, después. Me he arrinconado contra una de las paredes que aún conserva el calor del hogar y me he rodeado de todas las latas con ascuas.

Tengo los pies mojados. Tengo hambre, frío y miedo. «No puedo estar más vivo», ironizo. He acunado a mi ídolo, el tótem con el pito erecto, entre mis brazos. La piedra está caliente, pues siempre la tengo junto al fuego. Él me protegerá de la tormenta.

Diario 26

El tótem no funciona. Es una mierda con una polla empinada. Le he pedido que dejara de llover. No ha hecho nada.

La leña está empapada. No consigo encender la lumbre. Dentro del refugio corren cataratas. No para de llover. Es como si el mundo se hubiera sumergido en los reinos de Poseidón. En cualquier momento espero ver aparecer al Kraken y al Leviatán, que se enzarzarán, en las lejanas montañas, en una lucha fratricida por el nuevo dominio de las profundidades abisales.

Han caído más árboles, víctimas de la absurda cantidad de agua que la tierra está soportando. La tierra rezuma agua. Es inaudito. Hace unas horas, un rayo fulminó un pino. Estaba asomado a la puerta oteando el horizonte, con la esperanza de ver aclarar por alguno de los puntos cardinales, cuando el rayo ha parpadeado dos veces, dibujando una línea irregular y retorcida desde el cielo hasta la copa del árbol. Joder, el pino ha estallado. No podía creerlo. Las ramas han salido disparadas. El ruido del impacto ha hecho que me orine encima, e incluso puede que se me haya escapado un pedo. El pino ha permanecido incandescente unos momentos, y la lluvia ha sofocado

finalmente las llamas. El olor a ozono lo ha impregnado todo con su *fragancia* putrefacta.

El petricor hace ya tiempo que me harta. Estoy congelado y empapado. He recogido todas las provisiones que he podido y me he encaminado a la gruta donde construí la nevera para conservar la carne del jabalí. He pensado que, aunque hace frío dentro, quizá al menos esté protegido del agua y pueda secarme. Empiezo a notar la rigidez en el cuerpo. Hace ya al menos cuatro días que diluvia. Me pregunto si hubiera sido mejor que hubiera construido un arca en lugar de un palacio.

He protegido este cuaderno con toda mi alma. Ahora creo que representa todo lo que soy o puedo llegar a ser. Lo he guardado en mi pecho, junto con algunas provisiones. Cuando he llegado a la cueva, empapado y embarrado, la boca de entrada se había perdido por los corrimientos de tierra.

No he logrado encontrarla. Me he sentido abatido, pero he recordado otras cuevas poco profundas que he ido encontrando en mi aventuras diarias. He avanzado por los riscos que circundan esta montaña. Los árboles me parecen hoy amenazantes. Los rayos cabalgan por el cielo. Estoy muy asustado. Uno ha caído sobre una encina encaramada a un risco, unos diez metros por encima de mí. Me he caído al suelo del susto, y algunas de las provisiones han rodado ladera abajo. Me he abrazado el pecho y he encontrado el diario. Por un instante he sentido un vacío de perdida mortificante. He seguido avanzando en busca de una cueva, hasta que me he perdido. Todo me parecía igual: confuso, una cortina espesa donde se recortan fantasmagóricas figuras negras que se inclinan ávidas hacia mí.

Desorientado entre los tonos azulados y grisáceos de la tormenta, he estado girando sobre mí mismo, intentando encontrar una dirección, ver algún lugar reconocible. Pero todo era agua, barro, luz y oscuridad. No sabía hacia dónde ir; todos los árboles eran iguales. Todas las rocas eran iguales; y todas

las cimas, también. El cielo era un palio infernal del que caen diablos que desatan poderes superiores. He intentado volver al refugio, pero no sabía cómo. Mis huellas han desaparecido. En su lugar ahora hay barro, charcos y plantas aplastadas contra el suelo. Me resbalaba a cada paso y temía despeñarme por alguno de los inmensos cortados que socavan la montaña. Al fin, con la luz de un relámpago, he podido ver a mi espalda una pared de granito gris. Me he acercado con cautela; tenía miedo de que me pudiese caer algo desde lo alto, arrastrado por el agua.

Qué ironía. Hace unas semanas pensaba estar muerto y ahora no tengo más temor que morir.

He encontrado una grieta en la pared. Apenas quepo sentado, pero está seca. Ha oscurecido otra vez. He pasado la noche aquí sentado, medio adormilado, comiendo castañas crudas y un poco de carne ahumada. Son mis últimas provisiones. Sed no voy a pasar.

Siguió lloviendo, pero el cielo estaba más claro. Debía de estar amaneciendo. Cinco días llevaba sin parar. Esa mañana, contorsionado en la grieta, combatiendo el frío, adormilado por el cansancio, la tierra había temblado. La pared de roca se ha agitado de un modo tan notable que he salido despedido de la grieta. Las piedras se desprendían desde el cortado y golpeaban el suelo con un sonido lúbrico. Era como si la montaña ya no me quisiera allí. He huido despavorido hasta una pequeña llanura que acoge la pared. Con la lluvia sobre mi cuerpo, los relámpagos sobre la cabeza y la montaña agitada bajo mis pies he gritado desconsolado:

—Por favor, Dios, ayúdame. ¡Ya basta! ¡Ya basta!

Y no me avergüenzo. Doblegado por el miedo, encogido por el frío, he gritado suplicando una tregua.

Diario 27

Ha parado de llover. Gracias, Dios, por escucharme. La montaña está devastada. A su forma, pues aquí nada muere del todo; la vida se empeña en persistir y crear más de ella misma. El sol reina en los cielos con su candor refulgente. La temperatura ha subido, debo de estar a quince grados, más o menos, y me acaricia con su mimo templado. Hace un día primaveral. Hasta es posible que haya llegado la primavera (o esté cercana). Lo telúrico abandona el letargo y se engalana fastuoso.

Mi refugio está bastante deteriorado, así que he dedicado toda la mañana a hacer las reparaciones pertinentes, sobre todo en el tejado. Me quedan algunos víveres, muy pocos: la carne se ha perdido y las pocas latas y botes que me quedaban ya deben de haber llegado al mar a través de los torrentes y caudales desatados por la tormenta. No sé qué voy a hacer. Pero hay algo mucho más importante, mucho mucho más importante que contar.

Hoy temprano, cuando el sol despuntaba por las cimas más altas de la sierra con la luz fraccionada en evocadores rayos, ha aparecido un hombre. Lo he visto asomar por entre los pinos caídos, radiante de luz, sonriente, ataviado con una toga blanca

y unas sandalias. Tiene el pelo largo y rasgos pérsicos. Lleva barba pero no bigote. Está delgado; parece vigoroso. No sé de dónde cojones puede haber salido, ni cómo coño ha llegado hasta aquí sin una sola mota de barro.

He cogido la lanza y lo he esperado en pie, intentando mantener la calma y parecer amenazante. Cuando estaba a punto de entrar en la parcela que he dado en considerar mía en consorcio con el entorno, su verdadero propietario, he alzado la mano con la palma hacia adelante y le he advertido:

—Ni un paso más, forastero.

El hombre, plácido cual santón *lisergizado*, con la boca abierta como una pajarera, me ha respondido:

—Aquí el forastero eres tú.

—¿Qué quieres? —he continuado la conversación.

—¿Yo? —ha dicho, señalándose a sí mismo—. Eres tú el que me ha invocado.

Los rasgos de mi cara deben de haberse arqueado por completo: mis cejas arqueadas, mi boca arqueada, mis ojos arqueados. No comprendía nada. El hombre ha ensanchado aún más su sonrisa.

—Parece —ha seguido— que la tormenta casi destruye tu cabaña.

—Sí. —Le he señalado el tejado como si de un viejo amigo se tratase—. Me la ha jodido bien.

Me ha sorprendido la familiaridad con la que le he respondido y la sensación tan amigable que me ha invadido. He observado un momento el tejado. Las vigas estaban bien, pero la cubierta ha volado y la lona colgaba por uno de los agujeros del tejado, descansando sobre el suelo de la vivienda.

—¿Vas a arreglarlo? —me ha preguntado.

—En eso estaba cuando has aparecido.

—Pues por mí puedes continuar. Yo me quedaré observado, por ese lado —ha dicho, señalando la zona donde más sol incidía, sin más explicación ni argumento.

—¿No vas a ayudarme?

—Ya te he ayudado. Algo tendrás que poner tú de tu parte.

Se ha sentado en una piedra y ha comenzado a respirar profundamente por la nariz, que emitía un pitido irritante. Después, exhalaba acompañando al aire con suspiros embriagados. Un par de veces ha estado haciendo estiramientos.

Yo me he puesto con mis obligaciones. Por suerte la estructura no está afectada, lo cual me ha facilitado el trabajo. Las plantas han empezado a brotar a millones por todas partes. La naturaleza es increíble: después de lo que ha soportado estos días, está convirtiendo el barrizal cenagoso en un tapiz verde del que despuntan tallos que, sospecho, se convertirán en esplendidas flores y prosperas briznas vedes.

He parado un momento para beber agua. La recogí esta mañana de la catarata. He tenido que esperar a que los sedimentos se depositen; el torrente todavía arrastra partículas que dotan de un color turbio al agua. He pegado un buen trago. Estaba fresca, pero sabía un poco a tierra. He alzado uno de los botes de cristal que he conseguido encontrar y le he ofrecido agua al pintoresco místico. Cuando se ha girado, he visto que estaba cubierto de pájaros. Ha agitado el cuerpo y han alzado el vuelo, revoloteando a su alrededor. Qué cosa más extraña me ha parecido.

—Eh, ¿quieres agua? —le he gritado desde una distancia de unos cincuenta metros.

—No, gracias. No tengo sed. —Se ha quedado en pie observándome. Me ha hecho sentir algo incómodo, analizado como una babosa de mar en un recipiente de cristal. No, mejor: como un niño que ha realizado la proeza de ponerse en pie y ahora esperan que dé su primer paso, como si fuera tan fácil.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —he preguntado con el gesto algo torcido y un ojo que había cerrado para protegerlo del sol.

—A ratos andando, a ratos trotando… A ratos volando.

«A ratos volando». He pensado en ese momento que este tío estaba más zumbado de lo que me podía llegar a imaginar. Pero no parecía una amenaza, parecía un equilibrio precario... No sé lo que parece.

He encendido una lumbre como he podido. La yesca estaba húmeda, y la leña, empapada. Escupe una fumata blanca irrespirable. La he alimentado con toda la madera que he podido para ver si secaba el suelo de mi refugio.

Más tarde me he acercado por la espalda al místico. Estaba jugueteando con un palo sobre el barro. En ese momento me ha parecido medio tonto.

—Hola —he saludado.

—Hola —ha respondido él al ver que mi sombra lo cubría.

—He terminado el tejado —he aclarado, señalando desde la distancia mi palacio cochambroso—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Voy a ir a buscar un lugar donde tengo comida escondida. Ayer no pude encontrarlo en medio de la tormenta, y aquí no ha quedado nada, se ha perdido todo. —Se me hizo un nudo en la garganta con las últimas palabras.

—Me apunto. Seguro que entre los dos lo encontramos.

Me agradó su optimismo.

Hemos estado dando vueltas al mostrenco rocoso que emerge de un costado de la montaña, a ver si encontrábamos la entrada a la gruta. Recuerdo que se situaba entre dos grandes pinos que habían prosperado cercanos a un montículo de tierra que disimulaba la entrada. Me ha parecido reconocer uno de los pinos, con su frondosa pelambrera y su tronco retorcido; el otro debe haberse ido, harto de tanta lluvia. El montículo tampoco está. «Se habrá fugado con el pino en pos de lugares más sensatos». La tierra todavía enfanga. No he encontrado ni rastro de mi nevera. Estaba desesperado; el hambre todavía no

era acuciante, pero auguraba un futuro nefasto. Después de un rato husmeando, el místico me ha llamado a gritos.

—¡Eh, aquí! ¡Aquí!

He corrido en dirección a los gritos, tambaleando la inane desesperanza. El hombre se encaramaba a unos dos metros de altura sobre la roca viva. He escalado con la ilusión de un cabritillo primerizo. Allí estaba la entrada, taponada con el gran pedrusco que encajé en la boca para que no entraran animales. He mirado hacia abajo. Parecía irreal. Más de dos metros de tierra habían desaparecido a los pies de la mole granítica. Ahora la boca de la cueva se sitúa a esa altura. He retirado la piedra y la hemos dejado caer. He entrado yo primero, arrastrándome por un angosto pasillo, hasta llegar a la cámara con forma triangular. Allí permanecía la nieve. He escarbado en ella y he encontrado los grandes trozos de carne que dejé allí. Están duros como una roca. Creo que han conservado su estado de congelación. De todas formas, no tengo muchas alternativas. Cocinaré la carne y rezaré para no morir de alguna infección. Estaría bueno, después de lo que he pasado.

Entre los dos hemos acarreado la carne hasta el refugio. No paraba de dar saltos y elevar la carne por encima de la cabeza como si fuera un trofeo. «¡Viva!», cantaba. Me ha conquistado su entusiasmo.

Al llegar, fuera, en la zona más seca que hemos encontrado, hemos encendido una lumbre. Este hombre tiene unas habilidades sorprendentes; ha logrado encender el fuego en un abrir y cerrar de ojos. Hemos puesto unos cuantos trozos de carne en las brasas y hemos contemplado el chisporroteo que produce la grasa al contacto con la llama. Me ha estado contando anécdotas que le han ido sucedido a lo largo de su vida. Creo que se lo inventa. Unas anécdotas suceden hace doscientos años y otras anteayer. Me ha contado cómo se hizo amigo de un ciervo, la primera vez que montó en un zepelín o cuando asistió, hace

unos años, a una reunión para destruir el mundo. Está como una chota, pero es muy entretenido, y tiene gracia para contar las cosas, el jodido.

Ha estado masticando unas hierbas y le ha dado un ataque de risa. Súbitamente se ha puesto en pie y me ha dicho que es un gran cantante. Ha empezado a cantar una canción. Era muy rítmica y alegre. Ha comenzado a dar saltos alrededor de la lumbre. En un momento dado me ha cogido por las manos y me ha animado a bailar con él. Me dan apuro estas situaciones, así que me he resistido.

—Hay que festejar este día grandioso —ha dicho.

Me he levantado extrañado de mí mismo y me he puesto a danzar como un saltimbanqui. Parecíamos dos enajenados. No sé qué tiene este hombre que te embriaga y te anula los sentidos. Hemos estado dando brincos mientras cantaba, hasta que hemos perdido el aliento. Hemos caído rendidos al suelo, que ya está casi seco alrededor de la lumbre, y hemos estado riendo a carcajadas un buen rato. No podía parar. Cada vez que cruzábamos la mirada, estallábamos en inocentes risotadas.

Me ha retado a ver quién bebía más botes de agua. He ganado: he bebido ocho botes de agua; él, seis. La batalla de quién llegaba más lejos orinando ha sido épica. He ganado otra vez.

Al anochecer hemos asado más carne. Me obnubilaba su presencia. No he pensado hasta el momento en que escribo estas líneas en que son mis últimas provisiones.

Ha anochecido. Me ha señalado al cielo.

—¿Has visto alguna vez en tu vida una luna tan grande?

La luna parecía ocupar una cuarta parte del palio oscuro que es la noche. Parecía acercarse a la Tierra derramando una luz blanca, que encendía el bosque con brochazos níveos. El matiz impresionista del paisaje era arrebatador, uno de esos instantes que adormecen los sentidos pero elevan los sentimientos hasta el éxtasis.

—Sublime —dijo, sucinto.

Durante un rato hemos presenciado el espectáculo del cielo y la tierra. Un conjunto perfecto que nos ha sumergido en el hedonismo contemplativo. Tras un buen rato extasiados, la luna se ha cobijado tras las montañas y hemos vuelto a la lumbre.

No sabía de dónde podía haber venido el hombre. Quizá de muy lejos. No lo conocía de nada; sin embargo, me colmaba de confianza. Pensé que, por mucho que iluminara la luna, volver por la noche a su refugio sería un suicidio.

—¿Quieres pasar la noche aquí? No sé cómo, pero ya nos las apañaremos para dormir los dos en el refugio.

—Sí, me encantaría. No tengo a dónde volver ahora mismo.

—Pues hecho, entonces.

Nos hemos metido los dos en el refugio, cada uno a un lado del diminuto habitáculo. No hacía frío, pero hemos encendido la lumbre.

—Mañana, si quieres, iremos a revisar las trampas, por si ha caído algún animal —le dije, ya casi inmerso en el sueño—. Nos harán falta provisiones.

—Estupendo —respondió.

No sé qué hora sería. El fuego se había extinguido, y dentro del refugio reinaba la oscuridad total cuando he notado algo en el cuello. Adormilado, he manoteado para espantarlo. He vuelto a sentir un roce suave y tierno. Me he incorporado asustado. A pocos centímetros estaba el místico.

—¿Qué pasa? —le he preguntado, desencajado.

—Tranquilo, no pasa nada.

Se ha acercado y me ha dado un beso en los labios. No me lo esperaba, así que he retrocedido hasta chocar con la cabeza en la pared. Me he puesto en cuclillas, y él me ha puesto una mano sobre el muslo, muy cercano —demasiado cercano— a las ingles.

—Ah, sí —he balbuceado—. No. Eh, un momento. Respira. ¿Dónde coño está la puerta? —Palpaba torpemente siguiendo la pared—. Ah, la puerta. Aquí está.

He escapado del sofocante ambiente del refugio. El aire fresco y la amplitud planetaria me han reconfortado. A gatas me siguió el místico. Salió desnudo; no había perdido el tiempo. El manubrio le colgaba morcillón hasta mitad del muslo. Me atraganté con la saliva. Oprimido el gaznate, me sentí incapaz de articular palabra.

—No pasa nada —intentó tranquilizarme.

—Creo que me has malinterpretado. —Tosí.

—Pero… Me confundes. Me has invitado a pasar la noche.

—¡Joder, claro! A pasar la noche.

—¿Y eso no significa echar un polvo?

—¡Yo qué sé, cojones! Quería ser hospitalario. ¿Dónde mierdas ibas a ir con noche cerrada?

—Pues para que lo sepas, invitar a alguien a pasar la noche es una invitación a echar un polvo.

—Me alagas —escupí—, pero yo… Bueno, no tengo nada en contra, eh, pero yo… En fin, que no soy homosexual.

—¿Homosexual? Yo no soy homosexual.

Hubo un silencio inevitable.

—Yo no soy homosexual. Es decir, no soy un hombre —se explicó.

—Ajá —afirmé, desconcertado.

—No soy humano. La humanidad es una buba pestilente…, mejorando lo presente.

—¿Y qué coño eres, entonces? —interrumpí.

—Soy Dios.

—Ja, ja. —Se me escapó una risa—. Ja, ja, ja, ja, ja.

Ya no pude contenerme. La risa nerviosa se sobrepuso a la contención, y estallé en hilaridad desatada.

—Soy Dios. Tú me llamaste durante la tormenta —aclaró.

—¿Eres Jesús? —logré articular, escéptico, entre carcajadas.

—Puedes llamarme «Jess», si así te sientes más cómodo.

Poco a poco la risa se fue sofocando. Me asaltaron los recuerdos de la tormenta. Me recordé gritando, pidiendo ayuda,

suplicando una tregua. Recordé la repentina desaparición de la tormenta. Recordé su aparición rodeada de luz. Los pájaros posados sobre su cuerpo. La alegría, la paz y el sosiego que transmitía. Las imágenes se posaban en capas, unas sobre otras, superponiendo una idea que subyacía lo comprensible. Su aspecto incólume. La luna ciclópea.

—Joder. ¡No, Jess! —Me sorprendí llamándolo «Jess»—. Tengo novia. Bueno, no tengo ahora mismo. Me dejó. Pero la quiero muchísimo, y no quebrantaré mi fidelidad. Además, ¿qué sería esto, zoofilia?

—No necesariamente; no soy del reino animal.

—Da igual, es un decir.

—Mira, no sabes nada de Florinda desde hace meses y meses...

—¿Cómo sabes su nombre?

—A ver, soy Dios.

—¿Está viva, entonces? ¿Está a salvo? —Me arrodillé a sus pies y pude ver el inmenso badajo que le colgaba de entre las piernas, casi rozándome la cara.

—No entiendes nada, muchacho. Algo tendrás que poner tú de tu parte.

Me incorporé, arrebatado por mi dignidad, y sostuve el silencio.

—No me refiero a eso. ¿Qué haces aquí si tanto la quieres? —preguntó, realizando un barrido con los brazos que abarcó toda la cadena montañosa—. Bah, esto ha sido una pérdida de tiempo.

Entró a gatas en el refugio y amaneció rutilante su ano entre las nalgas abiertas. Bajo la línea del perineo colgaban dos pesados cojones como ubres de cabra recién parida. Volvió a aparecer compuesto con su toga y sus sandalias. Alzó un dedo enfurruñado y se dirigió a la arboleda. Desapareció en un ínstate, tal como había llegado.

Comenzó a diluviar.
Rechiné entre dientes.
—Hijo de perra.

Diario 28

Me escondí en mi mansión neolítica y me dormí pensando en la verdad que me había hecho ver el tarado de la toga. Mi norte, mi orquídea fantasma, mi búsqueda de la felicidad, mi explosión cósmica, mi anticuerpo centinela, mi tibio rayito de sol invernal… En fin, Florinda. ¿Qué coño hago yo aquí si tanto la amo? ¿Acaso me he dado por vencido?

La lluvia ha cesado.

Esta mañana me he detenido a contemplar esta bruma verde que me cobija. La alfombra mullida que me protege y me alimenta. Este lienzo calmo que repiquetea sus sonidos estridentes en pinceladas de vivos blancos y amarillos, rojos y violetas. Los árboles, sabios esplendorosos, estiran ahora sus extremidades y lucen las hojas, más vivas que nunca, exhalando mi respiración y alimentándose de la luz.

Las avecillas cantan y trinan sus canciones insuperables. Compiten en lustrosidad con las flores, es una contienda entre reinos por el trono de la belleza. Saltan, piquetean y aletean con sus prisas maniacas en busca del amor y alimento. Las abejas, antes ralladas en el letargo, ahora se disfrazan de polen

y fornican con las flores, danzan y zumban a millones entre los edificios coloridos, oleos vivos de este concurso de abundancia que conforma la ciudad media del bosque.

Todo asciende en busca del sol. Las plantas se estiran y se desperezan; se aprovechan de la benevolencia del terreno. Extraen los nutrientes para después —mucho después— poder volver a él. Hay una hoja creciendo en una rama de un alcornoque. Es una miniatura de su yo anterior que refulge al trasluz, con sus nervios fluviales, sus venas, tan parecidas a las mías. Hay una mantis encaramada a la misma rama. Espera paciente. Se mueve obsesiva adelante y atrás. Después se queda quieta, paciente como una orquídea demoniaca, a la espera de que toda esta exuberancia aturda el instinto de supervivencia de sus presas.

Los insectos, joyas esmeriladas, corretean por su mundo en miniatura. Se abrazan a los tallos tiernos, tomando el sol sobre las hojas perladas de rocío. Las hormigas se entorpecen mientras acarrean briznas secas y hojas cortadas en un alegre festival matsuri, en las autopistas naturales que han ido construyendo por las noches. Los saltamontes estallan en incontrolables saltos hacia cualquier parte que les aleje de mi titánica presencia. Qué ajetreo. Todo, allá donde mire, rebosa de vida. La fertilidad echa materia. Lo inerte transmutado en vida. Estoy enamorado. Aquí no hay humanos, y la cosa funciona. Todo parece dispuesto para extasiar los sentidos. ¿Quién podría irse de aquí? ¿Quién puede rivalizar con esto?

He vuelto al refugio, saturado de emociones, y me he tumbado a descansar los sentidos. Acurrucado contra una pared, cansado de pensar. La pared se había ido enfriando. Por los ventanucos y la puerta entraba la claridad del exterior. Los pájaros cantaban despreocupados cuando una voz ha saludado:

—Hola.

Me he girado espantado. Me he sentido como un gato al ver un pepino, y de un brinco he girado en el aire ciento ochenta

grados, hasta que me he topado con unas piernas bronceadas que se doblaban en unas rodillas nudosas, para continuar con unos muslos generosos y musculados que descendían en dirección al suelo, dejando las posaderas a pocos centímetros de la tierra. Una chica en cuchillas se abrazaba las piernas y me observaba sonriente ataviada con una túnica ligera que dejaba ver todos sus encantos.

—¿Quién coño eres tú? —he preguntado, alertado.

—Soy Dios —se ha presentado.

—¡Otro! —he gruñido hastiado—. ¿O eres el único y verdadero? —he ironizado.

Me he recompuesto un poco, apoyándome contra la pared. Mi primer pensamiento, sugestionado por el vacío interior más allá de la presencia de la extraña chica, ha sido en la comida; en su ausencia, concretamente. He revisado el refugio con una mirada somera. No queda nada, ni un trozo podrido de carne ahumada. He observado detenidamente a la chica, a la que ha parecido no importar mi curiosidad. Es más, se ha mostrado muy dispuesta a ser observada, levantando los brazos y siguiéndome con la mirada, ponderando mi estudio.

—Te pareces mucho al zumbado de ayer que decía que era Jesucristo.

—¿Jesucristo? Ja, ja, ja, ja, ja —ha reído, encantadora. Su risa era alegre y contagiosa—. Jesucristo no existe. ¿Todavía crees en esos cuentos? —ha preguntado, coqueta, saliendo por la puerta.

La luz la iluminó como si fuera la estrella de un espectáculo de Broadway. Tuve el impulso de seguirla afuera.

—Él dijo que era Dios, no me lo invento. Aunque ya no sé qué es real y qué imaginación.

Se acercó hasta que sus senos se aplastaron contra mi pecho. Noté su cuerpo caliente y su vientre sólido como la madera de un roble.

—Te dijo que era Dios, no que fuera Jesucristo.

—Pero él dijo que le llamara «Jess»…

—Si eso te hacía sentir mejor… Pero su nombre no existe. No podrías ni siquiera pronunciarlo. Somos dioses, y hermanos.

Me alejé de la joven con la cabeza quebrada. Miré mi cuerpo, escuálido. La barba me colgaba más de un palmo. No me había fijado hasta ese mismo instante. ¿Cuándo ha pasado todo este tiempo? Corrí en dirección a la catarata. Allí, en pequeñas pozas, se estanca el agua, y calma, sirve de espejo.

Me he mirado en una de ellas. Mi aspecto es lamentable, pavoroso. Las ropas me cuelgan casi etéreas. Mi cara está demacrada, y el pelo y la barba crecen descontrolados. La chica ha llegado y ha tocado la superficie cristalina con la yema del dedo. El encantamiento se ha roto y me he aliviado un poco.

—Ese no eres tú. Tú eres así.

El agua se ha calmado y he aparecido impetuoso en la imagen, con el cuerpo desarrollado que he venido cultivando desde que llegué a base de caminatas y actividad continua.

—¿Qué eres, un demonio?

—Ah, ¿soy un demonio porque soy una mujer?

—Yo no quería decir eso —respondí inseguro, vulnerable.

Estalló de nuevo en carcajadas.

—Eres tan tierno. ¡Qué mono! Y has rechazado a mi hermano. Me gustas mucho —dijo, mientras dejaba caer la vaporosa tela que la cubría.

—Joder, estáis chalados. —Me he girado, ruborizado, y he comenzado mi huida de este mundo psicodélico en el que me estoy sumergiendo, profundizando hacia lo incognoscible.

He decidido comprobar las trampas, aferrándome a la realidad burda y palpable, a ver si tengo alguna presa, algo que me ancle a la existencia y me distancie de esta locura.

He preferido ignorarla tal que a un molesto amigo invisible que te susurra que prendas fuego a tu casa con la familia

dentro. He recogido las armas del refugio y he marchado rechazando la presencia de esta ánima maldita. La chica me ha seguido de cerca y ha ido repitiendo todo lo que yo hacía. Si descansaba un minuto apoyado en el tronco de un árbol, ella hacía lo mismo en un árbol cercano. Si me detenía a recuperar el aliento perdido en el ascenso de una ladera, ella, con los brazos en jarra, suspiraba de cansancio a unos metros de mí. Si masticaba una canaria para extraerle el poco jugo y alimento que tiene, ella me imitaba arrugando la cara por la acidez de su sabor. Hacía visera con la palma de la mano sobre los ojos cuando yo miraba el vuelo de un pájaro imperial. Se rascaba el culo cuando a mí me asaltaba algún picor. Corría entusiasmada a observar una planta justo después de haber estado yo mirándola. Poco a poco, me he ido acostumbrando a su presencia. «Presencia» diría que es lo que es. ¿O «esencia»? No estoy muy seguro de que esté de verdad aquí. Pero está.

Me he detenido un rato a sentarme en una roca. Estaba justo en el linde de un bosque de pinos que limita una opulenta llanura. A veces he visto ciervos cruzando este claro. No se me ocurre cómo podría matar uno sin que me mate él antes. He recorrido la zona y he mirado las trampas que coloqué. Nada. La chica ha ido revisando las trampas después, torcía el gesto y enfurruñada gruñía «Nada». Es adorable.

Me he internado en la planicie. He encontrado ortigas y dientes de león. Sé que se pueden comer. He arrancado todos los que he podido y los he amarrado en una brazada. Me parece que va a ser mi almuerzo y mi cena durante algún tiempo.

He vuelto a casa. He cocido las matas en botes a la lumbre. Han adquirido un sabor horrible, que ni el ahumado propio de la cocina al fuego ha sido capaz de disimular. Me he bebido el caldo de la cocción; iba a necesitar todos los nutrientes que puedan aportarme para sobrevivir. De postre, he ido recogiendo campanillas que han crecido en los alrededores. Recuerdo

que de pequeño mi padre me las daba para chuparlas, y estaban muy dulces. Mientras recogía estas flores he sufrido un ataque: me ha picado una abeja.

Me ha sobrevenido una idea, posiblemente la peor que se me ha ocurrido en mi vida: las abejas producen miel.

—¡Eres un ser muy curioso! —me ha gritado cuando me ha visto cavilar tras ser aguijoneado por la abeja—. ¡Como un mono intentando multiplicar! —Se ha echado a reír.

La comparación me ha herido un poco, pero no puedo negar que tiene su gracia (y su parte de verdad).

He pasado la tarde viendo el trasiego de abejas de un lugar a otro. La chica me seguía apenas cubierta, voluptuosa y sugestiva, en mis andanzas, una Sancho Panza turulata para un don Quijote sin molinos. No molestaba, pero parecía una funda humana intentando aparentar feminidad.

A media tarde, después de rastrear abejas monte arriba y abajo, he encontrado, en la cruz de un tronco anciano, una colmena. El zumbido era aterrador. Era imposible que pudiese acceder a la miel sin alguna protección.

He vuelto y me he fabricado un traje con las fundas de los asientos del coche. He utilizado una parte para hacer unas manoplas. Una funda del cabecero la he usado como velo. Me he puesto sobre la cabeza, a modo de sombrero, una corteza, para que el velo no se me pegase a la cara. Apenas veía, pero entre los hilos del tejido vislumbraba lo suficiente —esperaba— para mi propósito. Me he cubierto el cuerpo con el resto de las fundas. Por dentro he metido gomaespuma de relleno para evitar que los aguijones me alcancen. He atado todo a los pies y las muñecas con unos hilos sacados del jersey. He intentado moverme. Parezco gilipollas. Mi aspecto es ridículo. Puede que esta sea mi mortaja, y hará honor, si así acaba siendo, a la vida que he vivido. Me he fabricado un hacho de leña seca y me he llevado unas ascuas y un poco de yesca. La chica sigue imi-

tando todo lo que hago. Parece divertida observándome, y se sorprende de todas las torpezas que voy industriando.

Casi al atardecer he llegado a la encina donde está la colmena. He pensado que quizá de noche estuviesen más aturdidas. Me he acercado lentamente, he dejado una pila de madera bajo la colmena y he prendido una lumbre con las ascuas y la yesca. Me he quedado inmerso en el humo, al punto de cocerme junto al fuego o de asfixiarme con sus emisiones. He encendido el hacho y lo he acercado a la colmena. ¡No les ha hecho ni puta gracia! Han salido arrebatadas e iracundas. No sé cómo he podido mantener la calma. El ruido era infernal.

Al principio, han estado revoloteando sin saber qué buscar, pero pronto se han dado cuenta de que soy su agresor. Un tornado de abejas se ha formado a mí alrededor. En ese momento no he temido morir, he temido más por la forma de morir, dando por hecho que la muerte era segura. He movido el fuego de un lado a otro; el humo hacía irrespirable el ambiente. Debía de tener cientos de abejas sobre el traje, que al agitarme se ha desajustado. He sentido algunas picaduras. He notado la asfixia; el aire, contaminado por la combustión, penetraba en mis pulmones y me provocaba accesos de tos. Tenía miedo a salir del humo, mi única protección contra esta tormenta enloquecida. Me he dejado caer sobre las rodillas. Ya casi no me quedaba consciencia, la justa para discurrir que en el suelo el humo sería menos denso. Por suerte, así ha sido. Me he mareado y he vomitado dentro de la funda. Joder, qué manera más penosa de abandonar este mundo. No sé qué he podido vomitar, pues mis comidas han sido paupérrimas. La funda de la cabeza pesaba con el vómito estancado alrededor del cuello, y ha empezado a escurrirse. La tela, impregnada de efluvios ácidos, se adhería contra mi boca al respirar, obstruyendo el paso del aire. Desesperado, braceando y pataleando, he logrado quitármela. Las abejas han aprovechado mi punto flaco para

hacer sangre. He sentido tres, cuatro, cinco picotazos. Me he arrastrado, avasallado, fuera del humo. Al verme desprotegido, he huido a la carrera monte abajo. Me he cruzado con la chica, que reía a carcajadas, con la espalda apoyada en una encina. Hemos cruzado las miradas, yo como una centella y ella detenida en el tiempo.

Tras dos o tres zancadas y tropiezos he caído de bruces sobre unas hierbas altas. Aterrado, he pataleado y bregado, como un molino enloquecido, intentando espantar a las valerosas abejas. Intentaba incorporarme del suelo, pero la superficie blanda e irregular de las plantas sobre las que había venido a caer impedía el justo apoyo para poder levantarme. Con la respiración entrecortada, en un pestañeo, un momento de lucidez. Ya no escuchaba a las abejas. Más tranquilo, con el aliento recuperado, he conseguido ponerme en pie. Ya no se oían.

Con cautela he regresado a la colmena. Se habían ido. Lo he celebrado con unos cuantos brincos, a los que se ha unido la extraña chiquilla que me sigue a todos lados. Al parecer, le ha hecho mucha gracia el baile, pues danzaba con una energía y un deleite envidiables. Con la lanza he arrancado el panal, he catado el dulcísimo néctar tragándome hasta la cera y me lo he llevado de vuelta a casa. Tengo decenas de picaduras en la cara. Me duele como sí me hubiera atropellado un camión cargado de gavillas. Me he refrescado en la piscina natural que forma la catarata. Me he bañado con la ropa. está hecha girones, pero aún me servirá un tiempo.

Me he secado junto a la lumbre y he saciado mi hambre engullendo toda la miel que he podido. He escupido la cera; un apicultor me dijo una vez que si comía mucha, no cagaría más en toda mi vida.

Ha sido reconfortante. Me sigue doliendo la cara, pero al menos la panza está llena, y el calor de la lumbre ha aliviado mi desesperación. Tengo para unos cuantos días, entre la miel

y las plantas que he recogido. Los insectos revolotean alrededor de la lumbre. Las estrellas titilan en el cielo. Las nubes se deslizan en el silencio. Los árboles se mecen para dormir. La chica, al otro lado de la cortina de fuego, me observa como un depredador. Tras el parpadeo de la flama, que se eleva amarilla y azul, aparece ella, como en fotogramas sueltos de una película medio velada. Debo de estar anémico o perturbado. Tras cada parpadeo la he ido viendo cambiar de forma. Durante un efímero instante, me ha parecido un insecto gigante de piel leñosa, rugosa e irregular. Se ha movido rodeada de un polvillo vetusto, cercano a la podredumbre o al moho. Momentos después, había recobrado su aspecto jovial y esplendoroso. Me he desperezado sacudiendo la cabeza. Quería expulsar a los demonios que tergiversan la realidad y la convierten en una fantasía alucinógena.

He echado un par de troncos a la pira, y las pavesas se han elevado a millones formando una constelación joven, del inicio de los tiempos. Tras las luminosas chispas, ha aparecido un ser a medias entre la joven juguetona y mi amada Florinda. El corazón se me ha detenido. Ha latido con un borbotón cuajado que ha alimentado mi cuerpo con una energía enervada y lasciva. Se ha acercado felina, iluminada por la energía de la madera, evocando los instintos ancestrales que la vida nos otorga a modo de tormento y desbordante felicidad.

—¿Por qué me has abandonado? —ha preguntado Florinda con la cara arrasada de tristeza y traición.

—Porque no puedo enfrentarme a esto. Aquí soy feliz.

—¿A qué no puedes enfrentarte?

He meditado la respuesta. Me asusta exponerme, aun con Florinda.

—No podría soportar que hubieras muerto —respondí al fin.

—¿Cómo voy a haber muerto? Estoy aquí, contigo.

Se ha abalanzado sobre mí y me ha estrangulado en un abrazo apasionado.

Su cuerpo ardía. Me he sentido adormecido, hipnotizado, encapsulado en una burbuja de irrealidad, ofuscado por los futuros libidinosos y la resistencia a aceptarlo.

Hemos hecho el amor como nunca. Fogosa y desinhibidamente hemos hecho cosas que me ruboriza escribir. Ha sido raro, nuevo, impredecible. No he llegado a descargarme de la pesada losa de mi mente, incrédula aún, poniendo todo mi empeño en ello. Ha sido como follar con un árbol, como follar con el bosque entero. Un éxtasis intenso que me ha dejado satisfecho; agotado pero inquieto.

Diario 29

Me he despertado junto a la lumbre, ya extinta, con los pantalones bajados y el vello púbico apelmazado por el semen seco. Florinda ha desaparecido, la improbable joven tampoco está. Al vestirme he notado las costillas asomando por entre la tensa piel. Apenas puedo moverme; debo hacer acopio de toda la voluntad y la fuerza que me queda para levantarme.

Me he tragado un bote de miel entero. Me he sentado al sol, que me ha reconfortado con su calidez infinita. He recuperado un poco las fuerzas. No sé qué es todo esto. ¿Qué es todo esto que está sucediendo? Es irracional. Hace no muchos días me notaba pletórico, y en mi cuerpo se marcaban los músculos, que me dotaban de una vigorosidad que nunca tuve. Desde que perdí en la tormenta casi todos mis víveres, mi cuerpo se ha derrumbado y mi mente flaquea en la línea de lo inconcebible. Se impone inconexa, ¿o es la realidad la que se ha alterado? Ya no sé decir nada cierto. No sé si esto que escribo está sustentado en las cosas concebibles o si ya mi juicio ha volado a las tierras más alejadas de la cordura. He estado con Dios, ¿o cerca?

Este juego va a acabar conmigo. Mi sentimiento hacia ti, Dios, se ha envilecido de tal manera que no habrá manera de evitar la venganza. Si no existes, ya habré vencido. Pero ¡ay, si existes! No hay lugar, espacio ni tiempo; no hay universo inabarcable que nos evite el conflicto. No habrá cárcel donde puedas retenerme. No habrá poder que me detenga. Escaparé de todas las celdas, mazmorras o sepulturas que propongas. Conservaré mi esencia ante el fuego. Permanecerá mi materia inalterable para ser tu enemigo. Si existes —y no puedes evitar que yo lo haga—, en cuerpo o en alma, en el estado que sea, te habré vencido también. Me has utilizado, utilizando lo que más quiero. Eso no lo pasaré por alto.

Florinda. ¿Cómo podría haber llegado hasta aquí? Es imposible. Solo su espíritu sería capaz de encontrarme, aquí perdido en la eterna espesura del bosque. Salvo que esté muerta.

Cada vez estoy más convencido de ser el último hombre sobre la Tierra. El último garante de la mezcla genética que nos hizo alzarnos con el trono de la evolución y convertirnos en dioses caprichosos y destructores. Si están todos muertos, quizá sea lo mejor.

El instinto me impulsa. Necesito alimentarme. Iniciaré el recorrido habitual en busca de fortuna. Si es mi último viaje, que así sea. Habré desempeñado el papel que me corresponde, y no podré arrepentirme ni negarme. No podré negar que hice todo lo que pude, y que llegué a ser feliz. Yaceré con el acervo inmaterial de la humanidad, sobre un montón de hierbas, y seré alimento de los carroñeros y los oportunistas, como antes lo fuimos nosotros al inicio de nuestra era.

Me atareo en busca de alimento. He devorado algunas flores que no me han sentado del todo bien, pero solo me queda la opción de seguir adelante. He comprobado los lugares donde he colocado las trampas; muchas han desaparecido. Arrancadas de cuajo. Mi ánimo languidece. Mi cuerpo me suplica que

lo deje. La perdición. He salido del bosque hasta una de las praderas que se esparcen como islas vírgenes en océanos desconocidos. He recogido unos cuantos dientes de león y me he fijado en que estaban rodeados de tréboles. Los he arrancado a manojos y los he almacenado dentro del polo. He masticado algunos; saben a forraje, pero parecen comestibles. He seguido buscando por las zonas más frescas y he encontrado espárragos. Ha sido como salir a flote en las oscuras aguas de un pantano y ver el sol. Alivio. He devorado algunos así, tal cual. Estaban tiernos y jugosos. Saben deliciosos. He recogido decenas y los he metido por el cuello del polo, junto a los tréboles.

A veces, cuando uno está a punto de sucumbir, una última esperanza nos irradia. El bosque, una vez más, me ha protegido. He continuado buscando en la llanura, he encontrado hinojos y un enebro en una barranquera. Desde allí, he atisbado las copas de unos álamos. Abajo hay un pequeño riachuelo. He divisado zarzas. He corrido, poseído por la euforia, hasta el cauce. Las terribles zarzas estaban rebosantes de moras, pero aún no han madurado. ¿Cuánto hacía que no me comía una mora? Desde mis correrías por los ríos de Tagartera, en mi infancia temprana. Me han evocado punzantes melancolías de libertad, juventud e inocencia. Rambla arriba he encontrado muchas más. Más adelante las recogeré.

He vuelto a subir a la pradera para seguir mi búsqueda en las trampas. Apenas queda ninguna. ¿Qué animal es capaz de arrancar una trampa? Un jabalí o un puma, quizá. Un lobo. Un oso. Un ser sombrío tan grande como un pino.

He visto un conejo mientras deambulaba por los terrores de la imaginación. Ha escapado corriendo, hasta esconderse en su madriguera sobre un montículo. He babeado nada más pensar en cazarlo. He encontrado tres agujeros en el montículo. Deben de ser tres entradas a la conejera. He taponado una con un gran risco, en la segunda he metido un hacho ardiendo

y en la tercera he permanecido alerta. He estado un rato esperando; no sucedía nada. He llegado a pensar que se habría asfixiado. Me he impacientado y he intentado ver si es que el hacho se había apagado. En ese momento, endemoniados, han salido dos conejos por la boca. Malditos. Dos diablos a la carrera que se resisten a ser cazuela. La repentina escapada ha desarbolado mi plan, pero en un alarde —imagino que instintivo e inconsciente— he golpeado con la lanza, como si estuviera matando arañas con una escoba. La suerte se ha aliado una vez más conmigo y mi sombra. Le he dado en el lomo; ha emitido un lastimero chillido y se ha quedado inmóvil. Respiraba muy rápido. No sé si es consciente de lo que le depara el destino. Debe ser aterrador. Lo he lanceado y ha muerto rápido. Es lo único que puedo hacer por él. Allí mismo lo he despellejado y destripado. He encendido una lumbre y me lo he comido enterito. Saciado, me ha cambiado el mal humor por las trampas perdidas. No solo he perdido las posibles presas que hubieran caído, sino la trampa en sí misma, y ya no tengo con qué sustituirlas. He vuelto a casa.

Diario 30

Esta mañana me encuentro mejor. He comido espárragos y miel. Mi cabeza también parece sanar. De momento, he escapado al remolino demencial en el que me había hundido durante las últimas semanas. También me he llevado una alegría: encontré una muda de culebra. La camisa translucida estaba al lado de una roca cerca de la cascada. Estaba muy fresca, y medía casi metro y medio. He ido haciendo catas con la lanza en los alrededores de la camisa, y finalmente he escuchado el siseo de la bicha. Estaba enroscada en un socavón del terreno, la muy pérfida. La he guiscado con la lanza. Ha intentado huir, pero no le he dado tregua. Se ha erguido amenazante, pero, extrañamente, no me dan miedo las culebras (puede ser que el hambre tenga algo que ver). Con la lanza le he hecho claudicar, y le he cortado la cabeza con el hacha. Menuda merendola me voy a dar.

Entretanto, he seguido buscando las trampas; no puedo esperar que el bosque me provea tan generosamente todos los días. No encuentro ni una, y creo saber el motivo. Esta tarde, en la lejanía, he visto bajar a un animal de lo alto de un

árbol. Los colores pardeaban. Creo que era color tierra, y de un tamaño considerable: un puma, sin duda. El atávico miedo a ser cazado, centro del mundo mental desde que el primer pez se arrastró fuera de una charca y antes aún, ha recaído sobre mí y mi consciencia humana. El animal me ha divisado; he notado sus ojos clavados como dagas en mí. Un momento después, indiferente, ha olisqueado el tronco de un pino y me ha dado la espalda. Debe de saberse muy superior. O debe de ser un insensato; no se enfrenta a un conejito asustado ni a un cervatillo lactante. Soy, a mi pesar, un mono bien adiestrado y sin una pizca de dignidad.

He retrocedido sin perder de vista al animal, caminando hacia atrás y teniendo cuidado de no hacer nada que pudiera alertarlo o asustarlo. He visto cómo un ciervo era capaz de cruzar de una punta a otra de un cerro en un parpadeo. Este felino no debe ser menos, sino más. Si hay una cosa que dé terror es pensar en una fiera apretándome el cuello, con sus dientes acerados clavados hasta mi tráquea y asfixiándome con su mordedura. Las uñas clavadas sobre mi hombro y mi pecho, reteniéndome, dándome muerte. Después, inerte, arrancándome los genitales (tampoco iba a reventar) y destripándome mientras los cuervos y los buitres esperan su turno en un velatorio macabro. Joder, eso no va a pasar. Podría jurar, al atardecer, que eso no va a pasar.

Diario 31

Llevo cavando varios días. Es un esfuerzo supremo que me está debilitando, pero es ineludible. El agujero es ya muy profundo. He tenido que construir una escalera para salir de él. No es tanto una escalera, sino una rama gruesa por la que trepo para ascender a la superficie. Mide unos cuatro metros de profundidad y cuatro de ancho en cada lado. Ha sido una labor faraónica para una sola persona y sin herramientas. He utilizado todos los recursos que se me han ocurrido: piedras planas, cortezas, el hacha neolítica, la lanza…

Ha sido penoso. Llevo siete días, los he contado. No he vuelto a ver al felino, pero lo he escuchado, hace dos noches. O mucho me engañan mis sentidos o el animal debió de cazar algo. Se escucharon golpes frenéticos, maullidos histéricos y gruñidos desesperados. Me recordó a las peleas de gatos en las huertas de Tagartera; o a los callejones de la ciudad, pero en un tono más grave y solemne; desde luego, más acuciante. Me puso los pelos como escarpias.

La imaginación vuela en la noche, y la piel humana ¡es tan blanda! Me imagino al animal desgarrándome con sus uñas. He

visto en documentales cómo estas fieras se aferran a sus presas y los asfixian con una falta de compasión que me aterroriza. Si muero aquí, quiero morir plácidamente, descompuesto poco a poco, alimentando al suelo y a los insectos; quizá a los cuervos, que siempre me han caído bien, pero no como presa de una bestia que lamerá mi sangre mientras sale a borbotones de mi arteria yugular, con los ojos abiertos y perdidos, secos, aterrorizados; y mi cuerpo, flácido y aún caliente, mientras arranca tiras de piel y desgarra los músculos con sus dientes pestilentes.

Una gota de sudor ha caído sobre la punta de mi bota, impelida por la vívida impresión de ser la presa. En un segundo, el polvo ha absorbido el agua que contiene la gota.

—Nunca tendré colesterol —he afirmado en voz alta, decaído—, ni diabetes. Antes me llegará la muerte que la enfermedad.

Me he sentido inmune a todo salvo al bosque y sus inquilinos. Me ha sobrevenido la idea de que mi tiempo se acaba. Vivo —quiero ser sincero— aterrorizado por ese animal. Me causa un pavor y un espanto como nada me lo ha provocado en la vida. Puede que sea al fin una liberación, una atadura menos a la vida bondagiana que he tenido. Cualquier lunar era un tumor, y cualquier dolor, un trombo; o un infarto, más rápido y fulminante. «Vete a tomar por el culo», le canto a la salud. Ahora cada dolor es real y gratificante a su manera, olvidados los dolores menores y los ilocalizables; las explosiones magmáticas psíquicas y las madejas emocionales. Todo se reduce a si puedo continuar o no.

He tallado decenas de estacas. Unas son finas y otras son gruesas, y las he colocado de modo que si mi enemigo cae en la trampa, se vea ensartado hasta la muerte, o al menos, herido de gravedad. Sé que es una atrocidad. Lo sé. Las he hincado en el fondo esta mañana, y cuando he querido salir, un vértigo, un ataque de pánico, se ha apoderado de mí. A mitad de ascenso

por la rama que hace de escalera he temido que la rama se partiera o que resbalara dejándome caer sobre las estacas. El miedo se ha apoderado de mí de tal modo que, abrazado a la rama, he perdido las fuerzas. Temblaba y me he visto incapaz de trepar hasta la salida. He tenido que descender hasta el suelo del agujero para recobrar la respiración y la calma. Finalmente, he logrado salir haciendo acopio de todo mi coraje. Así que creo que he comprendido lo que estoy haciendo.

Si sale bien, va a ser atroz, pero no me queda más remedio. No puedo enfrentarme a un enemigo tan formidable. No tengo habilidades ni instinto suficiente. Mis armas… Mis armas, en honor a la verdad, son una mierda. Solo me quedan mi inteligencia y mi maldad.

Diario 32

He descansado toda la noche. Abatido de cansancio he dormido sin interrupción. Me queda un poco de miel, algunos espárragos, tréboles y un trozo de culebra. Asada al fuego está muy buena. Pero son pocas provisiones. He estado recogiendo insectos, hormigas y saltamontes principalmente. Alguna vez escuché que los insectos son la comida del futuro, y para mí, el futuro ya ha llegado. Creo que tienen muchas proteínas y que son buenos para el corazón. A ver si me sanan el dolor por Florinda que usa de madriguera mi caja torácica. Las hormigas me las como crudas, y a los saltamontes los ensarto en un palo y los hago a la lumbre. Son crujientes y no saben a nada que pueda identificar. Llenan la panza, que es lo que cuenta.

He recogido un montón de ramas finas, las más largas que he encontrado para cubrir el agujero. Me ha costado lo mío; es muy grande y algunas no aguantaban, se arqueaban y acababan cayendo al fondo. Me ha llevado todo el día cubrir la trampa. Para rematar la faena, he espolvoreado acículas de pino para crear una continuidad con el suelo original. La parte más

difícil, finalmente, me ha resultado colocar el cebo, en todos los sentidos.

Técnicamente, he diseñado la trampa para que el cebo cuelgue de una rama justo en el centro de la misma, unos centímetros por encima del falso suelo. He ido sacando hilos de mis atuendos (del jersey y el polo) y empalmándolos para confeccionar un cordón fino. Me he valido de una rama larga para dejar caer el trozo de carne por un lado del brazo del pino que se yergue junto a la trampa. El trozo de carne está atado con el cordón que he fabricado. Una vez que la carne ha quedado en posición, he rodeado el pino con el hilo, que ha quedado fijo y sujeto al tronco.

Emocionalmente, he usado mi último trozo de culebra como cebo, un suculento pedazo de carne que me valdría al menos para tres días. He supuesto que, si pongo poca cantidad, el animal no le hará ni caso; pero si cuelgo un buen trozo, ¿quién puede resistirse a un buen trozo de comida gratis en el bosque? Mi mayor temor es que sea otro el animal el que intente hacerse con el cebo: un jabalí, un zorro o una gineta, y que lleven al traste todos mis esfuerzos.

Anímicamente, dejar allí colgando el único sustento importante que me queda ha sido descorazonador. Hasta el estómago se ha revelado con una punzada de hambre que ha debido de hacer notar a modo de protesta de cara a las futuras penurias que nos aguardan.

Por suerte, la primavera es generosa.

He dedicado estos días a recolectar todo tipo de plantas comestibles. He podido cazar otra culebra. Esta vez es mucho más pequeña, pero al menos me sustentará un día más. Mi cuerpo se ha recuperado; ya no me veo tan esquelético como hace un mes, que es lo que debe haber pasado ya desde que los dioses vinieron a atormentarme con sus lascivias, cucadas y peroratas.

Hay millones de insectos pululando por el suelo y los árboles. No sé muy bien cuáles son comestibles y cuáles no, así que me sigo centrando en grillos, saltamontes y hormigas. Los hinojos, los espárragos, los tréboles y las flores diversifican mi dieta. No he podido cazar ningún otro conejo, pero he visto un erizo. Es poca cosa, pero creo que sé dónde se esconde.

ANIMALILLOS

Hace un calor sofocante.

En mi pequeño palacio de piedra suele hacer una temperatura fresca. La humedad ayuda. En invierno era un infierno cuando el suelo se endurecía debido al intenso frío, pero en verano la humedad que rezuma de debajo de las rocas es una bendición. He salido al exterior y el calor me ha golpeado sin compasión.

—¡Puño de fuego! —he gritado imitando los movimientos de unos antiguos dibujos animados japoneses. Hay que mantener la moral de la tropa alta.

Ni siquiera la protección de los árboles aplaca el *chicharrete*. Estos días suelo ir a la pequeña poza que se conserva un poco más arriba en la montaña. La he bautizado con el nombre de «Lago Ghiacciato», en honor a su ínfima temperatura. Ni siquiera en verano, cuando el sol, obstinado e implacable, arde sobre la superficie el agua, esta se calienta lo más mínimo. El agua se embalsa en una diminuta laguna. Debe tener una fuga en las *profundidades*, porque mantiene su volumen exacto de forma permanente, pero no forma cauce que corra fuera de la charca. Me meto y, tras un sufrimiento ártico, me reconforta.

Nunca he estudiado Biología, Prehistoria o Paleontología cuando debí haberlo hecho. Estudié Bellas Artes, que ahora me están siendo *muy útiles*. Cuando empecé a trabajar en la delegación de Hacienda y Florinda se marchó por las causas vagamente explicadas, me quedó algún tiempo libre entre mis escapadas espirituosas y el trabajo. En ese tiempo leí bastante. Libros de segunda mano y de la biblioteca de mi barrio. En una cierta etapa, me encantaba leer sobre el origen de las especies. Me daba rabia leer libros anticuados. La mayoría eran de los años setenta del siglo XX. Quizá no hubiera habido grandes descubrimientos en las últimas décadas, pero, algo, algo debía haber. Yo quería que fueran actuales, que se adelantaran a mi tiempo. Que me desvelaran los misterios, los vacíos inestables sobre los que se cimientan la fe y las creencias. Me embargaba la angustiosa sensación de cuando estaba en primaria, estudiando el planeta Tierra.

Nos contaron que las estaciones dependían de la cercanía de la Tierra al sol. En verano hacía calor porque la tierra estaba cerca del sol. Lo juro, es lo que nos contaban. Cuando poco después nos dijeron que era por la inclinación del eje de la Tierra respecto al plano de su órbita al sol, me quedé en invierno. Helado. Todo era mentira. ¿Cómo el subnormal de mi maestro no sabía aquello? ¿Cómo podía llegar con sus cuatro pelos peinados de oreja a oreja y aplastados contra el cráneo, con una sonrisa húmeda, y decirme que el verano sucedía porque la Tierra estaba más cerca del sol que en el invierno? ¿Qué patraña era esa?

Una tarde, en la sala de filmoteca de la biblioteca, elegí la película *La historia interminable*. La había visto mil veces. La ponía en soledad (no solía haber nadie en la biblioteca). Corría la cortina azul que separaba las salas y me quedaba a oscuras en el pequeño habitáculo. Yo, con doce sillas y una pantalla que parpadeaba en haces azulados. Ni siquiera la miraba. Me

llevaba un libro y, cobijado en la esquina de la sala, lo leía fascinado. Era un libro llamado *Evolución*, de un tal Massimo Viecho. Relataba cómo podría haberse creado la vida: ARN, proteínas, aminoácidos. No entendía ni papa, pero me gustaba leerlo y ver las ilustraciones. Había muchas ilustraciones. En una de ellas aparecía un pez con pequeñas patitas saliendo del mar y conquistando la tierra. Me gustaba imaginar lo que hubieran dicho aquellos animales extintos si hubieran tenido conciencia y lenguaje: «Pero ¿qué calor hace aquí fuera?» y «¡Qué seco está todo! ¿A quién, en el nombre de Jesucristo, se le ha ocurrido salir del mar?». Esa incongruencia temporal me hacía partirme de risa. «¡Qué necesidad de sufrimiento! Todo está lleno de polvo y de suciedad, y de mierda por todas partes. Con lo fresquito y limpito que se está en el agua…».

No lo sé, yo hubiera dicho eso, porque así es como me sentía al salir del agua. Allí se estaba fresquito, limpio, protegido, dichoso. ¿A quién se le ocurrió salir por primera vez del mar? Me imaginaba a esos peces condenándonos a una vida de existencia arrastrada. Supeditada a la gravedad. Al viento. Al sol. A los cambios bruscos de temperatura. ¿Por qué haría alguien algo así?

Diario 33

Todas las mañanas visito la trampa. La carne sigue allí. Han pasado dos mañanas. Se ha secado un poco, pero espero que todavía esté de merecer para el gusto de un felino.

El calor está empezando resultar insoportable. Me lo imagino con entidad: un tío pesado que no para de agobiarme, pegajoso, cansino, de esos que cuentan chistes soeces y se parten de risa ellos solos, al tiempo que te golpea el brazo, incansable, sin miramientos, y exclama ¡«Anda que no!».

Me cae fatal. Las noches son frescas, pero los días, no sé si por la cercanía del verano, están empezando a ser extremadamente calurosos. Por suerte, tengo mi propia piscina. La cascada ha perdido brío, pero sigue cayendo sobre la pequeña laguna, que me sirve tanto de aljibe como de refrescante baño.

Hoy me ha pasado una cosa extraordinaria. Es cierto que en los últimos días, dada la escasez de comida, el calor y la macabra espera a la que estoy sometido debido a la trampa, mi ánimo ha ido decayendo. Paso gran parte del día junto a la cascada, alimentándome tranquilamente como un gorila e hidratándome con el agua regalada. No descuido la vigilancia;

sé que con este tiempo mi pequeño lago es el mayor bien que existe en toda la montaña, y puede haber residentes tentados de arrebatármelo.

El caso es que estaba este mediodía en la laguna, con una pequeña sombrilla que me he hecho con una rama y el jersey, disfrutando del frío vigorizante que transmite el agua, cuando una ardilla ha correteado por la rama de un pino cercano. Mis instintos se han agudizado y me he puesto tenso.

Me he levantado lentamente hasta que mi torso ha quedado expuesto al sol calamitoso. He ido a coger mi lanza y la ardilla ha corrido hasta el tronco, ha empezado a descender y se ha detenido cabeza abajo, a mitad de la bajada. Yo también me he quedado quieto para no espantar al animal. Me he dado cuenta de que llevaba una piedra en la mano derecha, que suelo coger del fondo de la charca para frotar mi piel y exfoliarme, a la vez que elimino parásitos. He lanzado la piedra a la desesperada. La ardilla ha saltado desde el tronco. A mitad de camino entre el suelo y las ramas del árbol se han encontrado la piedra y la ardilla. Ha caído muerta junto a las raíces salientes del pino. He celebrado esta imposible casualidad como si me hubiera tocado la lotería. Se me ha escapado alguna lagrimilla. He dado un par de ridículas volteretas alrededor del cadáver, y después, tumbado de espaldas sobre el suelo, pataleando con alegría desbordada, he lanzado puñados de hojas al aire, de donde han surgido insectos coloridos que han llenado de matices alegres la sombra del pino con sus vuelos erráticos y sus relucientes caparazones. Es solo una ardilla, pero cuántas alegrías me ha proporcionado.

La he asado junto al refugio y me la he zampado, regodeándome en mi buen humor, acompañada de un poco de miel. Si hubiera tenido una cerveza fresca no me hubiera importado morir en ese mismo momento. Un festín.

Me retracto: prefiero seguir vivo y no tener la cerveza.

Diario 34

Las noches están siendo sofocantes. Hay mucha humedad. No sé cuál es el mecanismo, pero se nota una cierta humedad ambiental que acrecienta la sensación de calor por las noches. Sospecho que son los árboles. No duermo bien, y a menudo tengo hambre. Debí quedarme dormido casi al alba.

Esta mañana ha caído el animal. No llevo la cuenta de las horas; no tengo modo ni manera. Soy incapaz de imaginar el funcionamiento de un reloj de sol, pero debían de ser las nueve o las diez. Se ha escuchado un crujir de ramas y un golpe sordo, acompañado de un maullido que me ha destrozado el corazón. El desquiciado sufrimiento que me ha provocado es la única disculpa que puedo ofrecer. Me ha dado miedo acercarme por si es capaz de revolverse. El animal sigue quejándose, maullando, himpando y emitiendo ronquidos secos. Lo escucho desde la distancia, pero lo percibo con claridad. A veces se oyen tosidos, y casi me parece escucharle pedir ayuda. No sé cómo he podido hacer una cosa así. Soy un ser infernal que ha traído el demonio a este lugar.

Me he marchado en busca de vituallas, con la esperanza de que cuando volviera al hogar, el animal, desfallecido, hubiera muerto por las heridas de las estacas.

Pero la vida no es como uno quiere. Más aún, la vida se empeña en seguir contraria a los deseos de cada cual. Incluso insiste con vehemencia en perpetuarse. Durante toda la noche el animal ha seguido quejándose agónicamente. Me aterra pensar en ir; el agujero tiene cuatro metros, pero estos animales son portentosos. Si me ve y se asusta, lo creo capaz de saltar los cuatro metros del pozo y matarme él a mí. No me quejaría; me lo merezco.

Entrada la noche, con la oscuridad más aplastante, no he podido aguantar más sus lastimeros quejidos. No soporto oírlo sufrir.

He ido hasta la trampa. El agujero se abre, negro e infinito, en la noche. No se ve nada, pero se oye al animal respirar con dificultad. Ha emitido algún sonido burbujeante al notar mi presencia. Espero que cuando llegue mi hora, mi sufrimiento sea al menos el mismo que el que le he provocado. Espero que lo que voy a hacer acarree castigos insufribles y que me entierren bajo una escupidera.

He levantado la piedra más grande que he encontrado y la he dejado caer al agujero. El animal ha gritado y ha intentado revolverse. He cogido otra piedra y la he tirado dentro. Después de tres o cuatro pedruscos, alguna debe de haber matado al animal. Lo he hecho porque no soporto su dolor; ni el mío tampoco, porque soy un nefando humano. Porque soy la infamia y la vergüenza.

Si tuviera valor, me tiraría de cabeza al agujero. Pero soy al valor lo que el puma al miedo.

Diario 35

Llevo varias noches sin dormir, reconcomido por la abominación que he cometido. Lo que peor llevo es la sensación de alivio que acompaña a mi perversidad. Siento y me avergüenzo más, una cierta alegría y tranquilidad. Ya no tengo que preocuparme más por la fiera. No quiero reconocerlo a viva voz, pero cuando mi mano se desliza por el papel solo quiere escribir esta ignominia verdadera, para que quede grabado a fuego la deshonra y se asocie para siempre a mi nombre.

Si alguien lee esto alguna vez, ojalá se cague en la portada y se limpie el culo con sus hojas.

Últimamente no encuentro nada para comer. La voz debe de haber corrido por el bosque: «¡Que nadie alimente a ese bastardo hijo de puta! Que todos los animales se pudran, que se conviertan en sal antes que en alimento del humano. Que las plantas se sequen. Que arda todo el bosque y sea ceniza antes de que pueda echarse ni una brizna insolada a la boca».

Todo se aparta de mí a mi paso, excepto los molestos insectos que me incordian a cada minuto. Me he echado como mascota una miríada de moscas. Son fieles, leales; un incordio.

No sé si son las mismas desde el principio o son las hijas de las hijas de las que me vienen acompañando allá donde mi cuerpo vague; pero da igual, su tenacidad es encomiable. Se ponen muy alegres cuando les hecho algo para comer, especialmente escamas y roña de mi propio cuerpo, o alguna esporádica cagada. Son un poco traicioneras e interesadas; se anticipan. No hago más que bajarme los pantalones y ya están asediando mi ano. He descubierto que las ramas de retama son muy eficaces; las temen como al mismo demonio. Cuando no hay qué comer se vuelven pegajosas, algo pejigueras. Todo el rato intentan penetrar por mis orificios. Se me pegan a la comisura de los labios y a las pupas de las rodillas y los codos. Les gusta regodearse en el alimento de mis articulaciones. A veces las dejo que disfruten. Se posan a cientos en las corvas de mis rodillas o entre los dedos de mis pies. Debe de haber allí una sustancia rica y nutritiva que las atrae sobremanera. Alargan su probóscide como una trompetilla y se frotan las patitas y los ojos. ¡Se las ve tan felices!

No parecen muy listas, eso sí. Ni a medio perro, dijéramos, que equivalen sumándolas todas. Son caóticas y pendencieras. Dan vueltas y vueltas, y después se posan sobre cualquier superficie a descansar. Les gusta el sol, pero no en exceso. En las tardes tórridas se posan sobre las sombras de los robles y las encinas. Allí mosquean y se dan pequeños y apresurados paseos. Cuando refresca algunas noches, desaparecen. A saber dónde coño se meten.

De todas formas, me hacen buena compañía. Les hablo y les cuento mis cosas. No parecen mostrar demasiado interés, pero a mí me consuela y me retiene en la cordura. A veces me sacan de mis casillas y entonces las arreo. No son fáciles, se mueven a una velocidad inusitada para un ser humano y eso que yo me jacto de estar en buena forma, aunque no lo esté. En ocasiones, he matado alguna. Me he sentido mal un rato; me

he preguntado si tenía hijos o qué esperanzas albergaba para el futuro. Después, me he consolado en el hecho de que son miles. Bueno, miles de millones de millones. Quizá ni la echen en falta. A lo mejor alguna se pregunta «¿Alguien ha visto a Clarita?». Las demás elevarán dos de sus patitas y… «No, no la hemos visto». Y ya está. Supongo que es todo lo que pasa.

Sus hijos son repugnantes. Son unas larvas blancas, blandas. Se comen todo lo que pillan, y les gustan mucho los cadáveres y la basura. Así son. Yo no las juzgo, pero no me gustan un pelo.

He cazado un erizo, y apenas me han dejado disfrutarlo. Lo he echado a las brasas. Allí no se atreven a entrar. Me lo he comido achicharrándome la boca; no tenía ganas de compartir. Y me he ido a la piscina natural. Me he metido entero. Solo mis labios y mi nariz sobresalían del agua, como un reptil acechante. La sensación de paz es indescriptible cuando estoy bajo el agua. Ingrávido, frío, escuchando mi corazón bombear la sangre por todo mi cuerpo. Mis talones son lo único que rozan el fondo. Inmerso en el ruido de la escasa agua que ya cae de la cascada, me evado de toda realidad, me transformo en otro ser. Me siento pertenecer al agua. Temo evaporarme cuando salgo.

Así debía de llevar horas, ajeno a la existencia, cuando he notado el olor a humo.

Diario 36

Llevo días sin escribir. Contaré lo que recuerde.

Salí del agua. El humo en el bosque es como la sangre en una bañera, escandaloso y alarmante aun en su mínima expresión. Una columna de humo es, por encima de cualquier bestia o proyección, la figura más aterradora que puedes presenciar en el bosque. Corrí, descuidando la ropa y demás posesiones junto a la cascada. El fuego se extendía ya por mi parcela. Algunos árboles estaban ardiendo. Mi cabaña, mi hogar, mi refugio, mi palacio, calcinado. Grité enloquecido. No recuerdo el qué. Corrí arrebatado en dirección al fuego. Vi que el foco original era la lumbre que había encendido para asar el erizo. Me maldije. Me hubiera gustado tener el valor de coger una piedra y alisarme el cráneo.

El fuego avanzaba desde aquel punto y ascendía hasta mi casa. Deambulé alrededor de las llamaradas doradas, pero no tenía nada con lo que hacerlas frente. Intenté echar arena. Fue una tarea estúpida, como estúpido soy yo. El fuego ascendía en lenguas de diez metros, alimentado por el aire y la sequía. Me recuerdo corriendo, con los huevos colgando, alrededor de

una catástrofe que era ya ingobernable. En mi desesperación intenté arrancar una rama de pino, para paliar los efectos de la devastación golpeando las llamas. Fue inútil; ni siquiera pude romper la rama. «Maldito estúpido de mierda. Hijo de puta. Cabrón desgraciado».

El fuego se fue extendiendo rápido monte arriba. Recordé que allí estaba mi ropa, mi calzado, mis armas y, sobre todo, mi libreta. Todo lo que era en ese momento reposaba bajo la guadaña negra de las partículas infaustas que se suspendían sobre las llamas, tirado al lado de mi oasis particular.

He corrido más que el fuego con el aliento perdido y los pulmones arrasados. Nunca podría haber imaginado la velocidad que alcanza el fuego devastando la vida. He llegado al pequeño lago con el alma en vilo. Si perdía el cuaderno, habría perdido todo. Toda mi vida se encierra en estas páginas. No soy más que un granero de memorias inconexas y un cuaderno escrito a lápiz.

Allí estaba, con su tapa negra sobre mis ropas raídas.

Cogí todo de una brazada y salté al agua, un ínstate antes de que el elemento primordial me calcinara. He levantado por encima de la cabeza mis posesiones, para que el cuaderno no se mojara, y he atravesado el lago con el torpe avance que provoca la resistencia del agua. Cuando he llegado a la otra parte del lago, que no mide más de veinte metros, el fuego ya me había rodeado. He pensado en escalar la pared de la cascada. Me he vestido con las ropas empapadas y lo he intentado, pero he caído sobre el agua desde unos dos metros de altura. La pared estaba llena de musgo y era inasible. La libreta se ha empapado, pero, por suerte, el grafito resistía impregnando las hojas. He pensado en quedarme en el agua; en este reino el fuego no tiene licencia. Me he arrimado a la pared, por donde cae la cascada, y me he puesto debajo para que me callera el paupérrimo chorro sobre la cabeza. El calor es infernal, y el agua que corre no palía sus efectos.

No sé cómo describir lo que vi alrededor mío. Una cortina de fuego se elevaba por encima de los árboles, que gritaban, chillaban, se retorcían. Los árboles y matorrales ardían sin que el fuego los hubiera llegado a tocar. El viento, convertido en vendaval infernal, lo animaba tarareando cancioncillas macabras.

Me duele verlo. Tengo el corazón encogido. Lo tengo roto por mi amor. «¿Qué he hecho?»

Sobre la cortina de fuego, que a veces se rizaba y transformaba en tornados, se coronaba una inmensa columna de humo negro. Es la muerte en su mortaja, que titánica, ha venido a llevarse todo lo que queda del mundo. Cada parpadeo de las llamas, miles de millones de seres fenecen abrasados. En cada latencia se extingue el bosque. El suelo arde como un río de lava. Millones de hojas y acículas, de ramas secas, hongos, insectos, bacterias y raíces flamean. Se elevan en el aire incandescentes, y vuelven a caer para alimentar el apetito de la destrucción en un patrón psicótico, donde las llamas se estiran en lenguas que se dividen en formas convexas que se aplastan en el suelo y se extienden más allá, siempre avanzando. Los pájaros y los insectos escapan como meteoros incendiados en agónicos esfuerzos. Baten las alas como el fénix renacido. Trazan parábolas suicidas que alimentan al desastre fuera de su perímetro. Se convierten en cómplices involuntarios de este holocausto caníbal.

Pensaba que estaba seguro en el agua, pero el humo ha comenzado a condensarse, hasta hacer el aire irrespirable. Sobre mí, en un palio mortuorio que cubre el cielo, se ha formado una tormenta eléctrica que ha dejado caer, iracunda, sus rayos sobre la montaña, iniciando nuevos focos. Me he puesto el polo mojado alrededor de la cabeza, cubriéndome la cara y el pelo. No mejora nada. Empiezo a notar el agua más caliente. El aire está tan caliente que he creído que en cualquier momento ardería también. La atmosfera se curva y vibra en colores deslumbrantes que no se pueden mirar.

Noto cómo la muerte se aferra a mi garganta y pulmones. Si me quedo allí, moriré. Tomo aire y buceo hasta la otra orilla del lago. Al llegar, embisto contra las llamas. He tenido que cerrar los ojos, pues, en el mismo instante de atravesarlas, he notado cómo me abrasaban. He corrido sin saber hacia dónde, hasta que a los pocos segundos he dejado de tocar el suelo y he caído al vacío.

Me he despertado ya de noche. Tengo el cuerpo magullado, aunque no parece que me haya roto nada.

Me encuentro tumbado sobre el suelo, con las piernas enganchadas a dos matorrales. El fuego crece más arriba, donde la montaña es ya un camposanto. He caído por una ladera unos cincuenta metros y he debido de quedarme inconsciente debido a los golpes. Por suerte, el fuego ha ascendido montaña arriba, y corre en dirección este y oeste por la sierra. De otro modo, ya sería un asado de mendigo.

He buscado la libreta. La tengo junto a mi pecho. He perdido uno de mis botines y mis pantalones se han reducido a la categoría de taparrabos. El polo es poco más que un babero. He encontrado el hacha; no recuerdo si la lanza la cogí o se quedó junto a la cascada.

Me duele todo, pero tengo que alejarme de este pavoroso desastre o me consumirá a mí también. No me quedan ya muchas opciones, y ya no tengo hogar. Solo puedo volver a Tagartera, allá donde la incertidumbre acoge a Florinda.

Diario 37

Llevo varios días caminando hacia el este, en dirección a Tagartera. He localizado el llamado «Camino del Rey», un sendero antiguo y abandonado que recorre la sierra por las cimas de las montañas. He comido lo que he podido, algunas flores e insectos. Famélico, he devorado algunas larvas blancas y jugosas que he encontrado en un tronco podrido. Ayer me comí un cuervo que encontré muerto. Debe de haberse asfixiado, o eso espero. Me la estoy jugando. Sé que la muerte me acecha a cada paso y en cada bocado; me tiene ganas, pero no puedo seguir avanzando si no me alimento.

El pie derecho lo tengo destrozado. He estado caminando dos días descalzo, hasta que se me ha ocurrido ponerme el jersey a modo de calcetín. Joder, qué inútil soy. El tío más tonto que ha pisado la corteza terrestre.

He encontrado agua esta mañana, y he bebido hasta vomitar. He bebido otra vez. Cerca del riachuelo donde me he atiborrado de agua he encontrado moras. Ya están maduras. He comido todas las que me han cabido en el cuerpo y he recogido todas las que puedo transportar. Tras de mí, el mons-

truo se perpetúa y sigue extendiéndose, me persigue, crece, se alimenta, se reproduce, está vivo y cabreado. Por eso no puedo parar ni un momento. No me da tregua.

Noto la pesada carga de la autoría. El humo me sigue y me acusa, compuesto de todo lo vivo consumido que ahora forma parte de lo muerto. Me busca con millones de ojos incandescentes que revolotean fantasmales en volutas y en los requiebros de la negrura. Debo seguir, pues no me atrevo a pagar la deuda.

Diario 38

Hoy he encontrado a una mujer muerta.

En una hondonada del terreno he divisado un pilar para los animales. Es el primer signo de civilización que veo desde hace mucho tiempo. La chica flotaba boca abajo. No me he atrevido a beber agua. El cadáver está lustroso y poco rígido; debe de llevar poco tiempo. Al principio he pensado que podía estar infectada. He retrocedido y me he cubierto instintivamente la boca con la mano.

La he observado un rato. Le he dado la vuelta con un palo. Era muy guapa. Y joven. Por el aspecto no debía de tener más de veinticinco años. He pensado que podría haber sido abogada; tenía cara de abogada. Iba vestida de senderismo. Me ha dejado en herencia una mochila. No parece enferma, incluso su color, ahora muerta, es bastante saludable. He registrado sus pertenencias y la he desvestido. He puesto las ropas a secar y la he enterrado junto a una encina, preciosa como una nube esponjosa. Así ahora se convertirá en encina (si el incendio no la arrasa). Al menos, bajo tierra, conservará su prístina belleza durante algún tiempo. Tenía los ojos abiertos; son de color azul,

pero han perdido la viveza de la mirada que mira. Son solo dos globos que bizquean, mirando la abominación de la violencia inherente a la vida. Es Ofelia muerta, aún más bella.

En la mochila he encontrado un par de mudas, un campingás, una cantimplora, un saco de dormir, cubiertos, un cazo, una taza de metal, una linterna y, sobre todo, un montón de comida. Oreos y cacahuetes. Joder.

Me he sentado junto a su sepulcro y le he dado las gracias. He devorado unas cuantas galletas y la vida, en su máxima expresión, ha vuelto a recorrer mi cuerpo. Al notar el sabor dulce, el ánimo ha retornado desatado. Los problemas mentales se han esfumado. Ahora soy solo papilas gustativas y azúcares. Me han dado ganas de exhumarla y darle un abrazo, pero me he contenido, pues la morbosidad me ha parecido enfermiza. Le he decorado la tumba con ramos de flores que he recogido por los alrededores. Me he esforzado, pues su legado no es para menos. He buscado una piedra lisa y he dibujado en ella, lo mejor que he podido, su rostro sublime. He escrito al pie «En memoria de la diosa más bella». La lápida ha quedado muy bien a la cabecera de la tumba. La he llamado «María», y lo he dejado escrito para que si algún otro ser humano encuentra este túmulo alguna vez, el nombre le recuerde que esta María sí realizó un milagro una vez, alumbrándome la vida de nuevo, el milagro de devolver la vida a otro ser humano que hacía equilibrios en los abismos del hambre y la locura.

La ropa me viene algo ajustada. Ridículamente pequeña para ser concreto, pero qué sensación tan acogedora me ha provocado. Sobre la piel callosa, sucia y llena de pupas ha sido una caricia plumífera. Me ha emocionado el recuerdo de la muchacha flotando en el agua y me ha evocado recuerdos felices, los que seguro que debió haber acumulado a miles. El aroma a limpio y la esencia que desprendían las prendas ¿Por qué es tan suave la ropa de mujer?

Le he tenido que cortar la punta a las botas de montaña que calzaba y he tenido que cortar un trozo de los laterales para que la zapatilla no me reventara los pies. Qué pies tan diminutos tenía. Mis dedos asoman por la puntera en número de nueve. (El meñique se quedó también en su mausoleo de la montaña). Las bragas son muy cómodas; los calcetines, algo escasos; los pantalones, muy cortos, pero se agradecen en verano. La camiseta es sedosa y ancha, muy agradable. El resto de la ropa (camisetas, chaqueta, calcetines, pantalones y bikini) los he guardado en la mochila. He calentado una sopa en el cazo y me la he comido con una cuchara. ¡Una cuchara! Después, me he comido una manzana un poco pocha.

Tras un breve descanso y una siesta incómoda, he decidido proseguir.

Es de noche, pero el camino se aprecia claramente. La luna lo ilumina y el incendio lo hace acogedor. He decidido, siempre que me sea posible, caminar por la noche y cobijarme durante el día. He intentado no hacerme demasiadas preguntas, pues la fertilidad de mi mente se ha multiplicado por mil millones desde que me he emboscado. Pero no creo que la chica se haya ahogado en un pilar de cuarenta centímetros de profundidad mientras admiraba su reflejo. Tenía marcas en el cuello, y junto a ella flotaban numerosos cabellos arrancados. He querido obviarlo, pero no he podido hacerlo; el subconsciente es un hijo de puta muy cruel.

Hay supervivientes, la chica es una prueba. Sigue habiendo humanos. Y ya se sabe lo que hacen los humanos, la chica es una prueba.

Diario 39

El mundo es crepuscular a mi espalda; parece una puesta de sol perpetua. Avanzo sobre el camino. Tras de mí el fuego sigue devorando el bosque. Me he distanciado bastante. El humo, los restos de la vida que me albergó, me siguen despacio, cansados. Creo que han desistido, desanimados, derrotados por el proceso más devastador que hay. Al final, deben de haber aceptado que yo nunca fui parte de ellos. Qué tristeza tan inmensa debe de ser confiar en quien no debes y acabar pagándolo. El bosque sigue estando, sigue estando allí, rodeando al fuego, amamantándolo. Sigue estando hasta que no pueda más y ya no quede nada. La inquebrantable voluntad del fuego está venciendo a la solemne estoicidad del bosque. Me siento como un mal hijo, un traidor al amor más sentido. Me siento como si hubiera quebrado la confianza del ser que más me ha querido y que más hizo por mí. El que me lo dio todo. Ahora, en la decadencia, en su decrepitud, cojo el camino y reclamo mi libertad. Busco mi futuro. La vida es así, cada uno la vive a su manera. Hay momentos en los que uno tiene que elegir, alzar el vuelo, abandonar el nido y a la esposa queda viuda, a los

hijos huérfanos y a los padres desolados. Inconsolables todos en el sinsentido del egoísmo. «Debo vivir mi vida alejado de ti, ahora que te estás muriendo y no tengo el coraje para poder hacer nada más. No puedo hacerme cargo».

Soy un ser inmundo. Un ser humano inmundo. Un ser humano inmundo que debería morir. Debería arder con mi amor, y que todos los pecados, apilados en una fila interminable que traspasaría las fronteras del planeta, me aplastaran como el gusano rastrero que soy. Mis expiaciones me aferrarán por la cabeza y me dejarán caer por una cristalera mil veces. Siempre y a todas horas me arrancarán, como si de vísceras se tratase, la vergüenza que acarreo, y la tenderán como una sábana sucia para que las lave a mano sobre una poza de lava. Deberían desollarme y cubrirme con espino, bañarme en limón y sal. Deberían enterrarme en cal viva, para que mis restos se consumaran rápido y no quedase memoria de mí en este mundo.

Cada paso que doy dejo atrás el cadáver más bello del mundo, y caen sobre mí más culpas. Sigo adelante con la única esperanza de encontrar a Florinda y pagar algún día por todo. Desde la cuerda de las montañas, subiendo y bajando en la noche, la oscuridad me rodea por dentro y por fuera. Cada paso que avanzo soy menos bosque y más humano.

Diario 40

Debo de haber caminado muchos kilómetros ya. No he encontrado a ningún otro ser humano, vivo o muerto. He visto algunos carteles oxidados y algunas maderas podridas donde se sostienen las indicaciones del camino. Muchas se han perdido o han sido reclamadas por el bosque. Llevo seis noches caminando desde que encontré a María muerta en el pilar. He dormido en cuevas y grutas y, una noche, sobre un árbol, emparanoiado con que me iba a atacar una fiera vengativa. Creo que no me pueden quedar más de diez o doce días para llegar a Tagartera. He ido racionando la comida, y el agua no ha sido problema, en la sierra abunda. Un día encontré un refugio. Era una plataforma de metal con tres paredes de madera y un tejado de contrachapado. Era muy antiguo y estaba descuidado. No me quedé allí, me pareció muy inseguro y demasiado *humano*.

El bosque está silencioso. Supongo que soporta un doloroso duelo. Anegado de fuego, infectado de combustión se consume más cada día. Todos los elementos se han conjugado para acabar con el precioso tesoro verde que las montañas protegían. Los rayos caen en la distancia desde los nubarro-

nes oscuros y encienden nuevos fuegos que se suman a esta barbarie. El viento azota y reaviva las llamas y las ascuas, las oxigena y las encumbra al trono de la devastación, las mueve de un lugar a otro para que ni las cenizas descansen en paz. El calor, sofocante, arranca la escasa humedad de las plantas y los árboles, y bajo su imperio, extiende una alfombra dorada que propicia el camino del fuego, para que a su paso no se tizne los pies. Todos los animales han desaparecido, han quedado solamente los seres vivos que no pueden huir. Los oigo gritar. Deben de estar muy asustados.

El tiempo pasa de forma diferente para los árboles. Llevan aquí mucho tiempo. Algunos, siglos. Otros son jovenzuelos, apenas tallos que se estiran para dejarse ver y, aun así, cuentan con decenios. Pero hay algunos, de troncos vastos y nudosos, que se retuercen sobre sí mismos, encorvados, que deben tener milenios. Yo apenas llevo unas décadas calamitosas por el mundo, y no pienso en otra cosa que en la muerte. ¿Qué debe sentir un ser que ha vivido milenios y sabe que va a morir? Seres que, por longevidad, se piensan cercanos a la inmortalidad. Cuando encuentro alguno, me detengo un momento a hablar con él. Acaricio la corteza intentando comunicarme y sentir el tiempo que acumula en su tejido. Le deseo suerte y le doy ánimo. «Todo va a salir bien». Pero el árbol no es tonto, sabe que es un consuelo vano y superfluo. En esos momentos, igual que yo quise ser bosque, él querrá ser humano. No se lo aconsejo, mejor raposa o garduña. Mejor rata. No tiene mayor importancia para él; mejor cualquier cosa que estar enraizado en estas tierras condenadas.

Diario 41

El camino se endurece. El sendero está perdido en una maraña de ramas y matorrales que se han apropiado de él. En un par de ocasiones me he perdido. He acabado llegando a pasos rocosos impracticables en la noche. Los días pasan parsimoniosos. El bosque está disgustado conmigo; no me dirige la palabra, y no me extraña. Intento pasar los días sin pensar demasiado en todo lo que ha sucedido. Camino y camino. He hecho varios descansos largos. A pesar de que he mejorado mi forma física, los pies me arden y las rodillas me están matando. Los descensos son lo que peor llevo. A veces siento como que la tibia y el peroné van a salir disparados por la rodilla.

He cruzado algunos paisajes memorables, dignos de Cole. Me he sentido como *el viajero sobre el mar de niebla*. La bruma cubría todo lo visible por las mañanas cuando buscaba cobijo para desaparecer de la vista del mundo. Las nubes muchos días están bajas, algo opresivas. Recorro las cimas de las montañas y de los cerros, como un dios antiguo caminaría sobre el Olimpo, y a pesar de mis cansadas piernas, se extiende bajo mis pies un mundo algodonoso y evocador, sencillo en su grandiosidad.

Me embarga la melancolía del paisaje. Me entristece, en cierto modo; la mayoría de la gente no habrá podido ver en su vida la belleza desatada de este mundo. La mayoría de la gente, que ahora me imagino enterrados a cientos en fosas, imágenes esperpénticas, se han arrastrado toda su vida por las calles cenagosas de las ciudades, entre humos, ajetreo, prisas y soledad. Me imagino a alguien muerto, sentado en la taza del váter. Allí le sobrevino la muerte, indigno, inclinado hacia atrás con los brazos lánguidos y la boca desencajada. Una mujer entre dos bancos de una iglesia, o una sinagoga u otro templo, tirada de cualquier modo, habría estado buscando consuelo en el dios que fracasó. Hospitales desolados, vacíos en apariencia; el reino de moscas que devoran los cientos de cadáveres que se hacinan en salas abandonadas. Una chica, yaciendo con la cara sobre una reja de alcantarilla. Las ratas le han devorado el rostro en las luces de los barrotes. Las calles albergan multitudes, cadáveres que acabaron inmersos en la locura violenta del saqueo y la revolución. ¿De qué valen ahora las moles de hormigón y acero? ¿De qué valen las ideologías políticas? ¿Para qué los millones de metros cuadrados de asfalto y las calles atestadas de luces y ostentosidad? ¿Cuánto poderío y cuántas armas necesitábamos? ¿De qué ha servido toda esta ambición? ¿De qué cojones vale la defensa férrea de los valores de consumo o de la redistribución de bienes? ¿Para qué tanto poder y tanta ficción? ¿Para qué coño quisimos aparentar que éramos felices cuando chapoteábamos en los lodazales del inconformismo? ¿Hasta dónde pudo corrompernos el deseo? El oprobio a la propia existencia.

Las nubes seguirán fluyendo junto a las montañas y se quedarán formando gotitas traslucidas en las hojas de la hierba.

Diario 42

He dado con una casa de madera. Estaba atravesando el bosque por un declive del terreno cuando, de repente, aparecí en medio de un carril. Siendo sincero, me aterrorizó el brusco retorno a la civilización. Me encontré en medio del camino con una casa estilo nórdico plantada en un claro.

Enseguida volví a cobijarme entre los claroscuros del bosque. Observé la casa, inquieto. La vivienda era preciosa, rodeada de grandes árboles (sauces, pinos y robles). La casa se sustenta sobre una superficie de piedra rodeada de espléndidos rosales. Las escaleras ascendían hasta un porche donde una mecedora se mecía con la brisa. La puerta estaba entreabierta y se podía atisbar un pasillo con un perchero y una chaqueta colgada. He permanecido al acecho, vigilante durante todo el día, y solo el viento ha entrado y salido de la casa. Pero no me fio. ¿Quién se dejaría la puerta de la casa abierta? Es posible que aquí rijan otras leyes diferentes a los miedos opresivos que gobiernan las ciudades y la vida moderna. No hay ningún vehículo a la vista; puede que el dueño haya salido a por provisiones al pueblo más cercano. Puede que no tenga vehículo. Puede que alguien haya forzado la puerta. Puede que haya huido o muerto.

He hecho noche agazapado entre matorrales. Me he mantenido despierto buena parte de la madrugada. No he visto luces ni fuego ni humo. No he escuchado ruidos o cortinas moverse. Cero signos de vida. Puertas abrirse o cerrarse. Nada. Me quedé dormido avanzada ya la noche. Por la mañana, desperté con un ruido. Era un cervatillo. Ha estado un rato asomado a la linde de la floresta, atento a los ruidos y los olores. Se ha acercado tímido hasta las escaleras y ha estado olfateando con curiosidad. No debe de haber nadie. El ciervo se ha acercado a los rosales y, tranquilamente, ha desayunado. Al ver la tranquilidad con la que se comportaba el animal, no precisamente reconocido por su audacia, he decidido acercarme a la casa.

Al verme, el animal ha escapado en dos brincos entre los matorrales. Era precioso.

He subido las escaleras y he tocado la puerta.

—Hola —he saludado vacilante—. ¿Hay alguien? —he preguntado, subiendo el volumen.

Al no obtener respuesta, me he aventurado a entrar. Me ha asaltado la idea de que el propietario pudiera haberme visto ayer y estuviera apostado, esperándome, sentado en un sillón, con una escopeta de cartuchos cargada apuntando a la puerta. Esta idea me ha paralizado; ha dejado mi sistema nervioso colapsado. Arrastrando los pies como si el suelo de la casa estuviera a punto de abrirse como el hielo fino, fusionadas las botas a la madera cada vez que alzaba un pie, me he adentrado hasta una puerta que había a la izquierda.

Asomar la cabeza por ella ha sido el acto más osado que he realizado en mi vida. He apretado los dientes y, con los ojos como cuchilladas, anticipando el estruendo de la detonación y los perdigones perforando mi cráneo, he asomado la cara al otro lado del marco al borde del llanto, para no ver nada más que muebles rústicos y paredes atestadas de fotos en tonos sepia. Bueno, una habitación bastante acogedora, repleta

de objetos antiguos, de pieles y tapices. Había una cabeza de jabalí, a modo de trofeo, sobre la chimenea de piedra. El resto eran butacas y mesas hechas a mano. Algunos libros y utensilios que no reconozco. Al fondo del pasillo hay otra habitación, es una cocina. No hay electricidad en ninguna de las estancias. Hay una puerta trasera al fondo de la cocina que da a un espléndido patio natural en el que destaca, al final del claro, junto al bosque, una letrina de tablas construida a la antigua usanza. He bajado al patio y la sangre se me ha helado. Hay un naranjo junto a la ventana de la cocina. Las naranjas están casi todas en el suelo, y junto a ellas hay un montículo de arena rematado con una cruz de madera. La tierra está fresca. No debe de llevar mucho tiempo allí quien sea que se haya ido a vivir al subsuelo con las lombrices. He removido un poco la tierra y he encontrado una bota. Efectivamente, hay alguien allí durmiendo. Me he puesto en guardia inmediatamente. Lo primero que me ha venido a la mente ha sido la muchacha María, ahogada en el minúsculo pilar. Puede que el desgraciado que ha matado y enterrado al pobre hombre siga por aquí. He entrado a la casa y he subido a la primera planta revisando las habitaciones. La cabaña, antes una idílica vivienda oculta en el bosque, es ahora una pavorosa casa maldita, llena de sombras, recovecos y crujidos. Me asaltan las imágenes de puertas abriéndose, espejos con extraños reflejos o fugaces figuras desvaneciéndose al final del pasillo. Joder, qué miedo.

Hay un dormitorio y un trastero. El hombre debía de vivir como un anacoreta, un minimalista frugal y refugiado, con lo mínimo posible. No hay armas y apenas hay ropa. Le he cogido prestadas algunas prendas más adecuadas a mi representación de mí mismo que las que visto ahora.

He estado vigilando por las ventanas, aterrado por si veía aparecer a alguien. Todas las sombras me parecían sospechosas, y todas las brisas, amenazantes. He estado un buen rato espe-

rando señales de la presencia del asesino, pero no he visto más que mis propias huellas saliendo del bosque. Quizá lo haya enterrado su propia esposa y después se haya marchado en busca de sus hijos, con la esperanza de encontrarlos aún vivos en alguna ciudad, renegando de sus padres y de su forma de vida paleta en las montañas. O puede que algún amigo lo encontrara muerto de un infarto o un ictus, uno de esos que se dedica a cazar animales y vender las pieles, que caminan espatarrados con el sombrero encajado hasta las sienes y llevan una barba de dos palmos, tiesa como el cartón. Lo enterró y siguió su vida, comprendiendo que el hombre, en un sentido material y práctico, ha pasado al estado de alimento para bacterias.

En la casa no hay armas, pero hay mucha comida. Este hombre debía de ser muy previsor. Quizá era uno de esos locos que siempre se preparó para el fin del mundo, estudiando técnicas de supervivencia: caza, pesca, almacenamiento de comida imperecedera, combustible y leña, máscaras de gas, penicilina y medicamentos, depuración de agua, sombreros de papel metálico para repeler las ondas de control mental de los extraterrestres o cebos para zombis, yodo para la radioactividad… Y cuando llegó el fin del mundo se lo llevo con él. Es tan irónico que me ha hecho soltar un par de carcajadas.

He devorado varias latas de comida de la alacena del muerto. Albóndigas, sardinas, espaguetis a la boloñesa. He cargado la mochila de María con víveres. He encontrado una botella de *whisky*. Me he tragado media de una vez. Joder, cuánto tiempo hacía. La tensión me ha recorrido como un latigazo desde la garganta al estómago, me ha dado un puñetazo y me ha electrificado hasta las pelotas. Los vapores han subido ardientes y el sopor me ha embotado los sentidos al instante. Las viejas costumbres nunca se olvidan. Los viejos placeres son lo puto mejor. Se lo he agradecido junto a la tumba: he derramado un sorbito miserable; a él ya no le va a hacer falta. He escrito en

la cruz el nombre de «Antonio». El muerto Antonio. Me ha parecido que debía llamarse así.

Al atravesar el pasillo, me ha llamado la atención un mapa antiguo enmarcado junto a las escaleras, al que antes no había prestado atención. Era un plano ruinoso, dibujado sobre papel pergamino, ajado por el tiempo. Aparecía parte de la Sierra Azabache con triangulitos que representaban las montañas y varios caminos trazados en líneas discontinuas. Junto a las zonas de ribera, marcadas con trazos gruesos y azulados que se ramificaban, se situaba el nombre de varios molinos, probablemente ya desaparecidos. He identificado un pequeño claro donde aparecía una casita dibujada: «Cortijo Pozo Chico», había escrito alguien con una caligrafía exquisita. He identificado el lugar. Es esta casa. Antes debió de haber algún cortijo que explotaba ganado caprino u ovejas. Sí, coincidía el camino, y la forma del claro e incluso la ubicación de la casa, pero lo que me ha elevado el ánimo ha sido que por detrás de la casa dibujaba un sendero. «Camino del Rey», rotulaba, y poco más allá, como a cuatro o cinco centímetros del cortijo Pozo Chico, se situaba Tagartera, mi destino. He supuesto que no deben de ser más de tres o cuatro kilómetros. Cinco o seis a lo sumo, vista la escala algo burda del mapa. He cargado todo en la mochila de María y sin demora he iniciado el camino hasta mi pueblo.

Los nervios me consumen. ¿Qué habrá sido de Florinda? ¿Habrá sobrevivido alguien? He animado el espíritu con un sorbito de *whisky*.

Diario 43

Se me ha hecho de noche por el camino. Una voz estentórea repite en mi cabeza una y otra vez que todo está acabado. Es tan real como el aire que respiro. Me aterra que sepa algo que yo no sé. ¿Qué quiere? ¿Es mi conciencia? ¿Yo? ¿Otro yo?

Conforme avanzo por el camino, el bosque va aclarando. La Sierra Azabache comienza geográficamente justo a los pies de Tagartera. Remontando las suaves colinas que se suceden cada vez mensos abruptas, intento ver algo de claridad reflejada hacia el sur, signo inequívoco de la actividad humana. En las noches, una cúpula de luz mortecina cubre el cielo sobre los municipios. No he podido encontrar esa cúpula blanquecina, pero he seguido avanzando. El olor a salitre y algas muertas ya empieza a dominar el aire. He visto algún que otro pajarraco de mar; el litoral está próximo. Mi pueblo debe de estar a pocas cimas. El terreno se me hace cercano y amigable. Aunque sea en tonos azul oscuro y negro, las formas me son reconocibles.

He parado a descansar y me he quedado dormido. Tengo la sensación de que algún yo no quiere del todo acabar con esta aventura. Una parte de mí me dice que me vuelva al bosque

—lo que quede de él— y que allí me acurruque y escuche a la hierba tumbado bajo una encina y espere un ajusticiamiento. Otra parte teme encontrar un pueblo desierto, con cadáveres medio desenterrados por los zorros y los jabalíes. Otra, ansía ver a Florinda recibiéndome con los brazos abiertos. Sueño, en los telares de los pensamientos anticuados, que siga esperándome desvalida, ansiosa de ser rescatada.

Temo que esta peste moderna haya arrasado los cuerpos y la carne y solo queden cruces y casas desiertas. Sobre todo, temo no encontrar a Florinda o, peor si cabe, encontrarla tumbada sobre un colchón asqueroso, lleno de fluidos corporales y con su cuerpo tieso, momificado, seco, con la boca abierta, las encías retraídas y los ojos vacíos.

¿Y si los paisanos se han convertido en una horda de salvajes? Podrían haber enloquecido. No es descabellado, el ser humano está siempre a un traspié de la barbarie, y este tropezón no ha sido cosa menuda. Medio dormido, ensoñado, puedo ver las caras curtidas de los marinos y los agricultores, agazapados en las esquinas a la espera de una presa. Imagino a los pastores y a los cazadores, a los desalmados y a los indiferentes. Quizá un vecino malquerido o una jovenzuela deseada. El ser humano es una pestilencia engreída, perversa y abominable, que ha desarrollado y se ha ejercitado en las mayores barbaries que se puedan imaginar. ¿Violar a una niña? Lo más seguro. ¿Asesinar al prójimo? Inevitable ¿Abandonar a los ancianos? Previsible ¿Canibalismo? Probablemente.

No me quito esas imágenes de la cabeza. El viaje está a punto de finalizar, y algo me dice que no lo haga, me repele y me ancla a mi pasado reciente. Le he pedido perdón mil veces al bosque, pero lo temo también. No sé si será capaz de perdonarme alguna vez. Es un padre comprensivo y cariñoso, duro y justo también. Le he hecho mucho daño y espero que, como siempre hacen los padres, olvide en un rincón oscuro

el dolor del corazón y lo deje cicatrizar. Pero seguramente es demasiado pronto.

Me he despertado al amanecer y he reemprendido el camino. Los últimos pinos y encinas dejan paso al bosque bajo. Los lentiscos, las ortigas, las albaidas y las retamas dominan ahora el paisaje sujetando la tierra amarillenta que avanza en tajos de arado de donde emergen, domesticados, los almendros y los olivos. El escenario se ha vuelto seco y escaso, miserable. Ya puedo divisar la vieja fábrica de triturados. A su alrededor se extiende una planicie blanca que contamina todos los árboles y bancales cercanos. Se deposita sobre ellos una fina capa de polvo marmóreo que los asfixia y los entristece. Hasta allí me conduce el antiguo camino del cartero. Una senda que antaño se usó para comunicar pueblos vecinos y que ahora es un paso para los animales libres. El camino atraviesa los terrenos por donde ahora se alza el templo de la industria, y se estampa contra una valla metálica que advierte «Propiedad privada. Peligro de aplastamiento».

He saltado la valla. La fábrica está desierta. La capa de polvo blanco permanece incorrupta y solo en algunas partes se avistan pisadas de pájaros, que a saber qué buscaban en este páramo desolado. El sol se refleja sobre las superficies blancas que han conquistado todo en la fábrica: los silos, las naves, los almacenes, las oficinas, los tejados, el suelo… Todo.

A mi alrededor, como para aquellos hombres al pisar la luna, se elevaba una capa de polvo con cada paso y quedaban tras de mí las huellas de mis botines, testimonio triste y efímero de mi paso por la tierra. He escapado de esta tierra desolada saltando la verja de la entrada. He caminado hasta la carretera cercana que conduce al pueblo. Hay un perro muerto en la cuneta; está medio podrido. Un puente atraviesa una rambla y después el asfalto avanza, entre irregularidades y baches durante unos doscientos metros hasta que gira a la derecha. Un desmonte,

tajado en la ladera de un cerro, esconde Tagartera. El corazón se me ha disparado. Tras ese cerro podré ver el puente y la gasolinera que dan inicio al pueblo.

He llegado al puente. A la derecha están los surtidores y el bar. Esperaba encontrar las cunetas llenas de forraje. Esperaba que las plantas hubieran comenzado a conquistar lo que les es suyo por derecho, pero no ha sido así: las plantas permanecen en los lindes, educadas por el hombre, maltratadas y contenidas. De la puerta del bar ha salido un hombre vestido de azul. Me ha parecido un policía. Se ha puesto unas gafas de sol y se ha tambaleado, como el capitán de un bergantín en medio de un ciclón, hasta la pintura discontinua de la travesía. Me he quedado de piedra. He reconocido en ese mameluco tripón al mismísimo Esteban Carrizo, sargento de la policía local de Tagartera, para mayor gloria del cuerpo. Ha avanzado unos pasos espatarrado con los pulgares enganchados en el cinto del uniforme.

—Un momento, amigo —ha dicho alzando una mano y posando la otra en la empuñadura del arma reglamentaria.

Me ha sorprendido su arrojo, dado su fama de estúpido y cobarde. Es posible que el estado de caos sobrevenido por la pandemia lo haya vuelto más sensible a los desconocidos. Lo comprendo, mi aspecto debe ser terrible, con la barba y los pelos deshilachados, empolvados y adornados de hojas y acículas. Mi olor no debe favorecer la confianza. Para mí es inapreciable, pero comprendo que para otro ser humano, en apariencia acicalado, debe ser, cuanto menos, repugnante.

—¿Se puede identificar? —ha preguntado el sargento con autoridad.

—No tengo documentación. ¿Qué ha sido de todo el mundo?

—¿Que qué ha sido de todo el mundo? —Ha mirado a su alrededor, comprobando que todo estaba en su sitio—. No lo entiendo. ¿Ha consumido drogas?

—¿No me reconoce? Soy Paerl —he afirmado mientras dejaba caer mis pertrechos al suelo y me mostraba como un pavo.

—¡No me jodas, pagoda! —ha exclamado el agente. Se ha quitado las gafas y se ha acercado cauteloso con los ojos desencajados —. No me jodas. No me jodas, puta pagoda.

He mostrado una sonrisa amistosa, aunque debo asumir que el estado de mi dentadura debía de repeler hasta al trol más inmundo. Ha dado una vuelta a mí alrededor y ha escrutado mi indumentaria y mis aperos. Ha tocado el hacha con la punta del zapato y se ha alejado.

—¡Muchachos! —ha gritado sin perderme de vista.

Desde el bar de la gasolinera han surgido, en procesión circunspecta, una serie de madrugadores, laboristas y andrajos, que se han ordenado en pelotera discreta.

—¡Muchachos, un fantasma! —ha dicho el policía, señalándome. Los demás debían de haber estado escuchando la conversación, por supuesto, pues nadie preguntó de qué fantasma se trataba, sino que siguieron, como una colonia de mochuelos, el hilo de la escena que el sargento representaba.

—Evaristo, llama a su padre —ha ordenado el policía, sobrado de rango.

Un esquife, ataviado con una camiseta de tirantes, pantalones como velas y sandalias de cuero voló con premura, atravesó la puerta de aluminio del local y volvió con un teléfono móvil ancestral. Marcó un número y le cedió el aparato al policía.

—Manuel. —Hubo un silencio—. Soy Esteban. ¡Esteban, joder! El sargento. Sí. Tu hijo (creo que es tu hijo) está aquí.

Entretanto, los avezados observadores, espectadores de excepción, mochuelos intrigados, permanecían atentos al desenlace del acto. Parpadeaban o daban caladas a sus cigarrillos liados. Al unísono, melodiosos, se desplazaban como orgánulos compatibles en el plano de la acción con los oídos puestos en cada

suspiro y en cada rodadura sobre el asfalto. Al fin, en ese silencio tenso, un motor revolucionado se dejó oír a lo lejos. Apareció entre la arboleda que limitaba la carretera un vehículo ranchera de color amarillo, destartalado y ruidoso, dejando una estela de humo negro impresionante. Rebasó un resalto en la carretera con un brinco quejumbroso y un tapacubos salió disparado.

Paralelo al coche le ha retado en velocidad y ha llegado a adelantarlo. Aquel hecho tan extraordinario hizo que las caras del grupúsculo se metamorfoseasen en rostros divertidos y bobalicones. El tapacubos ha seguido rodando por la gasolinera y ha acabado precipitándose entre los quitamiedos de la carretera, terraplén abajo, en dirección al río. Los espectadores rieron como primates. Reconocí enseguida la tartana que conducía mi padre. De copiloto iba mi madre. Se había dignado a venir. «Qué *gran* honor».

Bajaron del coche, perplejos ante la visión de su hijo tan desmejorado. Estaba delgado en extremo. Mi tez macilenta se debía en parte a las últimas jornadas de esfuerzos y en parte a la botella de *whisky* que me he pimplado hace unas horas, que ha devenido, tras la cabezada nocturna, en una leve resaca que suma agravios a mi rostro. La sorpresa de encontrar seres vivos también contribuyó a mi aspecto cansado y enfermizo.

Mi padre se acercó y, sin mediar palabra, me dio un fuerte abrazo. Mi madre y yo, manteniéndonos la mirada en duelo, conservamos la distancia. Se quedó a varios metros, tiesa como un ajo, restregándose las manos. Su cara era un dolor contenido, un desconsuelo hiriente.

Diario 44

Los adultos —me excluyo por inexperiencia— parlamentaron en corrillo. Sobre mí, imagino. Ocurrió que finalmente, sin más protocolo ni explicación, me subieron al coche patrulla y me llevaron a la comisaria, seguidos de mi padres en su tartana amarilla y de una cohorte de todoterrenos y coches destartalados, e incluso algún borrico que, trotón, perseguía a lo lejos, aunque retozón y alegre, a sus homónimos mecánicos.

Llegamos a la Plaza Mayor, lugar donde se desarrolla la mayor parte de la vida de Tagartera, si excluimos los prostíbulos, timbas y tabernas. De todas las casas y negocios brotaban ríos de gente expectantes. El ayuntamiento, con sus balcones atestados de funcionarios y trabajadores, parecía más el día grande del pregón que uno laborable. Engalanados con las banderas locales, comarcales, regionales, nacionales, continentales, etc. Semejaba una feria veraniega. Por la cortinilla metálica de la puerta principal, última defensa contra las moscas y otros insectos, apareció el alcalde. Joven y rutilante, un espécimen superior, creado y educado para el cargo desde su tierna infancia. Hijo del anterior alcalde, un gordo déspota esclavista y de

clase repulsiva, había heredado el puesto y había actualizado el nepotismo y los privilegios a los requisitos actuales. Todas las caras parecían haberse conservado como yo las recordaba. Apenas unas cuantas arrugas, algunas canas rizadas o siquiera alguna tonsura moderada.

Con su rostro ateniense esculpido en mármol, cuadrado y depredador, adelantado en falsa servidumbre, el alcalde sonreía con su boca de marfil. Mientras yo, como un Robinson anacrónico, me dejé saludar por mis paisanos; un renacido, un hijo recuperado. El alcalde se interesó por la situación y prometió apoyarnos si en algo nos hacía falta ante la muchedumbre expectante. La noticia de mi llegada había corrido como la pólvora, y yo aún no podía asimilar el hecho de que el milagro se hubiera obrado en mi pueblo. ¿Acaso la pandemia había pasado de largo? Observaba emocionado al gentío, para ver si podía distinguir el rostro perfecto de Florinda, pero la bruma de gente, atosigándome, me lo impidió.

Al entrar me sirvieron un café. Sabía cojonudo. No sé cómo saben unos cojones; es una manera de hablar. Me llevaron al despacho del sargento. Era una pocilga desordenada pero discreta. De las paredes colgaban algunas noticias donde él era el protagonista y alguna que otra mención o reconocimiento grabado en placas doradas o en forma de medalla de latón. Mis padres se sentaron en dos butacas de escay con la cabeza bien hundida, y el sargento Esteban en su sillón de cuero, como un *sheriff* de condado americano, repantigado e incrédulo.

—Primero —comenzó Esteban Carrizo—, ¿dónde coño te has metido todo este tiempo?

—¿Cómo está Florinda? —pregunté a modo de respuesta.

—¿Qué? ¿A qué coño viene ahora Florinda ni Florinda? —preguntó en un la agudo con resuelta incomodidad.

—La hija de Mariano y Azahar —aclaró mi madre con la voz caída.

—¿Cómo está? ¿Puedo verla? —insistí.

—Joder, muchacho. —Hizo una pausa cargante—. A su debido tiempo.

Se miraron entre ellos. Mi madre negaba con la cabeza. Maldita sea ella y toda su estirpe (entre los que me encuentro yo, maldito, sin duda). La cara de concentración absoluta del sargento me puso sobre aviso. ¿Qué escondía aquella terna?

—Florinda está bien —me tranquilizó el sargento sacando la conversación.

—¿Cómo ha sobrevivido todo el mundo a la pandemia? —pregunté, cambiando de tema, advertido de que Florinda era roca pura.

—Deberías contestar tú a las preguntas, pero te resumo, que ya que veo que no estás al tanto: aquí apenas tuvo incidencia; somos un pueblo muy aislado de todo. Apenas hay comercio, la industria es nula, los turistas llegan por error y los marineros y demás pendencieros los expulsan con sus peleas y exabruptos. Hostia, somos como un repelente de prosperidad.

»Pero ha sido una suerte. Hace casi un año empezaron a vacunar a la población con nuevas pautas que controlaron las mutaciones, y el resultado ha sido excelente. Desde tu desaparición, la pandemia fue menguando con rapidez, y hoy la vida se ha normalizado, si es que hay algo normal en Tagartera. ¿Te vale?

Asentí con la cabeza.

—Bien, pues ahora responde tú. ¿Dónde has estado?

—En el bosque.

Les conté mis peripecias y aventuras. No daban crédito. Durante un largo rato les estuve narrando lo que había estado haciendo allí perdido. Algunos de mis desvaríos los oculté para no alarmarlos y que me tomaran por desquiciado. Les dije, en tono de broma, que quizá escribiera un libro a partir de mi diario. Así podrían conocer de primera mano todo lo que me había sucedido. Ya bien entrada la tarde me dejaron descansar.

El sargento se quedó mis pertrechos. Volví a casa de mis padres con una sensación de regresión a la infancia, como si de nuevo tuviera trece años y hubiera hecho alguna trastada.

Su silencio escondía alguna decepción y reprobaciones. Muchas decepciones y muchísimas reprobaciones. Me establecí en mi antigua habitación de la segunda planta. Permanecía tal cual la había dejado hacía ya muchos años.

Diario 45

No comí mucho. El cuerpo se me había acostumbrado a la escasez, y cualquier mera abundancia me era exagerada. Durante la cena apenas hablamos; no parecía que tuviéramos mucho que decirnos. Sorbí la sopa de carne con cierto hastío. Mi padre parecía algo azorado. No encontraba yo ese ánimo que brota del corazón cuando uno encuentra a los seres queridos. Me encontraba desubicado, extraño en el hogar. La tensión era evidente. Nunca he sido un buen hijo. Me corrijo: he sido un hijo terrible. Una persona deleznable la mayor parte de mi vida. Caprichoso e irritable en la infancia. Desprendido e indiferente en la adolescencia. Indomable y débil en la juventud. Perdido e inútil en la madurez. No esperaba un recibimiento con banda musical, ni fanfarrias y confeti, pero tampoco esta parsimoniosa indolencia. Si bien la misma causa en mí también genera desapego y mi cabeza está solo en Florinda.

—Quiero verla —dije con la cabeza inclinada y la vista baja, fija en el reflejo de la lámpara sobre la superficie esmaltada del plato.

El *clic*, *clac* del reloj se paseó por la habitación como único símbolo del paso de las cosas. Hasta la luz pareció detenerse en el brillo de los azulejos y las esquinas barnizadas de los muebles.

—No deberías. No creo que sea buena idea —respondió calmado mi padre. Dio un sorbo ruidoso al líquido de la cuchara y suspiró amargamente.

—No os pido permiso. He dicho que quiero verla —dije, mirando directamente la calva refulgente de mi padre, que había apartado la vista para no enfrentarse a mí.

Mi madre —así la sigo llamando pero no lo siento— siempre ha sido una mujer temperamental, pero por algún motivo que se me escapó, ni siquiera ella pudo reprimir las lágrimas. Noté entonces, con una duda en el corazón, que sufría por mí. Pero nunca he encontrado la grieta por donde observar su interior. Ella y yo somos como especies diferentes y enfrentadas.

—Se acabó, ¿me entiendes? Deja a esa chica. ¡Se acabó! —dijo con la rabia reflejada en su cara. Me asombraron sus formas tajantes, pero me cargué de valor e inicié la misma guerra infinita de siempre.

—Nada se acaba hasta que se acaba —repliqué con torpeza, intentando ganar tiempo.

—Sé razonable, hijo —suplicó mi padre con cara angustiada.

—Se acabó. Olvida a esa chica. No vamos a pasar otra vez por lo mismo —berreó mi madre, al otro lado de la línea de la histeria.

Acorralado, contrariado, iracundo me levanté volcando la mesa. Los platos saltaron por los aires, derramando la sopa por todos lados. Los cubiertos tintinearon sobre el suelo de mármol gris. Me desconsoló ver a mi padre impasible, con el cráneo empapado de sopa y los escasos mechones de pelo llenos de fideos colgando flácidos, adheridos a los lados de su cabeza. Mi madre se puso en pie. En su rostro se reflejó el miedo. En ese momento, me creí capaz de agredirles. Me partió el corazón.

Sé que soy un ser horrible, siempre lo he sido y siempre lo seré, pero eso ya era demasiado. Soy incapaz de matar a una mosca. «¿Qué me está pasando?»

Avergonzado, me marché de la cocina sin respirar siquiera.

—Salvaje —susurró mi madre mientras cruzaba la puerta.

Le otorgué el derecho a la última palabra.

No le faltaba razón. Creo que ahora soy un ser salvaje.

Diario 46

Al día siguiente desperté todavía apesadumbrado. Me había intentado masturbar durante toda la noche para aislar las conversaciones recurrentes que se repetían en mi cabeza, pero había sido incapaz de iniciar una erección. La picha descansaba como un moco de pavo entre los cinco dedos de mi mano derecha.

Había quedado con el sargento Esteban Carrizo en la comisaría. Decía que tenía que decirme algo.

Había dormido sobre nubes; sin embargo, hasta esto me resultaba extraño. La cama era mullida y cómoda, pero echaba en falta las irregularidades del terreno, la dureza de mi refugio en la sierra, el calor de la lumbre en mis pies, el olor a humo, el aire puro de la mañana, los insectos tocándome los cojones. Desnudo ante el espejo del baño, mi reflejo era el de un ser demacrado y enjuto. Los músculos se marcaban como trenzas apretadas bajo la piel quemada por el sol. Me afeité la barba y me corté el pelo. La cara se dividió en dos tonos: el bronceado extremo de la parte superior y la blancura lívida de la piel que había estado cubierta por la barba. Me hizo gracia; parecía uno de esos gatos callejeros de varios colores. Me duché. Ríos de

roña fluyeron desde mi cuerpo, tiñendo el plato de ducha de un color pardo oscuro y dejando una capa de cieno al terminar. Algunos parásitos debían de quedar todavía en el cuerpo, pues los vi escurrirse por el desagüe entre remolinos de agua sucia. Me arranqué una garrapata de la ingle. Allí había encontrado un hogar cómodo y calentito, pero anulé su contrato de alquiler unilateralmente. La apreté con la uña, y el animal estalló en una burbuja de sangre.

Me vestí con unos vaqueros y una camiseta blanca. Hecho un pincel, para lo que venía siendo hasta ahora. Mi sombra se paseaba por las paredes de la habitación como un joven Clint Eastwood en las viejas películas del Oeste. Bajé las escaleras al trote y pasé por la cocina para coger algo para desayunar. Aún sentía la vergüenza fuertemente agarrada en el pecho por mi comportamiento de la noche anterior. La cocina estaba de nuevo en orden. Supongo que había pasado ese *duende* que solo los necios saben invocar y que hace que las cosas vuelvan a colocarse en su sitio: que los pelos desaparezcan de las bañeras, las camas se hagan, los restos de mierda desaparezcan de la taza del váter y los platos se frieguen. Cogí un cuscurro de pan y escapé por el pasillo donde destacaban las fotos de la boda de mis padres y de mi comunión, entre otras con personas que nunca me había preocupado de averiguar quiénes eran.

Enfilando la puerta me encontré con mi madre y su rostro hirsuto. Con las manos enlazadas sobre el abdomen y la barbilla alta me preguntó:

—¿A dónde crees que vas?

—He quedado con la policía.

—A mí ya me da igual. La vergüenza la he transformado en acero. Pero tu padre sufre, y no lo merece. Siempre te ha tratado bien. Te ha consentido. Te ha mimado. Ha hipotecado su honor y su salud. Y no merece este pago que le das.

Avancé cabizbajo sin responder nada, sabiendo la carga de verdad que arrojaban esas palabras. Las guardé en la superficie de la piel para no tenerlas lejos, seguro de que de algo me valdrían. Mi madre se apartó de mi camino, aunque sostuvo la cabeza altiva y la mirada de reprimenda. Crucé el umbral, y el sol, mi viejo amigo, llenó el mundo con su alegría y vitalidad. Anduve por las calles acelerado, buscando las menos transitadas; no quería interrogatorios civiles. En Tagartera las persianas tienen ojos, y las puertas, oídos. Los susurros, bajo las sombras de los voladizos, corrían electrificados a velocidades insuperables y se convertían en pandemia en pocas horas, infectando a la población con chismes, rumores e invenciones. Pasé junto a varias tiendas y al bar Blackened, que regentaba todavía la vetusta Madame Butterfly. Así se hacía llamar una mujer tan voluminosa como un planeta pequeño. Allí, los parroquianos, arremolinados en torno a la Madame, escuchaban las sórdidas historias que contaba, fumaban y se hurgaban las encías con palillos de dientes. Crucé espectral, pero los rumores aparecieron espontáneos de todos modos. Giré la esquina de la placeta desde la que se avistaba el mar precioso conjuntado con el cielo. Las gaviotas aparecían ingrávidas desde la muralla alta en busca de algún hurto menor. Tomé la callejuela de la derecha que conducía a otra calle más ancha que desembocaba en la Plaza Mayor. En los bajos de las casas había un par de bancos donde la gente esperaba a que les timaran. Había también un par de tiendas de alimentos. Junto a una de ellas, rodeada de un aura dorada (o al menos eso me pareció a mí), con unos *shorts* rojos y una camiseta blanca, balanceándose de una pierna a otra, con la belleza natural que solo lo natural puede concebir y crear, estaba Florinda, conversando con una mujer mayor que no se decidía sobre si entrar a la tienda o seguir dando la murga a mi joven amor.

A su alrededor, el aire chisporroteaba. Las partículas danzaban juguetonas impregnándose de su fragancia fresca. La

humedad se gasificaba generando alrededor de su cuerpo un clima propio y acogedor. ¿Cómo se podían describir esas piernas sino como los pilares que sustentan la gracia humana? ¿O esas caderas, como el objeto del deseo más desenfrenado? Todo en ella concordaba, se armonizaba y remataba con la personalidad más arrebatadora que haya conocido y la inteligencia y la gracia que se reservan para las diosas. Así era Florinda en su pura sencillez y así estaba: allí de pie, indiferente a que todo girase en torno a ella con sus propias leyes universales.

Recordé aquel primer verano, con catorce años, sentados en las sillas blancas de una terraza. Pasábamos las noches jugueteando con los sentimientos. Todos, chicos y chicas, bordeábamos la legalidad, tomándonos alguna cerveza o un poco de vino. Un cigarrillo o una calada de marihuana. Nos incitábamos, nos retábamos. Así, para final de verano, una noche fresca de agosto yo tonteaba con un hilo del pantalón entre los labios. Florinda me lo arrebató y se lo metió en la boca. Me extrañó. Yo estaba enamorado de ella, así que cualquier cosa me resultaba adorable. «Qué asco —dije con falsa repugnancia—, lo llevo hace media hora en la boca». Ella se acercó y me dio un beso en los labios. Noté su lengua atrevida pasearse por la mía. Temblé de emoción. Me excusé, inventándome que hacía frío esa noche. Pero no hacía frío, lo que hacía era una sensación de amor incontenible. La sensación más emocionante que nunca había sentido en mi vida.

Atragantado, torpe y embriagado de su esencia emprendí el paso, aturullado de preguntas, con las palabras sueltas en mi cerebro, incapaz de estructurar una frase. Al verme, ensanchó su sonrisa. El sol palideció ante ella, convertido en una bola opaca sin apenas brillo. Contenida y tímida, seguramente corrompida por las discusiones y peleas del pasado, aplastada por la incertidumbre de mi comportamiento, permaneció entusiasta y simpática, pero prudente.

—Hola —exhalé con todo mi amor desbordado.

—Hola, Paerl. ¿Cómo estás?

—Bien, bien —respondí, desarbolado por sus encantos—. Bueno, ya ves —dije, señalándome la cara con sus dos colores discordantes.

—Sí, tienes un aspecto muy extraño. Pero te sienta bien. Ja, ja, ja —rio alegre, como ella es en su nobleza e inocencia.

Se me habían olvidado todos los dolores y padecimientos, todas las dudas sobre el futuro o la vida. Junto a ella, en esos instantes que repetiría de por vida si pudiera, mi mente, preclara, resolvía todos los problemas que me acuciaban; convertían la humanidad en algo tolerable. Diría que ella humanizaba a la humanidad.

—Había pensado —comencé a decir con el cerebro repleto de optimistas planes— que…

Espontáneamente, apareció una niña rubia de cuatro o cinco años de detrás de una fuente, donde había estado jugando a los barquitos con hojas secas.

—Mamá —chirrió, tirando del pantalón de Florinda.

—Espera un momento, hija. Estoy hablando con un amigo.

—Parece un gato de dos colores —importunó la liendrecilla.

El mundo se plegó. Los radiantes rayos de sol que impregnaban las paredes blancas y las calles adoquinadas se tornaron sombras y penumbras. No comprendía qué estaba sucediendo. Mi garganta se había cerrado y hasta mi respiración se había cortado. Aturdido, noqueado, las palabras no significaban nada para mí. No entendía ese idioma. El momento asíncrono, la singularidad, la materia extraña que no debe ser de esta dimensión, había trucado el devenir y lo habían transformado en algo ininteligible para mí.

—¡Ay, qué grande esta ya! —atiné a comprender en la lejanía, encerrado en la vasija de la maldición.

La mujer mayor que permanecía en la puerta de la tienda se pronunció:

—¿Qué tiene ya, cuatro años? —preguntó, pellizcando el moflete rosado de la chiquilla.

—Va para cinco, sí —aclaró Florinda.

—Va para cinco —balbucí—. Para cinco va.

—Mamá, este señor da un poco de miedo.

Las tinieblas se habían apoderado de mí. ¿Cómo era posible que Florida tuviera una hija? Noté, simbólicamente, mis ojos tornando del azul al amarillo demoniaco, desconcertado e iracundo. El calor me abrasaba.

—¿Es adoptada? ¿Cómo puede tener cuatro años? ¿Cómo es posible? —pregunté, confundido y ya con los rasgos mefistofélicos apoderándose de mi expresión.

¿Ese era el fuego infernal que me deparaban mis pecados? ¿Esta era la caverna ardiente donde me pudriría el resto de mi vida? ¿Para eso había tenido otra oportunidad, para que mi psique fuese violada a perpetuidad? ¿Eso era la humanidad? ¿Ese dolor tan lacerante? Solo tenía una esperanza. Solamente una rama a la que asirme: Florinda.

Y ahora…

—¿Soy adoptada, mami? —preguntó el renacuajo, lleno de babas.

—Paerl —me llamó Florinda, con una sonrisa incomoda y ladeada marcando su cara angelical—. ¿Cómo puedes decir una cosa tan horrible? No eres adoptada, hija. Es una broma. ¿Verdad, Paerl?

Escuchaba su voz remota y distorsionada, pero entendí la pregunta. Me acuclillé delante del monillo pelón y se lo aclaré:

—Claro que es una broma. Pero si fueras adoptada —dije, mirando a la madre—, ¿acaso no te iban a querer igual?

La niña mostró su perplejidad abriendo la boca como un besugo.

—Bueno, Florinda, tengo que irme. Me reclaman las fuerzas del orden.

—No has cambiado nada —respondió ella.

«No he cambiado nada». Se quedó marcado a fuego. Todo cambia y, sin embargo, permanece.

Diario 47

—No quise decir nada ayer, ¿sabes? —comenzó el sargento, apoltronado en su sillón—. No delante de tu padre. Está delicado, y no creo que esto mejore su salud.

Dio unos golpecitos con el dedo sobre un expediente que reposaba encima de la mesa, atestada de papeles, clips y ceniza. Luego, prosiguió:

—Tienes unos cuantos asuntillos.

Abrió el expediente y se colocó las gafas sobre la punta de la nariz. Era tan indigno todo él... Sus ojos se veían exageradamente grandes a través de los gruesos cristales; debía de tener la vista de un topo.

—No has sido un buen chico. No lo has sido nunca, ¿verdad? Nunca me has gustado, pero conozco a tu padre y a tu madre desde que era un mocoso.

—Sargento, ¿tiene algo que decirme? —lo interrumpí, ciertamente, sin saber qué era lo que quería decirme.

—Solo digo que te andes con ojo, ¿está claro? Ándate con ojo. Todo tiene un límite. Yo no creo que seas mala persona, pero lo eres.

La incongruencia me dejó torcido.

Se levantó y me abrió la puerta invitándome a salir. Obedecí como un chico bueno.

—Recuerda que te lo he advertido. Hubieras hecho mejor quedándote en el bosque. Quizá debieras volver a perderte. Hoy mismo sería un buen momento —me dijo sonando a amenaza.

—Lo recordaré, sargento, por supuesto. Y gracias. Gilipollas.

Susurré imperceptible la última palabra. Creo que la escuchó, pero su capacidad de humillación e inacción siempre ha sido determinante para su puesto.

Salí de la comisaría y las tinieblas seguían allí, sobre mi cabeza. Tenebrosos augurios me perseguían. No comprendía lo que estaba sucediendo a mí alrededor. Era como si hubiera vuelto a Tagartera y todo fuera ligeramente diferente. ¿Florinda tenía una hija? ¿La policía me amenazaba? ¿Mi padre estaba enfermo? ¿Qué hechizo era ese? ¿Qué coño había pasado durante ese último año? ¿A dónde había vuelto?

He estado paseando por las ramblas cercanas. La naturaleza me ha consolado. Le he pedido consejo, pero seguía enfadada; no me ha respondido. Me he internado un poco en los bosquetes cercanos al pueblo. Los animales, familiarizados con la presencia de humanos, no me han extrañado. Los conejos se han cruzado cercanos. Los gavilanes y los cernícalos me han sobrevolado. Las palomas han correteado a mí alrededor y los gorriones, enérgicos, han brincado en busca de grano o restos de basura.

He vuelto a casa y me he encerrado en mi habitación. Me han llamado para la cena, pero he sido incapaz de presentarme.

Diario 48

Sonaba una canción. Creo que está basada en un poema:

Tú no puedes volver atrás,
porque la vida ya te empuja,
como un aullido interminable,
interminable.
Te sentirás acorrala,
Te sentirás perdida y sola,
Tal vez querrás no haber nacido,
no haber nacido.

Los acordes atronaban salvajes, acompañando estas palabras que son verdad. La canción sigue, más esperanzada:

Un hombre solo, una mujer,
así tomados, de uno en uno,
son como polvo.
No son nada.
Que no son nada.

Me alegro de que alguien haya escrito algo así alguna vez. Tiene razón y no. Me ha conmovido. Desde luego, me hubiera gustado que alguien me dijera alguna vez algo así. Nadie lo ha hecho, excepto las ondas que ahora surgen de los altavoces. Pero me alegro igual. La distorsión se ha apoderado de la realidad.

Alguien ha llamado a la puerta. Me han hecho bajar. Mis padres ornamentaban la puerta a ambos lados. Tras ellos, como en un fresco atestado de Miguel Ángel, se desplegaba una cuadrilla de policías. El primero de todos, con la gorra encasquetada y los dedos pulgares en el cinto era el sargento Esteban Carrizo. Tras el sargento, dos hombres y una mujer. El hombre de en medio, de mediana edad, vestía gabardina y corbata negra. Le resbalaban las gafas sobre la nariz, que se asentaba sobre un bigote granítico. Su rostro estaba esculpido con cincel grueso de profundas marcas. El hombre de la derecha, más joven y atlético, vestía una camisa hawaiana. Sonreía con las manos en los bolsillos y una quijada esplendida. Se gustaba a sí mismo; el repeinado y sus músculos trabajados daban fe. La mujer, situada a la izquierda, vestía un traje de chaqueta algo arrugado. Se recogía el pelo rojizo en un moño apretado. Su palidez y su cuello, al estilo de Modigliani, la dotaban de un aspecto inteligente. Su tez de porcelana discordaba con su cuerpo atlético. En los extremos se ordenaban algunos policías locales y en el centro, en multitud exagerada, unos diez policías de los de verdad; algunos con armaduras y otros con sus pomposos uniformes llenos de complementos, con sus metralletas preparadas apuntando al suelo. Parecía el Día Internacional de los Gilipollas.

—Estos hombres vienen a buscarte —dijo mi padre, obviando a la mujer. Era un buen tipo, pero así era él.

Esteban Carrizo avanzó un paso hacia la puerta.

—Buenas noches. Te presentó a…

—Apártese a un lado —le ordenó uno de los policías, desplazando de manera brusca al sargento con el antebrazo. Era el

tipo de la gabardina—. Soy el inspector jefe Yelsin Kane. Está usted detenido. Se le acusa de…

La cabeza me palpitaba. Un ruido grave y ensordecedor atronaba en ella. Me sentía una vez más ajeno a esta realidad. Tuve la impresión de estar en otro sitio, personificando un personaje, hecho a mi medida pero que no era yo. El inspector jefe seguía hablando, plomizo, con la comisura de los labios acumulando saliva seca, desarrollando la acusación en una perorata interminable. Y así siguió el tío, como quien lee la carta del menú de una brasearía durante largo rato.

El sargento Esteban Carrizo me confirmó con la mirada su amenaza. Me lo estaba sugiriendo. «Márchate al bosque. Desaparece».

Mi padre se sentó en una silla, totalmente abatido. Se restregaba la calva y se tapaba los ojos, conteniendo las lágrimas. El parpadeo de las luces de policía otorgaba un dramatismo desmedido a la imagen. Mi madre, impertérrita, permanecía expectante a la acción.

Dos gorilas se acercaron y me esposaron. Uno de ellos, mientras me hundía en los abismos de la incomprensión, distraído en las desconcertantes sordinas, me leía los derechos (o eso me pareció entender). No eran bailarines precisamente, y con una fuerza descomunal me retorcieron los brazos y cerraron los grilletes. Uno de ellos comenzó a cachearme; salvo algunos papeles olvidados en los bolsillos, no encontró nada. Con la amabilidad que suele caracterizar a hombres de este rango, tiró de mis manos hacia arriba y, automáticamente, mi cuerpo se curvó hacia adelante. Junto a la puerta de uno de los vehículos policiales una policía abrió la puerta —se me antojó que con cierta elegancia servil— y me sentaron en el asiento trasero, protegiéndome la cabeza con la mano.

Aquel despliegue se replegó rápidamente en cuanto estuve bien acomodado en el coche. Con una coordinación pasmosa

unos y otros montaron en sus vehículos y formaron una fila maníaca por las calles de Tagartera. La gente, ya cenada y con los pijamas veraniegos, se asomaron a los balcones y puertas, haciendo gala del asombro propio de estas cosas. No era Tagartera, por precisar, un remanso de paz. El carácter de sus gentes y su situación geográfica —aislado por la sierra, con terrenos extensos de bosque y desierto y a orillas de un mar tempestuoso— ha curtido al pueblo en el arte de la supervivencia. Y esas artes, que incluyen la pillería, la picaresca y la violencia desmedida, les ha hecho curarse de espanto. Sin embargo, por muchas voces beodas que se escuchasen en las noches, por muchos cristales rotos, peleas o correrías, pocas veces se habría podido ver un despliegue tan notable como aquel.

De nada.

Los coches centelleaban pegados los unos a los otros, cual orugas procesionarias por las calles del pueblo, con unos ardiles dignos de elogio. Cualquiera hubiera dicho al verlos tan prestados a ese particular orden que, de romper esa cadena, el hambre en África se hubiera multiplicado por dos. No niego que fuesen eficientes. También un poco excesivos.

Llegamos a la comisaría y me sentaron en un viejo sillón medio destripado. Por el cuero raído y cuarteado escapaba la espuma amarillenta como por las llagas purulentas escapa el pus infectado. Una cortina veneciana cubría el ventanal del despacho. Por sus bandas metálicas se filtraban desiguales las luces nocturnas. Se apreciaba a las claras la falta de una mano de limpieza. Siempre había pensado que los interrogatorios se desarrollaban en asépticas salas, con un espejo y una mesa metálica; pero no, eso no es así; simplemente te sientan en un triste despacho y te hacen esperar y esperar y esperar.

Me trajeron un café. No estaba muy caliente, pero, joder, qué delicia. Observé el despacho con detenimiento; no tenía otra cosa que hacer aun no sabiendo qué cojones hacía yo allí.

Era triste. No podría decirlo de ninguna otra manera. Bueno, deprimente quizá. Las paredes amarillentas olían a cenicero, papel antiguo y hongos. Una ingente cantidad de papeles se acumulaban por todos lados. No podía llegar a imaginar cómo podrían llegar a encontrar algo en aquel paisaje de huracán. La mesa rebosaba de artículos de papelería. Todo parecía obsoleto y desfasado. Me imaginé que había viajado en el tiempo a una de esas películas americanas donde un comisario negro le grita al inspector de turno y le quita la placa y la pistola porque aquel, con métodos poco ortodoxos, ha resuelto un caso en el que todas las partes han quedado descontentas. No me hubiera sorprendido lo más mínimo si eso hubiera llegado a suceder a lo largo de los siguientes minutos.

Entre la cristalera y la pared, a mi izquierda, se empotraban una estantería y un armario metálico. Todo parecía ser metálico en ese despacho. En la tercera balda de la estantería dormía olvidada una máquina de escribir Olivetti. A saber el tiempo que llevaría allí.

Sobre la mesa escritorio, una pantalla cuadrada de ordenador proyectaba una tenue luz verdosa. Joder, cada vez me convencía más de que había viajado en el tiempo.

El encanto lo rompió el inspector Kane al cerrar la puerta a mis espaldas. Las cortinas bailaron y los cristales tabletearon en los metales desajustados.

—¿Ha entendido usted los cargos de los que se le acusa? —comenzó sin caricias ni preámbulos. Se sentó en un sillón frente a mí y dejó caer sobre la mesa un expediente tan grueso como *Guerra y Paz*.

—No sabría decirle, la verdad —respondí sin saber qué hacía allí todavía—. Estoy un poco aturdido.

El policía de la camisa hawaiana y la mujer del traje ejecutivo entraron también en la habitación y se quedaron formando, cada uno en una esquina.

—Le presento —comenzó el inspector jefe Yelsin Kane— al inspector José Lorentz y a la inspectora y psicóloga Adriana Rontgen.

—Hola —saludé inocente, aún sin percibir la gravedad de lo que estaba por venir.

El inspector jefe Kane se quitó la gabardina y se aflojó la corbata. Joder, ¡qué típico era todo! Si se hubiera encendido un cigarro, hubiera empezado a dudar de si era una persona de carne y hueso o el revelado de la bobina de una antigua película.

Se encendió el cigarro. «¡Venga ya, hombre!»

Lo situó entre los pelos de su profuso bigote y abrió el expediente al tiempo que recolocaba el culo sobre el sillón.

Colocó en la mesa, frente a mí, una fotografía. Parecía una bruja gitana echando el tarot. Era una foto de Alonso, mi viejo y digno compañero de la delegación de Hacienda. En la foto aparecía él en primer plano. A su espalda, algo borroso, lo que parecía un jardín y algunas personas; niños, me pareció por su diminuto tamaño. Retozaban sobre el césped con sus bocas medio desdentadas. En la mano sostenía un tenedor con una salchicha a un paso del carbón. Debían de estar haciendo una barbacoa. «Qué gran, hombre».

—¿Lo conoces? —preguntó Kane, exhalando el humo de sus pulmones.

—Es Alonso. Un compañero del trabajo.

—Exacto.

Colocó otra foto sobre la mesa. En esta aparecía un macarra recostado sobre un sofá lleno de mierda. La inmundicia lo circundaba. Colillas y ceniceros repletos, bolsas de nachos y patatas, cajas de pizza, refrescos y cervezas y hasta cartones de vino saturaban la alfombra de fluidos resecos. Todo amontonado y asquerosamente concordante.

—¿Y a este? —preguntó, con una ceja elevada y la otra enojada.

—A este no. Menuda pocilga.

—¿No lo conoces? —dijo el inspector Lorenz a mis espaldas—. De una parrillada. Solo que no te acuerdas.

No pillé el chiste, así que deposité mi atención en el inspector jefe Kane y su bigote de escoba pegada a un rostro, que sacaba otra foto y la situaba en perfecto orden lineal junto a las demás. Sospeché que en cualquier momento se pondría a jugar al solitario con ellas.

En la foto aparecía un gordo seboso con un alzacuello del tamaño de un cinturón. Era el cura de la Casa de la Caridad que había dejado atado en mi huida. Empezaba a comprender. El tío del sofá asqueroso debía de ser alguno de aquellos miserables que me habían apaleado en el palacio abandonado del que escapé justo antes de que se incendiara.

—Es un cura —respondí, antes de ser preguntado—. Es un puerco tragaldabas que siempre estaba en la Casa de la Caridad comiéndose la comida de los pobres. Lo confirma su perímetro. Lo recuerdo de cuando Florinda y yo íbamos de voluntarios lo fines de semana. Tuve un pequeño percance con él en mi huida.

—Y tanto —dijo el de la camisa hawaiana. La inspectora tomaba notas sobre un cuaderno apaisado bajo la tenue luz de una lámpara de biblioteca atornillada a una estantería con cientos de boletines amontonados. Eso era muy propio de los psicólogos. Toman notas y te recomiendan hacer un poco de ejercicio cuando estas al borde de las fosas abisales.

—¿Un *percance*? —farfulló el inspector jefe.

—Sí, lo deje maniatado. Después, robé comida y el coche de la parroquia. Oiga, ¿no tendría que tener un abogado o algo así antes de contestar a estas cosas?

—Ya estamos con los putos abogados —profirió Kane torciendo el bigote y ajustándose las gafas—. ¿Tienes un abogado?

—No.

—¿Entonces? Tienes derecho a uno de oficio, por supuesto. También tienes derecho a no declarar, pero, seré claro: si colaboras, todos seremos más felices, incluido tú. Te lo aseguro. —Colocó otra imagen junto a la del cura.

—Me gustaría hacerles felices —afirmé.

—¿A este lo conoces? —dijo, señalando la foto con un dedo amarillento de nicotina.

—No lo he visto en mi vida —le contesté.

En la foto aparecía un hombre fornido. Vestía un polo blanco y unos pantalones cortos ridículamente ajustados a sus robustos muslos. Se le marcaba la cabeza de la polla y la costura de los huevos cargada en la parte izquierda del pantalón. En la cabeza, medio posada, llevaba una gorra del parque de Yellowstone. Abrazaba una secuoya con una querencia exagerada.

—No, ¿verdad? ¿Sabes que tiene tres hijas pequeñas? —vocalizó el inspector Lorenz con rabia.

—Lo juro —afirmé, inclinándome a observar la foto más de cerca.

Decía la verdad. No había visto a ese tipo en mi vida; recordaría a un panoli de tal categoría. Ni siquiera me resultaba una de esas caras familiares. Recordaría esa sonrisa bobalicona aunque la hubiera visto una sola vez mientras compraba un café en el Zoco o una chuleta en el mercado de abastos o me sacudiera la chorra en los servicios de una biblioteca pública después de mear. Una cara de tonto semejante no se olvida tan fácil.

El inspector jefe Kane se recostó sobre el respaldo del sillón y exhaló una calada de humo que formó una nube azulada sobre nuestras cabezas. No sabía a qué venía tanta parafernalia. Había estado en el incendio del palacio, sí. Conocía a Alonso, el hombre bueno, sí. Había atado al cura y había robado comida y un vehículo que, por cierto, había hecho fosfatina, sí. Pero no cabía en mi cabeza revuelta de incoherencias esta pantomima

desmesurada. Sé que estaba expuesto a delitos graves, quizá multa, reprimendas o incluso prisión. Pero ¿quién entraba en prisión sin antecedentes por una cosa así? Sacó otra foto y la colocó en la fila; era un crupier excelente. El estomagó me dio un vuelco: una joven preciosa sostenía un cachorro con una ancha sonrisa y un brillo refulgente en los ojos.

—¡María! —exclamé alterado. Era la muchacha que había encontrado ahogada en un pilar cuando huía del incendio. Estaba tan viva y se la veía tan feliz… La pena me consumió.

—Esta chica se llamaba Anne Arraitz. Tenía veinticinco años y era abogada —enunció Kane. «Joder, había acertado su oficio», recordé, cuando imaginé que tenía cara de abogada. Había sido mi salvadora. Me había provisto de alimentos y de ropa en mi peor momento, con ella todavía muriendo, con la vida aun escapando de su cuerpo… La adoré por haberme ayudado. La llamé «María» por ser la verdadera diosa.

Mientras mi mente divagaba entre aquellos recuerdos, el policía ya había sacado otra foto. Era un hombre rudo y corpulento. Tenía una barbilla pronunciada y llena de pelos canosos. Seguramente hacía de Papá Noel en su pueblo por Navidad. La foto la habían sacado junto a una carretera. Al fondo se distinguía un bar ruinoso.

—¿Este? —preguntó escuetamente el inspector jefe señalando con la nariz.

—No lo conozco.

—¿Sabes?, tenemos tu diario —me dijo.

Me alarmé. El diario —este diario— se había convertido en mi vida entera. Ahí se encontraban, entre los garabatos y desvaríos, todos mis sentimientos y pensamientos. Todo mi *yo*. Ahí residía, volcada en los trazos de las letras y las palabras, la mayor experiencia de mi vida. El momento en que sucedió la metamorfosis y dejé atrás la pupa para ascender a otro estado superior.

—Devolvédmelo —exigí —. Es mío —sentencié, enojado.

—Lo vamos a leer con detenimiento. Después te lo devolveremos, no te preocupes. Pero ya lo hemos leído. Sabemos que conoces a este hombre, y a Anne y al resto. Eso ya lo sabemos. Queremos saber por qué los asesinaste a todos.

Diario 49

Mi cuerpo se había derrumbado ante una acusación tan grave. ¿Yo, matar a Alonso y a María? ¿A un cura (por muy cura que fuera)? ¿A todos aquellos desdichados insignificantes para mí?

El inspector jefe había colocado otra serie de fotos junto a las anteriores. Eran fotos grotescas y morbosas, demasiado íntimas, que formaban parejas con las primeras. En una aparecía Alonso con la cara amoratada. Sus ojos entreabiertos estaban llenos de horror. Rojos y desencajados. Le habían estallado las venas y la esclerótica había perdido su blanco natural. El pobre hombre se aferraba a un objeto invisible en su cuello, con las manos agarrotadas en forma de garras. En la segunda, un montón de cadáveres abrasados. Parecía una instantánea de Pompeya, con cuerpos arqueados y manos retraídas. Eran bultos indefinidos con apariencia de ser humano. Sombras con volumen. En la siguiente, aparecía un plano cercano de la cara del cura obeso. Estaba azulado y la lengua, gorda como todo él, le asomaba por la boca como un gusano repugnante a punto de estallar. En la cuarta, un hombre con la cabeza aplastada y deformada de manera grotesca y las piernas retorcidas en posturas imposibles.

Otra más: María, lánguida y sucia de tierra. Su cuerpo desnudo yacía recto y su cabeza miraba hacia un lado, como si durmiera plácidamente. En la última, el hombre parecido a Papá Noel, que debía de ser Antonio y a quien encontré enterrado en el fastuoso patio natural tras su casa, aparecía tumbado sobre una cama metálica de forense, con la cabeza achatada en el cráneo y varias lascas sobresaliendo de la deformidad.

—Yo no he matado a nadie. Vale que soy un bala perdida. Reconozco que soy un borracho de mierda y me he metido al cuerpo cualquier porquería que me hiciera desconectar del mundo. Joder, soy una ruina: he robado y he perdido a mi pareja, pero jamás mataría a ninguna persona —declaré.

—He hecho una lectura del diario, somera en principio —intervino por primera vez la inspectora Rontgen con la vista fija en la puta libreta apaisada—. No me ha parecido que tengas un gran aprecio a la humanidad. Me has parecido más bien un misántropo.

—No sé qué es «misántropo» —respondí, molesto por la pedantería de la mujer.

—Es una aversión, un odio a...

—Ya sé lo que es «misántropo», joder, pero sea un poco más corriente —la interrumpí, enojado.

Enarcó las cejas, sorprendida con mi respuesta belicosa. Garabateó algo en la libreta. Estiré el cuello intentando leer lo que escribía. Ella apartó la libreta con un medio giro de su cuerpo, como si estuviera defendiendo su examen de Álgebra de un copión caradura en la clase de sexto. Ese era el tipo de comportamientos por lo que era un misántropo. Todo me parecía demasiado frívolo para el tamaño del pozo de mierda donde me estaba metiendo.

—Alonso Martínez Sagunto, de sesenta y cuatro años. Trabajaba como jefe de mantenimiento de la delegación de Hacienda. Mujer y cuatro hijos, tres varones y una chica. Seis

nietos. Murió asfixiado con la tráquea rota. Después fue embolsado en bolsas de basura y arrojado a un contenedor.

—Joder. —Suspiré—. Qué barbaridad.

—¿No tiene nada que declarar al respecto? —preguntó el policía de la camisa hawaiana.

—¿Qué coño quiere que declare? ¿Que asesiné a Alonso? —grité, indignado— Éramos amigos. Siempre me trató bien, me ayudó. Incluso me dio dinero en mi peor momento, la noche en la que acabé desquiciado robando el coche de la parroquia.

La inspectora Adriana Rontgen encendió un televisor y pulsó un mando a distancia. En la pantalla apreció el callejón trasero de la delegación de Hacienda. En el centro de la imagen resaltaba la puerta metálica por donde salíamos los mindundis y, al fondo, en la parte inferior izquierda de la pantalla, los contenedores de basura. Aparecí en plano cenital por la derecha. Me reconocí perfectamente, aunque no se distinguía mi cara. Mis hombros caídos, mi espalda curvada, mi cabello alborotado, mi caminar festinante. Todos esos píxeles reunidos en la pantalla me delataban. Ya sabía qué noche era: precisamente la noche que fui a buscar ayuda en Alonso.

La noche que todo comenzó.

Me negué a creer que fuera yo ese personaje de la pantalla. Llamaba a la puerta, durante un rato no sucedía nada, hasta que alguien abría. Era Alonso con un traje de protección. Durante un rato hablábamos. Entonces él se abría el traje y sacaba una billetera. Me daba dinero y se acercaba, acarreando unas bolsas de basura hacia los contenedores. Pararon la grabación.

—Esta es la cámara de seguridad de la delegación de Hacienda. El delegado ha tenido a bien darnos acceso a este video. ¿Quieres seguir viéndolo?

—No —respondí secamente.

La inspectora pulsó el mando y el video continuó. Ese demonio que querían hacer pasar por mí se abalanzaba por

la espalda al buen Alonso y lo atrapaba por el cuello como una bestia despiadada. Todo acontecía en el silencio sepulcral de la grabación muda. El hombre braceaba y pataleaba, pero no podía escapar de la presa hecha por aquella fiera con mi aspecto. Poco a poco se le veía perder la fuerza y su defensa fla- queaba. Los brazos ya solo se alzaban hasta la altura del pecho con movimientos torpes y lentos. Apenas rascaba penosamente las manos que le oprimían el cuello. Un poco después tan solo intentaba levantarlos, ya sin fuerza, sin oxígeno en los pulmo- nes y con los músculos atrofiados.

Comenzó a sufrir espasmos en una agonía monstruosa. Fi- nalmente se desplomó, y aquel yo en el que no me reconocía, ese disfraz de mi piel, lo dejaba caer al suelo con brusquedad. Quedaba entonces el cuerpo de Alonso tirado sobre el asfalto, ladeado, con la cabeza apoyada en el lateral metálico de uno de los contenedores de basura. El demonio que lo había asesinado de forma tan vil, como si no hubiera hecho ya bastante agravio a un hombre tan noble, le robaba la cartera, lo enfundaba en las bolsas de basura y lo arrojaba al contenedor.

Lloré con desconsuelo. Nadie merece una muerte así, y Alonso menos que nadie.

—Ese no puedo ser yo —balbucí entre lágrimas.

—Yo diría que eres clavadito al tío del video —clamó soca- rrón el inspector Lorenz.

—¿Te gustaría hacer una declaración ahora? —insistió el inspector jefe Kane con mirada inquisitiva.

—Primero quiero hablar con Florinda.

—¿Quién coño es Florinda? —preguntó desesperado Kane.

Diario 50

He pasado la noche en un calabozo. Ha sido muy *agradable*: un camastro de hierro, un váter, un lavabo y un espejo de metal atornillado a la pared; todo muy conjuntado y con un gusto excesivo por el minimalismo.

Me han devuelto el diario. Dicen que han hecho fotocopias, los muy cabrones. Por la mañana me han llevado una plasta de gachas de avena, un plátano medio podrido y un café. Un menú digno del *Le Royal Monceau*. Me han esposado por las muñecas y me han subido a una sala. Está un poco más digna que donde realizamos la sesión de masoquismo dialéctico anoche.

Es una especie de sala de juntas con una mesa grande de madera lacada y varias sillas acolchadas. Es algo oscura pero acogedora. Me han sentado en un sillón de oficina y me han puesto una mesa separada. Es una mesa de metal que tiene una especie de argolla bajo el tablero. Han fijado las esposas a la argolla para que tenga que mantener las manos bajo la mesa. Ya empiezan a tratarme como a un asesino: me zarandean, me gritan, me temen.

—¿Qué vamos a hacer…? —estaba preguntándole a un policía local cuando ha entrado la barriga del sargento Esteban Carrizo con él detrás.

Ha cogido una silla y se ha sentado a horcajadas al otro lado de mi mesa.

—Te lo advertí, imbécil —susurró.

—¿Que me advirtió de qué? A usted no hay quien lo entienda.

—De que te piraras de aquí.

—¿Eso quiso insinuar? No lo hubiera pillado ni en un millón de años. Pensé que era una bravuconada. ¿Quién aconsejaría a otro que se fuera al bosque…?

Hablábamos en murmullos para que el policía que vigilaba la puerta no nos escuchara.

—Escúchame, subnormal. ¿Quién crees que te ha protegido todo este tiempo? Llevas en búsqueda y captura desde hace más de dos años por tráfico de drogas, desorden público, resistencia a la autoridad, delitos sanitarios, asesinato… Joder, y yo haciendo desaparecer las ordenes y las fotos que nos enviaban para que a tu padre no le diera un infarto al ver a su hijo como un vulgar asesino colgado en el tablón de anuncios. Y tu madre… ¿Sabes lo que ha sufrido tu madre?

—Mi madre es una hija de puta —le contradije. No entendía nada de lo que me decían desde que había llegado a Tagartera. Tenía la impresión de estar ocupando una vida que no era la mía. «Soy un ente incorpóreo que ha ocupado una vaina que es exacta a mi cuerpo».

—¿Una hija de puta? —masculló, apretando la mesa hasta que los nudillos perdieron su color—. Tu madre es una santa, y tú una escoria de mierda. Si por mi fuera, te dejaría una pistola ahora mismo para que te volaras la cabeza.

«Tomo nota».

En ese momento se abrió la puerta de la sala y entró la inspectora Rontgen, seguida de Florinda. Parece que la habían

convencido para que hablara conmigo. El sargento orondo se incorporó, arrastrando la silla con una sonrisa inocente dibujada en su ancha cara.

Sentaron a Florinda a una distancia prudencial en la mesa de juntas y, al fondo de la sala, junto a una cristalera cegada por cortinas acartonadas, se sentaron la inspectora Rontgen y Esteban Carrizo. Mientras la mujer mostraba una postura digna y recta, el sargento, gandul como él solo, se repantigó como si estuviera dispuesto a echarse una siesta durante la sesión de tarde en un cine de reposiciones clásicas.

Florinda miró a la inspectora no sabiendo muy bien qué hacer.

—Hola, Florinda —saludé.

—Hola. —Parecía asustada; un conejito ante una pantera—. Me han dicho que querías hablar conmigo, pero no me han dicho de qué.

—Sobre nosotros.

Giró levemente la cabeza y sus parpados se retrajeron, dando amplitud a sus preciosos ojos, el gesto de aquellas personas hastiadas que ya han tenido suficiente sobre una conversación para toda una vida.

—¿Por qué te han detenido? ¿Has hecho algo malo? —preguntó con la voz vacilante, cambiando el tercio.

—Parece ser —respondí dubitativo. Me estaban acusando de múltiples delitos, cosas gravísimas que yo no recordaba haber hecho nunca.

—Joder, ¿qué has hecho ahora?

—¿Que qué he hecho ahora? ¿Cómo que «qué he hecho ahora»? ¡Me acusan de varios asesinatos! ¡Me acusan de asesinatos de gente que ni siquiera conozco! Todo esto es una locura.

—¡Dios mío! —exclamó, con la cara contraída—. ¿A quién has matado?

—No he matado a nadie, mi amor, tienes que creerme.

Sus dudas —no, más bien su seguridad en que lo hubiera hecho— me destrozaron por dentro.

Quedó meditabunda, con la cascada de cabello dorado cayendo sobre la mesa, donde se arremolinaba entre sus brazos acodados en el tablero. Qué tristeza reflejaba. Era tan bella. Por sus mejillas rodaron dos perlas plateadas hasta la comisura de los labios.

—¿Y qué quieres ahora de mí? —pronunció entre sollozos.

—Sé que me he portado como un capullo. Soy un desgraciado. Pero saldré de esta. Solo quiero saber si tú estarás conmigo.

—¿Otra vez, Paerl? —Se le escapó un sollozo—. ¿Cuántas veces vamos a volver sobre lo mismo? Ya no puedo más con esto. —Se levantó temblando de la silla.

La inspectora Rontgen amagó con levantarse para ayudarla, pero el sargento Carrizo, con los ojos entrecerrados, la detuvo sujetándola por el antebrazo.

—Esto debe acabar aquí y ahora —susurró el sargento, constreñido.

La inspectora volvió a tomar asiento entre dudas. Esteban Carrizo se retrepó en el sillón, expectante.

—¿Por qué me dejaste? Te necesitaba —le pregunté, al borde de las lágrimas.

—Paerl, despierta de una puta vez. Tú y yo nunca hemos estado juntos.

Tuve que centrarme en mi respiración. Me desplacé muy profundo y a una velocidad que distorsionaba la realidad. La habitación se deformó alargándose en vectores que confluían en un punto lejano, donde, escondidos tras una luz cegadora, se encontraban Florinda y los policías. Yo, con la sensación de estar cayendo de espaldas a un abismo, me alejaba hacia dentro de mí mismo. Era un lugar oscuro, donde un ruido estridente sonaba repitiendo ecos cada vez más altos, como una alarma previa a un bombardeo, anulándome el juicio y desatando el

terror. ¿Nunca había estado con Florinda? ¿Qué mierda era esa? ¿De quién cojones era esa puta vida? ¿En qué tiempo o lugar me había desviado tanto para que ese presente se hubiera modificado de forma tan aberrante? ¿Me había despersonalizado?

Mi vida y mi cuerpo se distanciaban. No concordaban, se repelían. Debía de haberme trasferido a otro yo, casi igual; al tiempo que prevalecía mi carácter y mis recuerdos. La realidad entonces me pareció nueva e irreconocible, incomoda. Volví a la habitación. Florinda me miraba iracunda, con la respiración agitada.

—¿Qué estás diciendo? ¿Os habéis vuelto todos locos? —le respondí suplicante—. Florinda, soy yo. ¿Acaso me he inventado las noches de verano que pasábamos juntos en la playa? ¿El fin de semana en la sierra con aquel capullo del guardia forestal? ¿Aquel primer beso? ¿Lo recuerdas? ¿Todo eso no ha pasado?

—Paerl, nos dimos un beso hace un millón de años, cuando teníamos catorce. Eso es todo lo que ha pasado entre nosotros. Hemos sido amigos, sí, pero jamás hemos estado juntos. Jamás. —Se atragantó con su propia ira—. No sé qué pasa en esa cabeza tuya, pero cada poco tenemos las mismas. Ya estoy harta de todo esto, Paerl. Estoy casada y tengo una hija, y temo por ellos. Estás loco. Si hace falta volveré a denunciarte por acoso. Lo volveré a hacer aunque ya no vaya a hacer falta. Si has matado a alguien, pasarás el resto de tu vida en la cárcel. Lo siento mucho, Paerl. Fuimos amigos, y eras un gran tipo. Me gustabas, pero en algún momento tu cabeza dejó de funcionar y mira cómo has acabado. Hasta siempre Paerl. Te deseo lo mejor —terminó, con la cara arrasada de lágrimas y apenas pudiendo sostenerse.

El rímel le corría por la cara como a un mimo diabóli- co, pero sus ojos expresaban un dolor profundo. El sargento Carrizo soltó el antebrazo de la inspectora Rontgen. La mujer se levantó y acudió a ayudar a Florinda, que se rindió ante

sus brazos. El policía de la puerta entró a ayudarlas. Florinda lloraba desconsolada, evadida de la realidad. Parecía que pronunciar aquellas palabras funestas, aquella maldición zíngara, la habían consumido.

Salieron por la puerta. Para mí se difuminaron en el aire, irreales.

El sargento Carrizo permaneció recostado contra el respaldo de la silla. Desde la distancia me interpeló:

—Llevamos ya muchos años bregando, Paerl. Creo que has llegado al final del camino y ya ni te reconoces. —Se levantó, dejando caer su prominente panza sobre la hebilla del cinto—. Tus padres y yo (y mucha otra gente, a decir verdad, incluida Florinda) te hemos ayudado, pero esto lo has conseguido tu solito. —Se paseó hasta la ventana, observó por entre las cortinas polvorientas y prosiguió su relato entre las luces de la persiana—. ¿Qué opinas ahora de tu madre? ¿Creías que no apoyaba tu relación? Tú nunca has tenido una relación con esa chica. Por eso te ha repetido mil veces que la dejaras, ¡que la dejaras en paz! Y tu padre es un pobre tonto que ha consentido todas tus locuras, intercambiándolas por desdichas. Pero yo les debo mucho; prácticamente me criaron, y esto lo he hecho por ellos. Me he jugado mi carrera, que para ti será despreciable, pero es mía.

»No sé si has matado a toda esa gente o no. Ya me importa un carajo. Pero de esta… De esta, amigo mío, ni firmando con Satanás te vas a librar.

Me han devuelto a la celda y allí me he dormido de dolor.

Diario 51

Me han despertado a la hora de la comida. Sándwich de pepino con crema de cebolla y queso batido con muesli, una pechuga de pollo requemada y media patata asada fría y un vaso de agua templada. Ni que lo hubieran sacado del comedero de una pocilga. No soy un sibarita —si acaso un asesinito—, pero ¿tal trato merezco?

No había terminado de masticar la última cucharada de bazofia cuando han venido unos policías y me han esposado otra vez. Me han conducido al despacho donde me mostraron las fotos. Allí me esperaba la *divina Trinidad*, la *terna fantástica* de inspectores para continuar con mi tortura personalizada. No sé, estoy empezando a pensar que todo esto es un montaje, o que se han equivocado de persona. O a lo mejor me parezco a un psicópata anónimo. Buscan una cabeza de turco. Un chivo expiatorio. Quizá estoy en una dimensión diferente o he sido poseído por Satanás. No entiendo nada de lo que está sucediendo. A veces pienso que me están intentando convencer de que yo he cometido todos esos actos abominables de los que me acusan.

—La siesta, ¿bien? —preguntó el inspector jefe Kane.

—Fabulosa —respondí.

Uno de los policías me maniató ajustando las esposas a la argolla de la mesa.

—Entonces, ¿podemos proseguir con la declaración?

—No voy a hacer ninguna puta declaración. Me estáis volviendo loco. Lo estáis consiguiendo.

—Joder, muchacho, no me toques los cojones. Era un trato —profirió, decepcionado.

—No había ningún trato. Yo pedí ver a Florinda. No dije que fuera a declarar.

Al pasar junto a mí, el inspector Lorenz, que entonces se ataviaba con una camisa con motivos japoneses —menudo payaso—, me golpeó con el codo en la cabeza, como por descuido; pero en su mirada percibí su maliciosa intención. Me resistí a darle gusto quejándome.

—Está bien, tío mierda —rebuznó el inspector Camisas Horteras—. Te vas a tragar todo lo que has hecho. Vas a salir de aquí catatónico.

—Por favor —intervino la inspectora—, un poco de ética.

Lorenz, alias Camisas Horteras, la miró desafiante, iracundo, pero la inspectora no se amedrentó. Este hombre —lo veía en mi cabeza— era capaz de imaginarse a la inspectora a cuatro patas con las bragas chorreando suplicándole que se la follara o haciéndole una paja bajo la mesa de un tugurio al tiempo que se hinchaba de chupitos de tequila, pero ¿una mujer policía? ¿Inspectora? ¿A dónde íbamos a llegar?

—Está bien —medió Kane y su bigote—. Tengamos la fiesta en paz. Llama a Tucson. —Sacó las fotografías y las colocó sobre la mesa en el mismo orden que la noche anterior. Señaló la de los cadáveres calcinados y sacó un sobre con fotos del expediente.

—Tengo más, por si quieres verlas. —Plantó ocho o diez fotos más alrededor de la primera. En todas aparecían imáge-

nes similares: amplias salas calcinadas con cuerpos retorcidos en posiciones dantescas—. ¡Ves qué bien! Aquí hay veintidós cadáveres. Hay niños, ¿ves? —Señaló con la punta de un bolígrafo dos o tres cuerpos menudos, contorsionados y calcinados—. Y aquí hay otra más. ¿La ves? A esta la tiraron desde una segunda planta para salvarla de las llamas, con la mala suerte de que cayó sobre un parterre de ladrillo. Ya es mala suerte, ¿no?

—Bastan…

Iba a decir «bastante», pero me cerró la boca de un puñetazo. La nariz comenzó a sangrar. Me partió el labio también, y un diente se quedó en tenguerengue.

La inspectora Rontgen se levantó de golpe, tirando la silla al suelo, escandalizada y con el rostro desencajado.

—No pasa nada. ¡No pasa nada! —gritó el inspector jefe, pidiendo calma ante la reacción de la inspectora Rontgen—. Se ha caído. Pero no ha sido nada.

—Inspector jefe… —comenzó la inspectora remarcando cada silaba, abochornada por la falta de ética de su compañero.

—No ha pasado nada. Es que se ha caído. Tiene que tener un poco más de cuidado, y listo.

Palpé el diente con la lengua. Se acabó desprendiendo. Lo escupí sobre la mesa y, junto a él, se formó un charco de sangre. La boca me ardía y me sabía metálica. Sentí un cierto orgullo de haber encajado el golpe sin desmayarme. Observé mi reflejo distorsionado sobre la plancha de metal de la mesa. Sin el diente parecía un paleto, de esos dispuestos a tener hijos con su hermana y un romance con una cabra.

—Joder, eres repugnante —graznó Camisas Horteras al ver el diente.

—Está bien —prosiguió el inspector jefe más calmado—. El relato es el siguiente: después de asesinar *presuntamente* —hizo comillas— a Alonso, te desplazaste por la ciudad sin ser visto. Dado el estado de alarma declarado por la pandemia,

no había nadie en las calles. Pero no tenías a donde ir; hace ya meses que te echaron de tu vivienda. Por eso no teínas las llaves, como aparece en el diario. Eres olvidadizo, pero ya has tenido varios altercados por vagabundear. Llevas enganchado a la heroína, las anfetaminas y otra serie de mierdas más de dos años. Fuiste a comprar al palacete donde toda esa escoria que murió tenía organizado su chiringuito, pero, suponemos, te pareció mejor robarles cuando encontraste por donde entrar sin ser descubierto. Aunque finalmente tus amiguitos te encontraron. Te encontraron droga en los bolsillos y te molieron a palos. Pero lograste escapar, como la sabandija asquerosa que eres, y les prendiste fuego. Fin.

—No, fue un accidente —repliqué.

—Pide a Tucson que entre —ordenó Kane impaciente, tableteando con el tacón del zapato sobre el suelo.

Se abrió la puerta y entró un hombre en silla de ruedas, con las piernas amputadas. Tenía la cara deformada en un rictus de odio, ladeado y picassiano. Vestía una camiseta de los Ramones y unos pantalones militares anudados en los muñones. Nada más verme saltó de la silla y se arrastró por el suelo como un dragón de Komodo, contoneando el cuerpo de un lado a otro a una velocidad inusitada. Me pareció repulsivo y aterrador.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Te voy a arrancar las tripas! ¡Mira cómo me has dejado! —gritaba enajenado.

Dos policías intentaron detenerlo, reteniéndolo contra el suelo como a un esturión rebelde, pero ni entre los dos, que sumarian más de doscientos kilogramos, podían contener la furia de aquel tullido.

Intenté levantarme de la mesa cuando vi que iba a alcanzarme, pero habían pasado las cadenas por la argolla de la mesa y solo pude incorporarme de la silla, quedando retenido a la mesa por las muñecas.

—¿Qué coño le pasa a este tío? —pregunté asustado.

—Por favor, vaya espectáculo estamos dando —se avergonzó la inspectora Rontgen.

—Este es Tucson *Bird* Lamarca. Quizá no lo reconozcas, porque antes llevaba una cresta rubí escandalosa y las piernas le llegaban hasta los pies —describió retorcidamente Kane, al tiempo que otros dos policías (ya sumaban cuatro) reducían al tullido.

—¡No me jodas!

Nuestros ojos se encontraron. Ahora sí lo reconocí. Era uno de los tipos que me había dado una paliza en el palacio abandonado y después había quedado atrapado en el agujero por el que yo había escapado cuando se declaró el incendio.

Sentaron en la silla de ruedas a Tucson, ya más calmado.

—¿Reconoces a este hombre? —le preguntaron innecesariamente, pues estaba claro que así era.

—¿Que si lo reconozco? —gruñó con desprecio—. ¡Es el hijo de puta que nos prendió fuego! ¡Perro!

—¿Nos puedes relatar cómo sucedió? —preguntó la inspectora con tono tranquilizador.

—El cabrón se coló por un agujero en el palacio y se metió en una de las habitaciones. Entró en la casa. Ya había estado allí otras veces, así que la conocía; es uno de esos putos yonquis capaz de prostituir a su puta madre con tal de meterse un pico. Nos robó heroína, pero el muy gilipo- llas se la inyectó allí mismo; esa prisa tenía. Todavía tenía la jeringa colgando de los dedos de los pies, el puto imbécil. Lo pillamos, estábamos colocados y se nos fue un poco de las manos, lo juro por mi vida. Un poco de las manos. Entonces el cabrón intentó huir y unos bidones de gasoil se volcaron. Aprovechando el desconcierto, se coló por el agujero como una lagartija. ¡Hijo de puta! Intenté seguirlo. Joder, no nos merecíamos esto. Intenté seguirlo y me quedé atascado en el hueco de la pared. Entonces este sádico hijo de perra en-

cendió un fosforo —comenzó a balbucir— y lo lanzó por la ventana. ¡Coño!, vi cómo el fuego salía por la ventana y noté cómo mis piernas se achicharraban. —Braceaba y movía las dos cortas extensiones inferiores como si aún estuviera en el edificio ardiendo—. Podía oler la carne quemada, como una puta parrilla. ¡Joder! —Se echó a llorar.

Ese puto tarado me había hecho despertar aquellos recuerdos. Me vi a mí mismo con el cuerpo vibrando por una violencia despiadada y lujuriosa. Recordé a aquellos animales encerrados en la habitación intentando desencajar la puerta y arrancar los barrotes de la ventana. Vi la cerilla encendiéndose en una minúscula detonación y la llama arder sobre la madera fina. Lancé el fósforo por la ventana y todo explotó.

—El cabrón nos mató a todos. Nos mató a todos —berreaba con las babas cayendo y los mocos colgando—. ¡Nos mató a todos! ¡Maldito hijo de perra!

—Creo que es suficiente —ordenó la inspectora haciendo un gesto para que se llevaran a Tucson Bird—. ¿Fue así como sucedió? —me preguntó directamente.

—Más o menos— respondí con frialdad. Sonreí embriagado de maldad.

Aquellos recuerdos, aunque me negara a creerlos, estaban volviendo. Caían como pesados bloques formando un relato sólido. Se empezaba a desvelar la verdad. ¿Acaso era yo? Aquellos cadáveres no me dolían; como los muertos de las películas, eran inevitables. Me eran indiferentes, extras sin importancia.

—En el diario no escribiste nada de esto ¿Lo omitiste o ni siquiera sabías que había sucedido?

—No lo recordaba, pero se lo merecían.

—¿Sabes que murieron más de veinte personas? Algunos eran niños. La casa estaba ocupada por estos desgraciados. Trataban con las mujeres, las prostituían, pero ni ellas ni los niños tenían culpa de nada. Ni siquiera ellos merecían una muerte así.

Chasqueé la lengua.

—La culpa es un concepto algo difuso —prediqué.

—¡Dios santo —dijo sofocada la inspectora—, eres un monstruo!

Diario 52

La tarde languidecía. Las sombras se movían cada vez más rápidas y ascendían desde el suelo hasta las paredes, difuminadas y alargadas reuniéndose en una sola. Los inspectores estaban horrorizados con mi frialdad; esa impresión me dio.

Habían encontrado algo por lo que pasarían a la historia: habían cazado a un depredador. A mí me daba igual. Sentía un cierto desprendimiento ante esa situación; me era ajena y propia al mismo tiempo.

La siguiente foto que señalaron fue la del cura. Encendieron los fluorescentes para que pudiera verla bien. Las luces se reflejaban en la foto con un acabado brillo e impedían una visión clara de la imagen. Menuda ballena. Las volutas de humo se retorcían por la habitación y la grabadora parpadeaba con un piloto rojo. La habían puesto bien a la vista; no querían que se perdiera ni una de las sílabas con las que les iba a amenizar en adelante.

—El padre Maurice Trevollant, de origen francés. Acusado y condenado por pederastia en su país natal, lo trasladaron a un monasterio en el norte, y más tarde a la parroquia de san Aquilino el Eremita. Glotón empedernido. No se le conoce

familia. Tenía cuarenta y dos años cuando murió. ¿Por qué mataste al cura? Lo podías haber maniatado…

—Yo no lo maté —interrumpí.

Kane alzó una foto y me la acercó a la cara con furia.

—Pues aquí parece bastante muerto, joder —me reprendió el inspector Bigotitos.

—Yo le sujeté las manos al reposabrazos del sillón con unas bridas, y el cuello al pomo de una puerta con una cuerda. Dios nos pone a prueba, y este sebo se asfixio él solito por no estarse quietecito. Cuando yo me fui seguía vivo.

—Si no fuera por la soga que le ataste al cuello no habría muerto. Eres un sádico —intervino la inspectora Adriana Rontgen—. Podías haberle inmovilizado solo los brazos.

—Chillaba como un cerdo.

—En tu diario cuentas que habías estado asistiendo como voluntario con Florinda para repartir comida —comenzó la inspectora, con su bolígrafo apoyado sobre el cuaderno apaisado. Me miraba suspicaz por encima de las gafas.

Elevé las cejas. En este mundo alternativo, nunca he estado con Florinda, salvo aquel primer y único beso original.

—Sí, de eso conocía a ese gorrino. Se dedicaba a moscardear de olla en olla, probando las comidas del sábado y correteando como un lechón en los repartos.

—Nos consta —replicó— que tú nunca asististe como voluntario, sino como usuario. ¿Sabes?, es como si hubieras borrado selectivamente los recuerdos que no te interesan y hubieras construido una vida alternativa. ¿No recuerdas haber estado viviendo como un pordiosero tirado en los callejones, durmiendo en cartones, colocado…? ¿Pidiendo comida en la parroquia?

Medité sobre aquellos actos que con claridad meridiana me había expuesto la inspectora.

—Empiezo a recordar aquella vida miserable. Empiezo a recordar cómo me ha tratado la humanidad. ¿Sabes cuanta

gente hay hacinada en los callejones, vieja y enferma? ¿Sabes cuantos problemas mentales tienen? En las noches de frío, alcoholizados, esnifando pegamento, chupando pollas por cinco pavos para conseguir otro cartón de vino. Sucios, pordioseros raquíticos e inanes.

»Pero lo peor no es eso. Tú no lo sabes porque no eres una de ellos —dije, impelido por el odio—. Lo peor es que de noche estamos escondidos; nos protegemos de los elementos y la muerte, y por el día somos invisibles. Invisibles. ¿Sabes cuanta puta gente hay mendigando, enganchada, loca suplicando ayuda, necesitada de atenciones, desamparada en las calles mientras vosotros giráis la cara? Hay mucha gente invisible y yo soy uno de ellos. Y ahora, porque un puto cura y unos cuantos camellos hijos de puta han muerto, ¿queréis juzgarme a mí? —Lancé una mano contra la inspectora. Las esposas, sujetas a la argolla bajo la mesa, detuvieron mi golpe a medio camino—. Vosotros también lo pagaréis.

La inspectora, con el miedo reflejado en su preciosa cara, retrocedió un paso y se sentó en una silla. El inspector Kane se levantó con calma. «Solo es una piel de cordero».

Me agarró por el pelo y me susurró al oído:

—Aquí el único que va a pagar por todo eres tú, psicópata hijo de perra. Si no estuvieran aquí presentes mis compañeros, te reventaría la cabeza. —Me apretó el cuello con tal fuerza que me cortó la respiración. Se limpió sobre los pantalones los cabellos que habían quedado adheridos entre sus dedos.

Me amedrentó lo suficiente para mantenerme quietecito. Pero ya había obtenido una victoria. Dos quizá. Una: el saber que me creen capaz de hacerles algo. Dos: la ira del inspector jefe era su debilidad.

El inspector jefe Kane cogió una fotografía de la mesa y de un manotazo me la estampó en la frente. La foto, con una pátina de brillo, se quedó adherida a mi piel como cuando se juega al juego de «Adivina quién soy».

—Este no es un cura pederasta ni una cuadrilla de yonquis. ¿Este también merecía morir?

No podía ver la foto. Soplé orientando la ráfaga hacia mi nariz, cabeceé un par de veces y la foto cayó sobre la mesa. Era el tipo del polo y los pantalones ajustados. Seguía apoyado en la corteza de la majestuosa secuoya con cara de bobalicón, como si no estuviera ya muerto y enterrado.

—No sé quién es, ya os lo he dicho.

—No, ¿eh? Pues lo encontramos enterrado a cuatro metros de profundidad, cerca de donde estuviste acampando. Había caído en una trampa. El pobre hombre estaba ensartado en estacas y con el cuerpo triturado por pedruscos que le habían caído encima —expuso el inspector Lorenz.

—No es posible. Esa trampa la construí para cazar a un puma. Lo vi con mis propios ojos. Cuando cayó en la trampa lo maté a pedradas. Me estaba arrancando todas las trampas que había colocado…

—Primero —intervino Kane alzando un dedo acusador—, este hombre, Toni Arruenzo, guardia forestal, había dado parte de que había encontrado un gran número de trampas en Pico Negro, trampas que habías puesto tú, pero él eso no lo sabía. Durante varios días anduvo en busca de trampas y las desmontó. A mediados de agosto desapareció; un buen día no volvió a casa. Su mujer y sus compañeros denunciaron la desaparición, pero, qué casualidad, esa tarde se declaró un incendio forestal en esa misma montaña. El incendio más devastador que haya habido en esta sierra. Lo provocaste tú; han identificado el lugar del comienzo del incendio, justo al lado de tu refugio de mierda. Y segundo, en Europa no hay pumas, so subnormal.

—Yo vi un puma. Quizá fuera otro felino —aclaré consternado.

—Habría que hacer (se hará a su debido tiempo) un estudio más profundo de este caso —comenzó la inspectora Rontgen

dirigiéndose a los presentes, incluido yo—. ¿Te das cuenta?, no estuviste enfermo en la montaña. Has dado negativo en los análisis, tuviste el síndrome de abstinencia. Yo diría que está claro que padeces el síndrome disociativo. No te reconoces, crees que lo que está sucediendo no te está sucediendo a ti. Existe una evidente desconexión entre tus recuerdos, tu pensamiento y tus acciones. Puede que sea esquizofrenia, delirios psicóticos… Ahora mismo es imposible concretar, pero te imaginaste al puma como has hecho con todo lo demás. Puede que todo esto sea real para ti. No sabría decirte si algo de lo que nos cuentas o has escrito es real o solo está en tu imaginación. No he visto un ser humano con tantos problemas mentales como tú. Has tenido delirio nihilista, y creíste que estabas muerto. He leído en el diario que te amputaste un dedo para ver si se pudría o no, y así comprobar si estabas vivo o muerto. Es demencial.

»¿Es cierto que te lo cortaste?

Me descalcé y planté el pie izquierdo sobre la mesa. Cuatro dedos bailotearon adelante y atrás, y el último, ausente, resaltaba como un pequeño muñón. Estaba empezando a creerme mi papel. Estaba empezando a asumir quién era realmente. «No hay pumas en Europa. Es hilarante. Así que esta es mi naturaleza. Es mi naturaleza. Y he comprendido mi encomienda».

—Cuentas que se aparecieron ante ti dos seres. «Dioses» los llamas en el diario.

—Muy simpáticos.

—Has padecido delirios místicos —confirmó la inspectora, regodeándose en su sabiduría.

—Dejémonos de chorradas —se interpuso el inspector jefe Kane.

—Sé que tiene prisa porque testifique y asuma los crímenes. El primer sorprendido soy yo, pero asumiré los crímenes que he cometido, no todos los crímenes que se hayan cometido y

no sepan a quién culpar. ¿Estoy loco? Yo qué sé, puede ser. Pero no soy tonto del todo.

—Anne —propuso el inspector jefe arrugando el bigote.

—Sabía que iría por ahí, pero a María… Anne (o como coño se llamara) la encontré ahogada en un pilar.

—Dígame —dijo especulativo Kane—, ¿cómo cree que pudo morir Anne en un pilar de un metro de ancho y cuarenta centímetros de profundidad? ¿Es posible que estuviera nadando? ¿O quizá se disponía a navegar en un velero?

Me ofendió la banalidad del inspector. Anne —«María» para mí— me había salvado la vida. Era una dadora de vida, mi diosa, y él insultaba su memoria con ese sarcasmo irritante.

—Creo que alguien la mató. Quizá la violaron.

—No tenía restos de ningún tipo, ni muestras de violencia, salvo en el cuello, claro. Así que, al menos, no la violaste —dijo con repugnancia Kane—. Qué decepción para ti, ¿no?

—¿Cómo sabe que fui yo?

—Bueno, mira esta foto. —Dejó una imagen en la mesa. En ella aparecía María dos veces—. Esta es Anne.

Miré incrédulo la fotografía.

—¿Cómo puede ser?

—Anne tenía una hermana gemela, María, a quien llamaba desesperadamente mientras tú la ahogabas en el pilar. ¿Qué paradoja no? ¿Y sabes por qué los sabemos? Atiende, retrasado: porque las dos hermanas estaban pasando unas semanas de vacaciones en la sierra, y ella misma fue testigo del asesinato de su gemela. Nos contó cómo la ahogaste en el pilar sumergiéndole la cabeza. Ella huyó espantada en busca de ayuda y acabó perdida en el bosque. La encontramos en estado de *shock* al día siguiente.

»Cuando llegamos al lugar, Anne ya estaba enterrada, y faltaban sus pertrechos. En la tumba había una lápida con el nombre de María. Al verlo, la pobre chica se desmayó; lleva semanas repitiendo: «Tenía que haber sido yo».

La historia hizo que se me saltaran las lágrimas. María y Anne. La humanidad merece todos los males que la asolan. Yo soy su devastación y su azote. El mundo necesita liberarse de esta epidemia si queremos que sobreviva, pero estas chicas, ¿lo merecían? No soy el mal. Supongo que debo de resultar repugnante para quien pueda leer esto, pero no lo soy. ¿Qué he hecho yo que las ideologías o las naciones no hayan hecho antes? ¿Creéis que las atrocidades que he cometido son un acto aislado dentro de la historia de la humanidad? Estoy sobreviviendo. Humanizándome. Protegiendo al planeta. Las creencias son más asesinas que yo. Las ideologías son más asesinas que yo. El progreso es más asesino. La economía, los sistemas políticos, las castas y las clases sociales, la comodidad, la tecnología... están acabando con todo lo que existe. Y nos damos aplausos, alelados con las luces y las cornetas que nosotros mismos soplamos, alelados en nuestra complacencia, incapaces de rechistarnos y ver que estamos acabando con todo salvo con nosotros mismos.

—¿Qué le pasó al último? Antonio —pregunté, ciertamente interesado.

—Joder, muchacho —escupió Kane, quitándose las gafas y mirándome fijamente—. Lo tuyo es acojonante. Antonio eres tú.

Sí, ese es mi nombre.

—Vestiste al cadáver con tus ropas y lo enterraste.

—Creemos —inició la inspectora— que es una especie de ritual último. Creemos que este crimen simboliza tu propia muerte. Una metamorfosis.

—Déjese de mierdas, inspectora —le reprochó su jefe—. Me importa una polla qué simboliza el crimen. Este cabrón le partió la cabeza en dos para robarle. La mierda de hacha que se había fabricado estaba llena de sangre del muerto, pelos y hasta trozos de cráneo y del cerebro. ¡Joder!, llevo tres días sin ver a mi hija y a mi esposa. Acabemos con esto de una puta vez, ¡cojones!

La ira es su debilidad. Ya estaba hecho.

—¿Tiene una hija, inspector? —pregunté mientras este se encaraba con su compañera.

—Ni se te ocurra, chaval. Ya soy muy viejo, y conozco estas tretas —masculló con los dientes encajados.

—Hola —saludé como un ventrílocuo, dejando asomar el pulgar por el borde de la mesa. El espectáculo enseguida embaucó a los asistentes, que miraron el dedo con curiosidad—. Soy Gordito. ¿Cuando salga de aquí, cree que tendré alguna posibilidad con su hijita?

Las pupilas del inspector jefe se contrajeron hasta quedar reducidas a la punta de un alfiler. El color de su cara cambió de un tono amarillo pálido al bermellón en cuestión de instantes.

—Inspector —lo llamó su compañero, Camisas Horteras.

Pero Kane no lo escuchaba. Desde luego, había captado su atención.

—¿Cree —preguntó el obsceno dedo, contoneándose— que cabré en el chochito de su hija?

El inspector jefe se lanzó sobre mí, me agarró la mano y la sostuvo contra la mesa. Con la culata de la pistola martilleó el dedo pulgar hasta que quedó hecho un amasijo de carne y huesos rotos. Sus compañeros intentaron impedirlo, pero su determinación fue inquebrantable; se zafó de los dos y me golpeó con el puño varias veces en la cara. La silla venció y quedé en precario equilibrio, con la cabeza colgando hacia atrás y las manos encadenadas a la mesa.

La puerta se abrió con estrepito y varios policías sujetaron al inspector jefe Kane, que seguía lanzando golpes sobre mi rostro y jadeaba al punto del infarto, como un verraco asmático.

Perdí la noción del tiempo, y a ratos la consciencia. La luz me molestaba en los ojos y mi cabeza palpitaba. Pero estaba satisfecho.

Ya tenía lo que quería.

DIARIO 53

Os intentaré contar ahora que ya ha pasado todo cómo finalizó este circo.

Revelada ya toda la verdad, en la realidad que me han hecho creer, la que debe ser y acepto como mía (a no ser que haya varias realidades), he llegado a asumir que soy un criminal, y creo que sé por qué ha sucedido todo esto que inevitablemente tenía que suceder.

Estamos a finales de agosto. La verdad que no sé ni me importa el día exacto. Lo que sí sé y me importa es que al día siguiente de la *preciosa* lección que el inspector jefe Kane me había infringido, me iban a trasladar a la capital, directamente al juzgado, a que me condenaran de por vida a residir en una cárcel de máxima seguridad. La verdad es que no me importaba demasiado lo que pudieran haber hecho todos aquellos tarugos que como yo, han sido condenados. Pero ¿podría resistir allí encerrado rodeado de seres humanos de la peor calaña? Parece ser que he matado a muchas personas. «¿Puedo matarme a mí mismo en el paroxismo de la destrucción? —me he preguntado—. ¿Soy capaz de colgarme con un cinturón? ¿De tragarme

una cuchilla? ¿Soy capaz de rajarme el cuello con un cristal? No creo. Soy un cobarde, un inútil. No creo que pueda».

Así que morir poco a poco encerrado entre la inmundicia humana, alejado del sustento natural que me había cambiado no me resulta nada dichoso. Puede que me lo merezca, pero no me apetece. Me apetece cumplir con la encomienda que se me ha dado. Me apetece volver al bosque y convertirme por fin en él (o ella). Quiero despegarme de mi humanidad para poder combatirla.

Por la mañana me llevaron a la sala donde había sucedido el interrogatorio. Me esposaron y sujetaron la cadena a la maldita argolla de la mesa. Por las mañanas el cubil no parecía tan triste. La luz incidía leve en la habitación y le otorgaba una cierta alegría. Aún no entendía cómo el que trabajaba allí a diario no se había suicidado tomándose dos mil pastillas para no fallar.

Allí me esperaba el inspector jefe Kane con los nudillos pelados, avejentado y mal vestido. Parecía haber envejecido veinte años en una noche. Iba sin afeitar, despeinado y el bigote le amarilleaba; debía de haber estado fumando sin parar. El empalagoso olor a colonia barata apenas ocultaba el hedor a coñac que expelía. Los ojos reventados de sueño, la camisa manchada de a saber qué.

—Tienes mal aspecto —me dijo. No sé si he podido reírme más en la vida. Es una de esas situaciones desternillantes donde sucede todo lo contrario a lo que uno espera. Más gracioso que un pedo, más gracioso que un feo bailando, más gracioso que un gordo cayéndose, más gracioso que nada. A pesar de mi aspecto —ahora veréis cuál—, el suyo era lamentable.

Recobré la compostura y me aclaré la garganta. ¡Qué hombre con tanto gracejo! Por mi parte, apenas podía hablar por la hinchazón de la cabeza y los labios. Tenía la cabeza y la mano vendadas. Cada palabra era una trepanación. Aun así, comencé mi escena final. El último y glorioso acto final:

—No puedo ir a la cárcel, allí moriré.

—Todos moriremos algún día, pero espero que tú mueras antes, sufriendo. Joder, estoy deseando que mueras —sentenció el inspector jefe—. Es una pena que en este país de comemierdas y maricones no se aplique la pena de muerte.

—¡Coño, vaya! —dije, sorprendido. Sabía que este hombre había nacido en el Jurásico y sus valores eran contemporáneos a su nacimiento, pero ¿pena de muerte?

Hizo media sonrisa y se encendió un cigarro.

—Sabe, puede pegarme un tiro ahora mismo. Puede decir que le he robado el arma y me he volado la cabeza.

Otra media sonrisa como respuesta.

—Vamos, hombre, joder. Vuéleme la cabeza.

—¡Que te jodan, cabrón!

—¿Que me jodan? —Empecé a llorar—. Vamos, capullo. Voy a escapar. ¡Voy a escapar! Y voy a follarme a tu mujer hasta reventarla. Después, cuando no me quede más lefa en los huevos, me llevaré a tu hija. Soy muy creativo.

Había sembrado la duda. Su cara se había transformado mínimamente. Había pasado de la tranquilidad de la seguridad a la tensión de la incertidumbre.

—Vamos, saque la pistola y vuéleme la cabeza. Vamos, maricón de mierda.

Su orgullo varonil también se vio afectado, y su rostro cambió. Sus ojos se entrecerraron.

—Vamos, inspector jefe Yelsin Kane —dije, remarcando su nombre para que supiera que nunca podría escapar de mí a partir de ese momento—. Saque la puta pistola.

Su mentón se tensó.

—¿Cree que a su hija le gustará por el culo? La voy a reventar, y después me follaré sus tripas.

Abrió levemente la boca.

—Cuando ya no quede nada que follar, me la comeré. Sabe que lo haré. Mire de lo que soy capaz. —Me señalé el

rostro y la cabeza con una mano—. La echaré a las brasas en medio del bosque y me la comeré mirando las estrellas. Y después la cagaré.

Interpreté el papel de manera fabulosa, transformando mi rostro en la mismísima representación del estreñimiento y arqueando el cuerpo en un esfuerzo sobrenatural, para poder evacuar de mis intestinos la carne y los huesecillos a medio digerir de la niña.

Sacó el arma con la mano temblorosa y la sostuvo frente a mi cabeza.

—¡Inspector Kane! —gritó alguien desde fuera de la habitación.

Entonces llegó el momento glorioso. Saqué la mano por la esposa y el dedo pulgar, machacado la noche anterior. Calló al suelo y rodó por las losas arlequinadas del despacho. Los ojos del inspector jefe se desorbitaron ante la sorpresa. Aplasté la mano de Kane contra la mesa de metal y la pistola quedó girando sobre ella. Apoyé la mano sobre la culata e introduje el índice en el gatillo. Disparé.

Perplejo, con el rostro reflejando pura incredulidad, Kane quedó reposando sobre el respaldo del sillón, con un punto rojo en la camisa que resaltaba de entre todas las demás manchas.

—¿Cómo coño…? —preguntó aterrado, mientras la vida, fluida, se disipaba en su cuerpo.

Me apoyé la pistola en la entrepierna y disparé a la cadena de las esposas que aún me retenían la otra mano a la argolla. Tan mala sombra tuvo el disparo que no solo destrozó la cadena, sino también la rodilla de Kane, que gritó con una flojera insoportable. Después, con la mano izquierda también libre, agarré la pistola con fuerza. Los sesos del inspector jefe Kane se convirtieron en los sesos del *difunto* inspector jefe Kane. Todo esto había sucedido en unos pocos segundos, unos instantes.

La puerta a mi espalda se abrió, inundando de sol nuevo el mausoleo del inspector jefe Bigotitos.

Diario 54

Ahora debo retroceder a la noche anterior para explicar el misterio del dedo rodante; la argucia que me ha permitido liberarme de las esposas cuando Kane ha sacado el arma.

Cuando uno ha conocido la verdadera libertad, más allá de las penurias, mucho más allá de la soledad, infinitamente más lejano al hambre o la locura, cuando uno se convierte otra vez en vida natural, la muerte es relativa; sin embargo, su humanidad lo convierte en esclavo. Es eso, la humanidad, lo que no tiene cabida.

Lo planeé durante el interrogatorio, cuando ya no quedaba más dirección que el perpetuo encierro. Las cosas han dejado de dolerme. Como ya he dicho, soy incapaz de suicidarme; soy un cobarde y un inútil. Tenía que escapar de algún modo, pero estos puercos me custodiaban como a una princesa medieval, siempre en la celda o en la sala de interrogatorios, rodeado de veinte policías. Me siento Hannibal Lecter. La única forma era librarme de las esposas y hacerme con un arma. ¿Cómo podía quitarme las esposas? La inspectora Rontgen me dio la respuesta: «¿Se amputó un dedo?», me había preguntado. Yo me había descalzado y le había mostrado el pie con el dedo amputado.

Estando en la celda la noche anterior, levanté el camastro que habían colocado en la celda para mi estancia por unos días, arranqué la pieza de plástico que recubría la pata de la cama y con el filo pelado del metal asesté varios golpes sobre el dedo, tantos y con tal furia que el dedo quedó seccionado. Esa misma tarde el inspector Kane me había machado el dedo con la culata de la pistola. Aproveché el vendaje que me habían puesto después de secarme la sangre en las sabanas para colocar de nuevo el dedo y sujetarlo con la venda. El dolor entonces había pasado a ser una parte de mí, una parte consciente y útil, tan adaptado a mi cuerpo como un brazo o una pierna. Más incluso: un nuevo cerebro que enviaba señales prístinas y decisorias, clarividentes, al resto del cuerpo.

Comencé a darme golpes en la cabeza contra la pared hasta que me abrí una brecha. Grité desquiciado hasta que llamé la atención de un policía que estaba de guardia en una garita de la planta primera. Al ver la sangre, palideció y llamó a los sanitarios, que aparecieron al rato con sus uniformes descolocados. Al ver mi estado, uno vomitó, la otra resbaló en la sangre y cayó sobre el desecho. Intenté sonreír, pero tenía la cara tan tumefacta que los músculos implicados no me respondieron. Por dentro me reía a carcajadas. Les conté, para confundirles, que la sangre de las sábanas era de la cabeza, que prefería suicidarme antes que ir a la cárcel.

Así, de este modo, preparé todo para poder librarme las esposas si me quitaba el vendaje de la mano. El dedo amputado caería y la mano saldría perfectamente por el hueco del grillete. Solo tenía que encontrar el momento. Al ver el aspecto del inspector jefe Kane, supe que todo eso le había afectado. Seguramente había pasado la noche borracho en su hotel o recorriendo los bares de Tagartera, discutiendo sobre la mierda que era la vida con marineros borrachos. La despreciable lascivia con la que había hablado de su hija había desatado la ira en él

como una tempestad. Solo tenía que encontrar las palabras que me proporcionaran la oportunidad. La ira —me había dado cuenta durante el interrogatorio— era su debilidad. Solo había que excitarla, provocarla y asumirla.

Y así sucedió cuando logré que sacara el arma. Un grito lo había despistado durante una fracción de segundo. La inspectora Rontgen se había convertido en mi cómplice involuntaria, y lo demás ya lo sabéis. Ahora, una puerta se abría a mi espalda y la luz natural inundaba la habitación.

Entrada final

La puerta se abría (sí, ya sé que lo he dicho tres veces). En la realidad, supongo que sucedió en un instante, pero en *mi* realidad, en un punto nirvánico, casi ensartado en la paz infinita, la puerta se abrió con una lentitud pasmosa. La inspectora Rontgen, vestida con unos vaqueros y una camisa blanca, entraba arma en mano en la habitación.

Tuve un breve remordimiento; me caía bien. Disparé cuatro veces contra la puerta. Las balas la atravesaron, levantando astillas a su paso y dejando un círculo aserrado perforado en la madera, en la puerta y en la mujer, que cayó de lado, inerte en el suelo después de tirar una estantería llena de boletines. Su cuerpo flácido luchaba por resistir el envite de la muerte cubierto de hojas y revistas que conformaban su sudario. Descansaba con el torso contra el suelo y las piernas de lado. No era muy digno, pero era hermoso.

Corrí hasta ella y le arrebaté el arma. Dos policías aparecieron en el pasillo que conducía al recibidor de la comisaría. A ambos lados presentaba puertas de despachos y servicios. Disparé a los policías, que cayeron muertos uno

encima del otro, formando una barricada indecorosa con la cabeza de uno acomodada en la entrepierna del otro. Una puerta se abrió y se cerró de inmediato. Me pareció ver que no eran policías. Me acerqué a la puerta. Era azul y lisa, una de esas puertas de contrachapado que no resistiría ni el primer soplo de un lobo. Disparé varias veces a través de la puerta y grandes bocados de materia salieron despedidos dejando huecos del tamaño de una cabeza de bebé. Dentro, un hombre de aspecto modesto y una mujer mayor reposaban en el suelo, acribillados por el metal. Me impactó la poca cantidad de sangre, al contrario de lo que uno puede imaginar que se derrama al ser agujereado por una bala. Qué poder tan inmenso puede dar a una mente perturbada una pequeña pieza de plomo viajando a velocidad ultrasónica.

El pasillo y el recibidor se habían convertido en un avispero. Por todas las puertas entraba o salía alguien. Al fondo, en la claridad representada en el recibidor, cruzaban sombras recortadas contra la luz. Algunas asomaban la cabeza por la esquina de la pared; otras, simplemente corrían espantadas ante las detonaciones y lo que cabría imaginar de ellas. Sí, las detonaciones son terribles, pero la muerte que provoca no lo es tanto como el simple hecho de imaginarlo. Una bala perforando tu ojo, tu cerebro y tu cráneo. Un apagón instantáneo. O perforando la mandíbula y destrozando las muelas. Un disparo en el pulmón, con la herida silbando al intentar respirar. Que te rompa la columna y tengas que arrastrarte intentando ponerte en pie, mientras un psicópata camina detrás apuntándote a la cabeza. Un orificio en el pecho, justo en el medio, cuando tenías tantos proyectos por delante: una familia, un ascenso, un pequeño capricho, una amante, ahora que habías perdido peso… Un fundido en negro.

En el recibidor me aguardaban varios policías. Disparé indiscriminadamente sobre todo lo que se movía. Ellos respon-

día pero, extrañamente, es tanto el miedo que infunde un loco asesino, es tal la mitificación que los humanos hacemos del mal, que nadie era capaz de acertarme. Sin embargo, yo, que disparaba con la mano derecha sosteniendo el arma contra la cadera debido a mi pulgar sacrificado, veía caer uno tras otro a los policías uniformados que esperaban trasladarme al juzgado. O peor incluso: a aquellos a los que me imaginaba que estaban deseando terminar su turno para irse a hacer una barbacoa con los amigos, a pescar a la playa, a tomarse una cerveza con una chica que acababan de conocer o a ver bailar a su hija en la academia de Artes Escénicas.

Hay una inmensa cantidad de cosas hechas, pero la cantidad de cosas sin hacer es siempre mayor. Cuando llega el momento de la siega, la balanza se vence aplastada por el peso de las cosas que no hicimos. En el filo de la guadaña quedan los hilachos destrozados de todas las cosas que pudimos ser.

Así caían a uno y otro lado los cuerpos, despidiendo como esporas batidas por el aire todas las ilusiones y pensamientos que estaban rebosando el vaso, casi a punto de desbordar. Son los peores momentos, cuando junto con la sangre y la vida se derraman los futuros y los posibles. Pero así es la vida cuando se enfrenta a la muerte.

En la calle habían formado un despliegue formidable con coches cruzados y policías apostados a cubierto tras el metal brillante. Me aguardaban. Allí estaba el sargento Carrizo, erguido y orgulloso. Era el único que no se parapetaba tras los vehículos. Me esperaba henchido de valentía y deber.

Aunque soy prácticamente subnormal, y todo había empezado a importarme una mierda, debía evitar mi muerte por un rato. Sabía que era imposible escapar de la Parca si cruzaba aquel recibidor acristalado; por muy acobardados que estuvieran, era imposible que no me acribillaran si disparaban a discreción.

Crucé el recibidor corriendo en dirección a una ventana lateral. Las miradas y las armas se movieron en mi dirección al unísono, pero ninguna pistola detonó. Salté contra el cristal con los codos cubriéndome el rostro. Choqué con gran dolor y reboté hacia atrás, quedando tumbado boca arriba en el suelo.

Fuera se escuchó una carcajada esporádica que me dolió más que el golpe.

Disparé al cristal y salí por la ventana. El vendaje de la cabeza se desprendió. Me vi reflejado en la cristalera de un indecente bufete de abogados que había al otro lado del callejón. Mi aspecto era dantesco. Kafkiano. Frankensteiniano. Demoníaco.

Los policías, en un letargo que me asombró y me dio aliento, tardaron unos instantes en reaccionar. Después, todos corrieron hacia el callejón por el que había salido. Pero ya era tarde.

Mi aspecto debió de intimidarles: la cabeza ensangrentada, llena de cortes y deformada por la hinchazón. Debió de asquearles, incluso. «¿A qué nos enfrentamos?», se estarían preguntando algunos, elevándome a la altura de los mitos y las leyendas, pensando en sus hijos o en el pequeño barco que querían arreglar cuando se jubilaran, para pasar las tardes pescando y tomando cerveza durante la puesta de sol.

Captaba sus pensamientos —imaginarios o no—, los *veía*: uno quería hacer un viaje en caravana con su mujer, quería recuperar los esplendorosos días de cuando fueron jóvenes y la vida se les antojaba larga; una policía pensaba en su hermana discapacitada (¿cómo podría valerse sin ella?); una agente recordaba el día que decidió hacerse policía en oposición a los estudios universitarios, y se maldecía; uno de los más mayores sorprendentemente pensaba en que no quería morir sin conocer el final de la telenovela a la que secretamente se había aficionado.

Desde la esquina del callejón disparé, acertando a varios. Caían muertos o se revolcaban, aterrorizados, intentando encontrar el agujero de la bala o procurando huir del monstruo deforme que les aterraría de por vida, que no debía de ser mucha. Vi al sargento Esteban Carrizo, —la vergüenza del cuerpo, un gordo borrachuzo, vago y sumiso— levantar el arma y apuntarme con toda tranquilidad. Ese hombre, ese desastre humano, esa ruina policiaca, se había ganado mi respeto.

Las cosas no son siempre como parecen ser, desde luego. Este hombre era solo una fachada vergonzosa, pero por dentro, en los órganos que importan, florece la audacia y la sabiduría.

La bala entró cercana al hombro, impactando en la axila y atravesando mi cuerpo con un fuego infernal. Caí de espaldas sobre los cristales de la ventana. Al otro lado, como en un duelo bajo el sol, el sargento Esteban Carrizo caía también de espaldas. Habíamos disparado al unísono, los dos con acierto.

Tras un leve mareo, recobré el espíritu y volví a levantarme. La sangre me cubría todo el cuerpo; era un espectro carmesí. Salí a la plaza, que se abría luminosa, arbolada y cubierta de cadáveres. Pasé junto a Esteban Carrizo. Se encontraba boca abajo, con la cabeza hundida en uno de los arbustos que rodeaban la plaza.

Por las calles se escurrían bultos que se cobijaban tras vehículos aparcados o en las tiendas cercanas. Recogí algunas armas. La plaza era un camposanto improvisado. Los cuerpos yacían retorcidos; algunos aún quejumbrosos. La vida les era fugaz.

Desde detrás de un vehículo, como la sabandija que era, el inspector Camisas Horteras se batió en retirada. Apunté divertido a su espalda, recordando las viejas atracciones de feria donde se disparaba a patos de metal con carabinas trucadas. Apreté el gatillo, y un minúsculo círculo se definió en la nalga derecha del policía. Cayó al suelo. Se agarró la nalga al tiempo que buscaba su arma bajo los bajos de un vehículo.

Me acerqué tranquilamente y le disparé en la espalda. No quise soltar ninguna frase lapidaria; la escena se prestaba a ello, pero ya sabía lo que le pasa al malo en las películas cuando quería lucirse. Entre las palmeras de su camisa se dibujó un sol granate que creció y creció hasta convertirse en un crepúsculo carmesí.

Me acerqué a un banco. El director y los trabajadores se habían cobijado tras el mostrador. Disparé a discreción. No sé si acerté a todos, pero un reguero de sangre apareció a uno de los lados del mueble.

¿Sabéis cuánto daño hemos hecho? ¿Sabéis cuánto dolor ha causado el dinero? ¿Cuántas vidas ha arrebatado el poder? Disparé ahora contra una peluquería. No había nadie dentro. Asomé la cabeza al bar Atún con Patas. Al fondo del salón los parroquianos se apretujaban contra las paredes del baño. Con sus ojos muertos y sus cuerpos envarados parecían mochuelos disecados. Cogí un mechero de la barra y un buen puñado de servilletas y las prendí fuego. La grasa, depositada en cada esquina y superficie del bar, ardió como una tea impregnada de petróleo. Los parroquianos intentaron salir por la única puerta del local y los fui acribillado a balazos uno a uno.

Arranqué una cortina en llamas que ondeaba en una de las ventanas y me acerqué a la iglesia. Entre los bancos clamaban los más beatos adorando a una suerte que no tenían. Tiré la cortina incendiada dentro, arranqué un lienzo de la pared y alimenté el fuego con un cuadro del infierno, donde los pecadores rezaban por su salvación. Acerqué unos bancos a la lumbre y pronto les abrí las puertas del averno a los más devotos.

Al salir de la iglesia me encontré con mi último y colosal deseo. Entre los paisanos aterrorizados que corrían intentando encontrar un refugio donde el demonio no les alcanzara, Florinda procuraba refugiarse en una tienda, pero habían atrancado la puerta los muy cobardes. Disparé y quedó petrificada. A su lado, una mujer tísica voló, empujada por la bala. El

perro que paseaba la dama chilló, estrangulado por la correa. Después, liberado de su ama opresora, trotó alegremente arrastrando la correa y desapareció por un callejón.

Florinda se alzaba preciosa, como una flor cadáver, como un helecho de cuatrocientos millones de años que hubiera sobrevivido a eventos catastróficos; como una *Hallucigenia* indescriptible, como un serval dorado, como el ser más precioso e intrigante de toda la creación. Me miraba con horror. Tan preciosa, tan naturalmente bella…, tanto como un bosque. Allí estaba, con las manos recogidas sobre el pecho y las rodillas juntas, como si estuviera a punto de orinarse. Llevaba una camiseta blanca que le transparentaba el sujetador y unos pantalones deportivos. Había perdido una chancla. Me gustaría despertar de este delirio, que las cosas hubieran sucedido de manera distinta. Ojalá el pasado hubiera echado raíces en aquel beso primerizo a finales de un verano de hace un tiempo remoto. Pero no había sido así. Levanté el arma.

—¡Corre! —grité.

Se estremeció, pero no se movió.

Hay un momento singular para cada cosa. En este, ella debía de pensar que todo estaba equilibrado y cualquier mínima fluctuación de la materia o de las emociones, desencadenaría una reacción hacia el fin de las cosas. Debía de pensar que jugaba con ella, que nada más moverse, como hacen los depredadores, atacaría desalmado.

Dejaría una huérfana.

—¡Corre, joder! —volví a gritar. Era un ser humano, pero diferente a todos los seres humanos. Más vivo. Más valioso.

Se movió mínimamente. Se dio la vuelta sin perderme de vista. «No me dispares», suplicaba con la mirada.

Arrancó a correr y se perdió por un callejón.

«Hasta siempre, Florinda. He podido salvarte».

Me he detenido bajo la sombra de un árbol y me he sentado en un banco a redactar estas últimas líneas.

Dejaré mi diario aquí, en este banco, para que alguien cuente mi historia y mi maldición. Tengo una encomienda de parte del mundo. Me siento alejado de la humanidad, huérfano de especie, náufrago en el mar de la evolución. Desde aquel primer antepasado común, mutación a mutación en las ramas de cada reino y especie hasta llegar al humano, perdidas en su mayoría, sin recuerdo, sin memoria, en el vasto tiempo innombrable, el planeta, indiferente a su transcurso, ha creado la imposible vida, la inevitable vida, en cada precioso fragmento que se ha separado de lo inerte. De una preciosidad inaguantable.

El ser humano, habiendo ya extinguido a todos sus hermanos, ahora lo hace con el resto de las cosas, las que son y las que pueden llegar a ser. Es el mayor asesino de la historia, y yo debo acabar con él. ¿Qué otra opción me queda? Soy un humano.

Índice

El inicio 9
Continúa 17
La escapada 44
El inicio de la aventura 53
Mi palacio 55
Diario del sol 59
Diario 2 65
Diario 3 67
Diario 4 71
Diario 5 74
Diario 6 78
Diario 7 83
Diario 8 85
Diario 9 86
Diario 10 88
Lo maravilloso 90
Diario 11 92

Diario 12 95
Historia nevando 96
Diario 13 98
Diario 14 101
Diario 15 104
Diario 16 106
Diario 17 107
Diario 18 109
Diario 19 111
Diario 20 113
Diario 21 115
Diario 22 116
Diario 23 117
Diario 24 122
Diario 25 124
Diario 26 127
Diario 27 130
Diario 28 140
Diario 29 150
Diario 30 154
Diario 31 156
Diario 32 159
Animalillos 162
Diario 33 165
Diario 34 167

Diario 35 169
Diario 36 172
Diario 37 176
Diario 38 178
Diario 39 181
Diario 40 183
Diario 41 185
Diario 42 187
Diario 43 192
Diario 44 198
Diario 45 202
Diario 46 205
Diario 47 212
Diario 48 214
Diario 49 224
Diario 50 228
Diario 51 234
Diario 52 241
DIARIO 53 249
Diario 54 253
Entrada final 256